

JENNIFER EVE



PAREJA MEDIO LOBO

Pareja Medio Lobo

Un romance paranormal de hombres lobo, una pareja predestinada, un rechazo, una segunda oportunidad, y un embarazo

(serie pareja rechazada y el bebé secreto)

Jennifer Eve

Copyright © 2024 by Jennifer Eve

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)

Capítulo 1

Sydney

—¿Tía Lydia? —grité—. ¿Estás aquí?

Pero me encontré solo con el silencio. Algo iba mal. Lo sentí en mi estómago. El corazón me latía con fuerza y volteé la mirada hacia el salón con cautela.

La extraña llamada de mi tía Lydia, me hizo volver corriendo a casa después de mi última clase. Su voz, una mujer que siempre ha sido tranquila, me había sonado apagada... e incluso angustiada. La busqué frenéticamente por el primer piso.

No estaba en la cocina horneando algo como lo suele hacer todas las tardes. Me asomé por la ventana para ver si estaba en el patio trasero y me agaché para ver su jardín. Tampoco estaba allí. Cuando me volví hacia la escalera y mi pie tocó el primer escalón, se me erizaron los pelos de los brazos. Era como si mi cuerpo detectara la presencia de algún tipo de peligro, aun cuando mi mente no lo había procesado.

A medida que avanzaba escaleras arriba, se intensificaba mi desagradable sensación. Mis pasos vacilaron cuando vi una huella que ensuciaba ampliamente la alfombra crema del pasillo. La tía Lydia era una maniática de la limpieza. Incluso de niña había tenido cuidado tal que nada le permitía ser desordenada. Mi tío Sam también conocía las reglas estrictas de limpieza de la casa: nada de zapatos sucios en la alfombra.

“La tía Lydia va a volverse loca” pensé.

Una huella bien marcada llevaba a otra y a otra. Seguí el rastro hasta la habitación favorita de mi tía: su despacho. Mi tía Lydia se consideraba una experta investigadora de lo sobrenatural. Las estanterías de su lugar de trabajo estaban llenas de libros sobre el tema: cambiaformas, fantasmas, brujas y todo lo que yo consideraba una absoluta locura. Pero las excentricidades de mi tía no hacían que la adorara menos.

La puerta de su despacho estaba entreabierta, lo cual era extraño. Siempre estaba cerrada, y el tío

Sam y yo teníamos instrucciones estrictas de no entrar en su despacho. Yo solía bromear sobre la posibilidad que ella escondiera allí pruebas de ovnis y hombrecillos verdes. No entendía a qué venía tanto secretismo.

—Tía Lydia, ¿estás ahí? —Intenté asomarme por la rendija de la puerta, pero sólo pude ver un lado de su brillante escritorio de caoba. Levanté una mano y dudé sólo un segundo antes de tocar la puerta.

Sacudiendo la cabeza, empujé y abrí la puerta. La tía Lydia iba a regañarme más tarde por entrar sin permiso. Pero ahora lo justificaba: estaba preocupada.

—Tía Lydia, la puerta estaba abierta, y yo...

El aliento de mis pulmones emitió un un silbido agudo. Mi tía estaba tumbada en el suelo junto a su silla. El shock me mantuvo paralizada en el sitio durante un momento. Su piel estaba mortalmente pálida y un charco de sangre la rodeaba. Para deshacerme del estado de parálisis, lancé un grito y corrí hacia ella. Me arrodillé, la sacudí por los hombros y le supliqué que despertara. Seguía sin vida y fría. Sabía que se había ido, pero no pude evitar intentar despertarla.

Por primera vez inspeccioné bien la habitación. Había indicios de lucha. Los cajones de su escritorio estaban abiertos y parecía que alguien había rebuscado en ellos. Habían vaciado algunas estanterías y había libros esparcidos por el suelo. Las mismas huellas de barro que había seguido en el pasillo estaban por todo el despacho.

En medio de mi confusión, me pregunté si se trataba de un robo. Al salir de mi estupor, corrí hacia el teléfono que aún estaba sobre el escritorio para llamar a la policía, pero algo me llamó la atención. En el suelo, entre el desorden de libros y papeles, había una pequeña caja. Estaba encajada debajo de uno de los sofás de cuero, como si la hubieran metido allí a toda prisa.

Despertó mi interés porque era la misma caja que la tía Lydia me había arrebatado de las manos cuando yo apenas tenía diez años. Ese recuerdo por un momento se apoderó de mi mente. Había entrado en su despacho por mi curiosidad infantil, y porque ella había hecho hincapié en que no debía entrar por ninguna razón. La caja estaba en una de las estanterías. La alcancé y quité la tapa. Justo cuando vislumbré una foto en la parte superior, la tía Lydia entró y me arrebató la caja.

Me había desconcertado su reacción cuando quise ver unas fotos. Posiblemente eran fotos de su hermana Sofía, mi madre. La tía Lydia siempre fue muy reservada con mi madre y nunca entendí

cuál era la razón. Ni siquiera me dejaba mirar alguna foto suya.

Aparté la atención de la caja y cogí el teléfono. Antes que pudiera llamar a la policía, una voz llena de rabia me detuvo.

—¿Qué has hecho?

Jadeando, me giré para ver a mi tío de pie en la puerta. Su imponente estatura siempre me inquietaba. Me aterrorizaba desde que tenía dos años. Supongo que este rechazo se debía a que él nunca quiso que mi tía me adoptara tras la muerte de mis padres, y había dejado muy claro su resentimiento hacia mí todos estos años.

—¿Qué? ¿Yo? Yo... —¿Cómo podía siquiera pensar que yo haría algo para herir a la única persona que me amaba? No estaba siendo dramática. Toda mi vida, sentí que mi tía era la única que me aceptaba. Mi torpeza social crónica me dificultaba hacer amigos; nunca sentí que encajara con nadie. Todos los parientes del tío Sam me trataban como a un paria, me consideraban un ser inferior. Así que siempre había sentido que Lydia era la única que tenía en este mundo, y ahora, se había ido. Aquel pensamiento casi me hizo romper a llorar, pero mantuve la compostura.

El Tío Sam entró a toda velocidad en la habitación.

Dejé caer el teléfono, estaba preparada por que tuve la impresión que me iba a atacar. Nunca podía mantener las manos quietas cuando se trataba de mí. Me había hecho muchos moratones gracias al odio que tenía hacia mí. Sin embargo, no me trató de golpear como lo esperaba. Se agachó junto a mi tía sin vida y su expresión se convirtió en una profunda agonía.

Vi cómo le tomaba el pulso y luego bajaba la cabeza tras un fuerte suspiro. La única cualidad redentora de aquel hombre era que, evidentemente, quería a su esposa. Sin embargo, últimamente su relación parecía tensa, y no pude evitar pensar que era culpa mía. Nunca superó la decisión de mi tía de acogerme.

—Debería llamar a la policía —le dije. Ni siquiera reconocí mi propia voz débil.

El tío Sam prácticamente gruñó cuando me miró, sus ojos marrones se oscurecieron de furia.

—¿Estás loca? Esto no es asunto de la policía.

Parpadeé.

—Pero...

—¡Esto es culpa tuya! —Se levantó, señalándome con un dedo acusador—. Le advertí que no se involucrara con los de tu clase. Le dije que te llevara de vuelta cuando te trajo aquí hace diecisiete años.

Lo único que pude hacer fue quedarme boquiabierta porque la confusión trababa mi lengua. Quizá el tío Sam estaba sufriendo un colapso mental tras ver el cadáver de su esposa. ¿Qué quería decir con los de *mi clase*?

—Fuera de aquí —rugió, su cara regordeta se volvió escarlata—. Vete antes que hagas que me maten a mí también.

Me quede boquiabierta con las mandíbulas abiertas en su totalidad mientras le miraba, preguntándome por qué se ponía así.

—Van a volver a buscarte pronto, estoy seguro.

Por fin, fui capaz de articular unas palabras, y le pregunté:

—¿De qué estás hablando?

—Tu especie, los hombres lobos. Ellos fueron los que hicieron todo esto. Te quiero fuera de esta casa antes que vuelvan. Cuanto más lejos estés de mí, será mucho mejor. Tú lo único que has traído a esta casa han sido problemas. Si Lydia me hubiera escuchado, seguiría aún con vida. Sabía que al final terminaría pagando un alto precio por meterse en los asuntos de los cambiaformas.

Mientras miraba al tío Sam, mi mente iba a toda velocidad, en todas direcciones sin lograr entender absolutamente nada. ¿Asuntos de los cambiaformas? ¿*Hombres lobo*? Él había perdido completamente la cabeza.

Lentamente, me puse de pie, con las manos abiertas.

—Está bien, tío Sam, tal vez deberías...

—No soy tu tío.

Era cierto, realmente no lo era. Sólo era un pariente político, pero no tenía por qué comportarse

de una manera tan desagradable. A pesar de haber sido un monstruo insensible conmigo toda mi vida, la simpatía por él me conmovió. El dolor de haber perdido a su esposa, al amor de su vida, debe de haberle llevado a padecer de una especie de locura temporal o algo parecido. Pero debía recuperarse. Yo no podía quedarme aquí ni un minuto más discutiendo tonterías sobre el cadáver de mi tía.

—Está bien, pero tenemos que llamar a la policía. Ahora mismo. Tenemos que averiguar quién le hizo esto a la tía Lydia...

—Ella no es tu tía, abominación medio humana. Ella no era nada para ti. Lydia se apiadó de tu madre loba y te llevó antes de que te mataran a ti también. Debería haberte dejado en Luisiana para que te pudrieras.

Aturdida por el silencio y todavía tratando de entender en mi mente lo de "medio humana", no podía quitarle la mirada a la cara sonrojada de mi tío. Evidentemente, estaba tan conmocionado como yo por haber encontrado muerta a la tía Lydia. El hombre estaba escupiendo tonterías, hablando disparates.

Capítulo 2

Sydney

No me había recuperado de la revelación del tío Sam... delirante, más bien, cuando mi espalda chocó contra la pared. Jadeé por la conmoción y el dolor. Mi tío se había movido tan rápido que no me di cuenta de que me había atacado hasta que tuvo mi cuello en sus puños y me estaba gruñendo.

Tal vez porque ya estaba acostumbrada a sus ataques de mal genio, me recuperé tan rápido de mi conmoción y pude pensar. Él dijo Luisiana. Mi tía Lydia mencionó Nueva Orleans en nuestra extraña conversación cuando había llamado antes. Me dijo que fuera allí si a ella le ocurría algo. Ahora estaba muerta. No había estado desvariando sin sentido después de todo. Ahora sí que tenía miedo. ¿Qué estaba ocurriendo?

—No lo entiendo —fue todo lo que conseguí decir.

El tío Sam me empujó un poco más fuerte.

—Lydia está muerta porque tu madre la metió en sus tonterías de cambiaformas.

—¿Qué demonios es un cambiaformas? —le pregunté.

—Le dije a Lydia que te dijera lo que eras cuando tuvieras edad suficiente y te enviara lejos de aquí, pero ella insistió en mantenerte protegida de ese mundo. Mira lo que consiguió. Descubrieron dónde estabas y por eso está muerta —gruñó.

—¿Quién me encontró? ¿Los metamorfos? —No podía creer que le estuviera siguiendo el juego a esta tontería, pero el tío Sam parecía creerse la locura que estaba escupiendo. Pensé que, si tal vez si le seguía el juego, él se calmaría.

Resopló, me soltó y golpeó con la palma de la mano la pared junto a mi cabeza. Me estremecí, pensando que me había golpeado. Se pasó los dedos por el pelo, volvió a mirar a la tía Lydia y se volvió hacia mí. En sus ojos brillaba un odio sin adulterar.

—Tu eres una cambiaformas medio loba medio humana, por eso siempre te he despreciado. Los de tu especie mataron a mis padres cuando yo era un niño. —El tío Sam puso esa mirada lejana en su cara como si estuviera reviviendo el recuerdo—. Nos habíamos ido de acampada y nuestra tienda fue atacada por la noche. La policía lo hizo pasar por un ataque aleatorio de un animal salvaje. Pero yo sé lo que vi aquella noche. Un lobo convirtiéndose en hombre después de despedazar a mis padres. Sólo me salvé porque el monstruo se distrajo con algo.

Me quedé con la boca abierta al escuchar su relato.

—Nadie me creyó cuando les conté lo que había visto. Todos pensaban que era un niño traumatizado. Pero juré que descubriría la verdad de aquel hecho sobrenatural. Así es como Lydia y yo nos involucramos. Nos conocimos en un grupo de chat paranormal. Pero nuestros puntos de vista sobre lo sobrenatural diferían. Yo pensaba que todas las criaturas inhumanas debían morir quemadas.

El desdén resonaba en su tono.

—Pero Lydia pensaba que los cambiaformas y todos los demás fenómenos de la naturaleza eran una especie de milagro. Así es como terminó en Nueva Orleans. Se hizo amiga de una loba cambiaformas, tu madre. Ansiosa por aprender todo lo que pudiera sobre ese mundo, siguió a su nueva amiga a Luisiana. Cuando tu madre fue asesinada, Lydia te tomó y te escondió aquí.

El corazón me golpeaba la caja torácica. Era difícil procesar todo lo que oía.

—Yo había sido indulgente con Lydia en su búsqueda incansable de lo paranormal hasta que apareció aquí contigo —dijo Sam—. Una criatura que odiaba con cada fibra de mi ser.

Se acercó un paso más a mí y pensé que volvería a atacarme, pero se limitó a señalarme con un dedo amenazador.

—Lydia no está aquí para impedir que te mate. Siempre he querido apretar ese escuálido cuello tuyo hasta que desaparezca el brillo de vida de tus ojos.

Tragué saliva, pero le sostuve la mirada.

—Será mejor que te vayas ahora y asegúrate de que no te vuelva a ver.

Fruncí los labios para que no temblaran y negué con la cabeza.

—No voy a dejar a la tía Lydia así. —Se merecía que se investigara su muerte y debería tener un funeral apropiado.

—He dicho que ella no era nada para ti —gruñó Sam—. Puedo ocuparme de ella. Te quiero fuera de mi vida, atrocidad.

No es que tuviera muchas ganas de quedarme cerca de Sam, pero...

—No tengo adónde ir. —Este había sido mi hogar desde que tenía memoria. Tía Lydia incluso insistió en que siguiera viviendo aquí hasta que me graduara en la universidad.

—No me importa. —El tío Sam se dio la vuelta y se acercó a la tía Lydia—. Espero que te encuentren ahí fuera y nos libren de ti.

Me quedé mirándole la espalda mientras cogía una manta —era la favorita de la tía Lydia— del respaldo de una silla y se la colocaba por encima del cuerpo. El último recuerdo que tenía de mi querida tía, que al parecer no era pariente mía, era el de ella tirada en el suelo, sin vida y cubierta de sangre. Esa horrible imagen me perseguiría para siempre.

Di pasos lentos hacia la única familia que me quedaba.

—Tío Sam, por favor...

—Fuera.

La calma mortal de su tono fue lo que me detuvo. Sabía que me atacaría si me acercaba más. No podía quedarme aquí con el hombre que odiaba el aire que respiraba. Sin la tía Lydia, ya este no sería nunca más mi hogar.

Todavía conmocionada, me acerqué a la caja que estaba escondida bajo el sofá. Los recuerdos del tío Sam golpeándome en el culo por las cosas más simples me hacían temer a los movimientos bruscos. Él seguía mirando el cuerpo cubierto de mi tía, así que no me vio coger la caja y como me apresuraba hacia la puerta.

Eché un último vistazo por encima del hombro antes de marcharme.

La culpa me carcomía el alma. Hui y dejé a la tía Lydia tirada en el suelo. ¿Habría llamado Sam

a la policía? ¿Se haría justicia? Dejé escapar el sollozo que había estado conteniendo desde que abandoné mi antiguo hogar.

Me encontraba en una sórdida habitación de motel con moqueta que cubría todo el suelo y sábanas de dudosa limpieza, estaba totalmente perdida y aterrorizada. No tenía mucho dinero, ya que todo lo que ganaba con mi trabajo a tiempo parcial en una cafetería lo destinaba a pagar los estudios. Así que quedarme en moteles durante mucho tiempo era imposible. Tampoco podía permitirme pagar un alquiler en ningún sitio. Estaba en serios aprietos y no sabía qué podría hacer.

Así que recurrí a pensar en la única persona que siempre me reconfortaba. Tía Lydia. Ahora que estaba más tranquila, repasé en mi cabeza todo lo que había pasado esta tarde, con la esperanza de encontrarle sentido a todo aquello. Mi conversación con Lydia justo antes de encontrar su cuerpo había sido confusa.

Me había llamado en cuanto salí de mi última clase. Su voz se sentía como si le faltaba el aliento y se sentía con pánico.

—Sydney, necesito que me escuches. Aquí ya no es seguro para ti. Si algo me pasa, busca a la Manada de Guardianes de la Luna en Nueva Orleans. Son la manada de tu madre.

Tuve que apartar la sorpresa que me provocó que mencionara a mi madre para reírme.

—¿Manada? Tía Lydia, ¿te has vuelto a exceder con el vino?

—Sydney, esto no es cosa de risa —me reprendió—. Sólo las personas como tu madre pueden protegerte como es debido. —Suspiró—. Lo intenté; Dios sabe que lo hice. Intenté cumplir el último deseo de tu madre de mantenerte a salvo, de mantenerte oculta de ese mundo peligroso, pero no pude hacerlo para siempre. Lo siento, Sydney. Siempre te he querido como si fueras mi propia hija.

En ese momento dejé de reírme. El miedo y el pesar genuinos en la voz de mi tía me hizo parar en seco. Entonces supe que le pasaba algo grave y corrí a casa en vez de irme a trabajar.

La manada de los Guardianes de la Luna. La gente de mi madre.

Fue una de las pocas veces que mencionó a mi madre, a la que todo este tiempo yo había creído que era su hermana. La única información que la tía Lydia me dio sobre mis padres biológicos

cuando tuve edad suficiente fue que habían muerto cuando yo sólo tenía dos años. Después me adoptó.

¿Una manada de hombres lobo? De ninguna manera. No podía existir tal cosa.

Sin embargo, después de la perorata de Sam sobre los hombres lobo, me incliné a creer que Lydia no había estado diciendo tonterías porque estaba angustiada. Si ambos creían en criaturas sobrenaturales, tal vez todo aquello fuera cierto...

—No. En absoluto. —Sin embargo, mi voz resonaba en la silenciosa habitación con un matiz de duda.

Lo que tenía que hacer era averiguar cómo alertar a la policía del asesinato de mi tía sin que Sam supiera que había sido yo. Estaba empeñado en no involucrar a las autoridades.

También necesitaba determinar que debía hacer, como sería mi vida de ahora en adelante. Probablemente tendría que dejar los estudios para ahorrar cada céntimo que ganara y de esta manera permitirme alquilar un apartamento. Frotándome los ojos cansados, exhalé un largo suspiro y eché un vistazo a la mochila que había tenido tiempo de coger cuando Sam me echó de casa. Sólo pude meter unas pocas prendas de ropa y algún artículo de primera necesidad. Mi mirada se desvió hacia la caja que estaba junto a la mochila.

No tenía idea de que debía hacer, no podía centrarme en nada de mi vida cuando se la habían quitado a mi querida tía. La imagen de ella tendida en el suelo de su despacho era demasiado cruda y real. La tía Lydia era todo en mi mundo.

No sé cuánto tiempo estuve allí sentada mirando a la nada, hasta que por fin comprendí que se había ido de verdad. Cuando salí de mi estupor, cogí la misteriosa caja y la abrí. Enseguida me sumergí en su contenido. Había fotos y cartas escritas por tía Lydia y mi madre, Sophia, mantenían contacto. Cogí una de las fotos y me quedé mirando, había una mujer rubia con unos preciosos ojos color avellana. Mis dedos se deslizaron sobre su imagen con reverencia. Era la primera vez que la veía tan bien. Era preciosa. Había unas cuantas fotos de ella y de tía Lydia, una al lado de la otra, sonriendo. Vi un collar y lo cogí para examinarlo. Era de oro y tenía una luna creciente colgando. Debía de ser de mi madre, porque lo vi en su cuello en una de las fotos.

Sonriendo, me lo puse y tuve que hacer un gran esfuerzo para cerrar el broche. El colgante se acurrucó entre mis pechos y me reconfortó un poco. A continuación, me puse a revisar las cartas.

Parecía que se habían enviado entre mi madre y Lydia cuando estaban en estados diferentes. Se habían hecho amigas íntimas, y Sophia le había enseñado a su amiga el mundo de los metamorfos.

—Mierda —susurré. ¿Todo esto podría ser verdad?

¿Realmente tenía una familia en Nueva Orleans? Bueno, una especie de familia. Mi madre no estaba emparentada con su grupo por sangre, pero, aun así, eran su gente. Me mordisqueé una uña, pensando en hacer lo que Lydia había dicho: buscar a la Manada de Guardianes de la Luna.

—Dios mío. Esto es estúpido. —Dejé caer mi cabeza entre mis manos—. Los hombres lobo no son reales. Mi madre, Lydia, y Sam, estaban delirando, seguro. Y yo no estaba en peligro. La tía Lydia debió ser atacada por ladrones, no por lobos.

Molesta conmigo misma por haberme entretenido con aquella locura, volví a meterlo todo en la caja y la guardé en la mochila. Tenía que centrarme en la realidad. Mi realidad ahora mismo era que me moría de hambre. Mi estómago gruñó, recordándome que no había comido desde esta mañana. Suspirando, me levanté y cogí la cartera de la mochila. Tendría que conformarme con lo que hubiera en la máquina expendedora que vi en el vestíbulo.

Abrí la puerta y di un paso, pero me empujaron hacia dentro. Antes de que pudiera gritar, una mano me tapó la boca. Lo primero que me vino a la mente fue que Sam tenía razón. Tal vez quien mató a mi tía me había encontrado.

Capítulo 3

Sydney

—Si te quedas callada, podría hacer esto rápido. —La voz del hombre era inquietantemente tranquila. Mi atacante aún me tapaba la boca, así que no podía responder. Pero ¿qué podría yo decir?

Sí, señor, Sr. Asesino, ¿me callaré para que pueda seguir matándome?

¡No quería morir! Mi mente se aceleró igual de rápido que mi corazón y la adrenalina inundó mi organismo. Era el momento de luchar o huir, y me incliné por la huida. Pero ¿cómo podría escapar de él?

Para ganar un poco de tiempo, asentí con la cabeza y forcé un sofocado:

—Vale.

La mano se apartó y tomé una inspiración profunda, la necesitaba. Lentamente, retrocedí para poner distancia entre nosotros y echar un vistazo a mi atacante. El hombre no era alto, probablemente sólo unos centímetros más que mi metro setenta y cinco. Sin embargo, era fornido, con brazos enormes parecidos a un pitón. Estaba plenamente segura de que podría estrangularme sin derramar una gota de sudor. Esa imagen me hizo dar otro paso atrás.

—Yo... no tengo dinero —dije. Una pequeña parte de mí esperaba que se tratara de un atraco de un ser humano normal y que no fuera un drama relacionado con lo sobrenatural. La acusación del tío Sam de que yo sólo era medio humana, junto con las cartas de mi tía y mi madre, me hacían pensar en la locura en la que ellas creían.

El hombre se rio, pero el sonido carecía de humor. Lo que le hacía el doble de aterrador era la espantosa cicatriz que le salía de la ceja izquierda, le cruzaba la nariz y se detenía en la mejilla derecha. Parecía un despiadado asesino.

Cuando se acercó, observó detenidamente la habitación. Entonces su mirada se centró en mí.

—No quiero dinero, medio loba —dijo.

Mi temor iba en aumento. Aunque había pensado que tal vez mis tíos estaban delirando, sabía que este hombre no lo estaba. Lo podía notar en sus ojos fríos y sin emociones, todo aquello parecía perfectamente lógico... y mortal.

—No soy un hombre lobo. —Me temblaba la voz, pero mantuve la barbilla levantada en señal de desafío. Aunque no todo el mundo se hubiera vuelto loco y existieran las criaturas sobrenaturales, yo no era una de ellas. Resoplé—. Si no fuera humana, creo que lo sabría.

En todos mis diecinueve años, nunca había corrido a cuatro patas, aullado a la luna o... haya hecho cualquier otra cosa que hicieran los hombres lobo.

Estaba tan molesta y llena de rabia con toda esta situación que olvidé que me enfrentaba a un asesino y se me encendió el interruptor de la ligereza. Puse los ojos en blanco.

—¿Crees que si fuera un lobo feroz me tendrías acorralada así? ¿Amenazándome? Te haría pedazos, amigo. —Cuando mi enfado disminuyó, me recordé a mí misma que debía vigilar cómo le hablaba a este hombre. No era buena idea hacerlo enfadar.

Para mi sorpresa, el hombre esbozó una sonrisa.

—Me caes bien. Tienes agallas, chica. Quizá no grites como esa mujer que destripé antes. Dijo que era tu tía.

—¿Tú la mataste? —susurré.

—Y suplicó por su vida —se burló el hombre.

La sonrisita que esbozaba mientras hablaba despreocupadamente de asesinar a alguien a quien yo amaba despertó en mí una rabia que nunca antes había sentido. No era el típico enfado que sentía cuando un cliente de la cafetería en la que trabajaba era grosero. O la furia que experimentaba a menudo cuando el tío Sam se peleaba conmigo sin motivo. Era algo más oscuro, como si algo más me acechara bajo la piel. Me dio algo de miedo esa oscura sensación.

El hombre buscó algo bajo su chaqueta de cuero y dio un paso hacia mí. Era un cuchillo. El mango era de madera, con un intrincado diseño de un árbol que me resultaba vagamente familiar.

Incluso con mi vida en peligro, no podía apartar los ojos del extraño mango del cuchillo mientras

me devanaba los sesos para recordar dónde lo había visto. Entonces caí en la cuenta. Había visto un dibujo del símbolo entre las fotos y cartas de la caja de tía Lydia.

—También me pareció algo dulce cómo ella suplicó por tu vida.

La voz del hombre se filtró en mis pensamientos acelerados.

—Me suplicó que te perdonara hasta su último aliento —dijo.

Mi mandíbula se tensó.

—¡Cállate! —Ese extraño remolino de rabia asesina volvió a surgir y se me cerraron los puños. La emoción era incómoda porque no era yo. Nunca había sido violenta. ¿Qué me estaba pasando? Sentí como si quisiera arrancarle la garganta al hombre.

Me paralicé. Creo que ni siquiera respiraba. Sentí como si algo salvaje me acechara bajo la piel y quisiera liberarse. ¿Podría ser realmente tener una mitad animal? Mi naturaleza curiosa me exigía analizar esta nueva sensación, pero la lógica me decía que tenía que alejarme o acabaría como la tía Lydia.

Con los ojos puestos en el arma que sostenía el hombre, pregunté:

—¿Qué significa ese símbolo?

Se estaba acercando a mí y se detuvo, con los ojos desorbitados.

—Esperaba lágrimas, no preguntas. Te das cuenta de que estoy aquí para matarte, ¿verdad?

Nunca he sido de las que se ponen histéricas con facilidad, ni siquiera cuando tienen miedo. Si este hombre esperaba que llorara y suplicara por mi vida, eso nunca sucedería.

—Sí, lo entendí en el momento en que me amenazaste hace unos momentos.

Tal vez me lo imaginaba, pero juraría que en sus ojos brilló un destello de respeto a regañadientes. Me estudió con abierta curiosidad.

—Lo estás llevando mejor que otros cambiaformas mucho más fuertes y totalmente lobos con los que me he encontrado —murmuró.

Mi mirada osciló entre su rostro y su cuchillo. Mis pensamientos estaban confusos después de

todo lo que había aprendido en el espacio de una tarde, pero fui capaz de procesar sus palabras.

—Entonces, ¿has matado a muchos otros? ¿Matas a los de tu propia especie?

Parpadeó.

—¿De mi especie? ¿Qué quieres decir?

—¿No eres un... —Ni siquiera quería decirlo. Si lo mencionaba, eso significaría que me creía toda esta mierda. Suspiré—. ¿Hombre lobo? —murmuré de mala gana.

Se burló.

—Soy orgullosamente un ser humano. Cazo abominaciones como tú.

Tragué saliva. Tal vez ya debería estar corriendo para salvar mi vida, pero me habían empujado a un mundo lleno de confusión, con muchos cabos sueltos y yo sólo quería un poco de claridad. El tío Sam había insistido en que fue un hombre lobo el que mató a la tía Lydia, pero este hombre lo confesó, y decía ser humano.

—Entonces, tú eres...

—Un cazador.

Casi puse los ojos en blanco ante la cantidad de orgullo que proyectaba con el anuncio. Por supuesto, tenía muchas más preguntas, porque el tío Sam no me había dicho nada de los cazadores y en la caja de la tía Lydia no había nada que indicará algo sobre ellos.

—Cierto. —Suspiré con decepción, frotándome el puente de la nariz. Estaba más perdida que unos minutos antes.

El cazador enarcó una ceja.

—Me impresiona tu compostura. Tienes nervios de acero. Podrías haber sido uno de los nuestros, un recurso de valor para nuestro equipo —dijo—. Es una pena que seas mitad hombre lobo.

Me quedé boquiabierta. Cada palabra que oía desde que encontré muerta a mi tía me creaba una pregunta tras otra. ¿Por qué demonios iba a pensar que yo podría haber sido como él? Antes de

que pudiera preguntar, me dijo:

—Basta de cháchara. Tengo una larga lista de criaturas que eliminar, y no tengo toda la noche.

Se abalanzó en mi dirección.

Tantos años de aprender a esquivar algunos de los ataques de mi tío borracho habían agudizado mis reflejos. Era como si mi cuerpo supiera moverse antes que mi cerebro. Al instante, tras esquivarle, mis dedos se enroscaron en el sillón que había frente a la ventana y, sin pensármelo siquiera dos veces, se lo lancé a la cabeza.

La fuerza de mi golpe le hizo perder el equilibrio y cayó al suelo. Rodó sobre su espalda, parpadeando rápidamente como aturdido. O tal vez estaba en estado de shock porque quizás pensó que no me fuera a defender. Con los ojos muy abiertos y sin saber de dónde había sacado aquella fuerza, solté la silla y corrí hacia mi mochila. Por suerte, antes había metido todo en ella. La cogí y di un primer paso hacia la puerta.

Pero me llamó la atención el cuchillo que el hombre blandía hace unos momentos hacia mí. Se le había caído. Retrocedí, cogí el arma y corrí hacia la puerta. El hombre gimió y miré por encima del hombro, sorprendida al ver que se levantaba tambaleándose. ¿De qué estaba hecho su cráneo? ¿De metal? Esperaba que permaneciera en el suelo al menos unos minutos, tiempo suficiente para alejarme del motel y esconderme.

—¡Maldita sea! —resoplé y cerré la puerta de un portazo. Mientras corría por el pasillo, pensé en mis opciones. Volver a casa estaba descartado. Sospechaba que, si corría a pedirle ayuda al Tío Sam y le explicaba toda la historia *del cazador*, me mandaría de vuelta a la calle. No tenía ningún amigo en quien confiar al que pudiera pedirle que me dejara pasar la noche en su casa.

Lo único que podía hacer era, como me sugirió la tía Lydia, largarme de Nebraska, de los cambiaformas y ahora también debía escapar de los cazadores. Me había metido en un buen lío. Ir a Luisiana a buscar a la gente de mi madre... la manada parecía una opción muy atractiva. Así que, cuando irrumpí por la salida del motel, me dirigí a la estación de autobuses que había a dos manzanas. Tal vez con la ayuda de la manada de mi madre, obtendría las respuestas que necesitaba y sobreviviría a este mundo de locos en el que me habían metido.

Capítulo 4

Sydney

El autobús del que me bajé se alejó, dejándome en la acera. Observé los alrededores.

—Así que éste es el famoso Barrio Francés —susurré. Me sentía como si estuviera en un país totalmente distinto, porque el ambiente era un mundo aparte de Falls City, Nebraska.

Exhalando un suspiro de agotamiento, me até el abrigo, que no era necesario para el aire templado de Nueva Orleans. Lo que se suponía que iba a ser un día de viaje en autobús me llevó tres días. Unas cuantas veces me había bajado del autobús en las paradas previstas y había visto a alguien vestido de forma parecida o que se movía con el mismo aire que el hombre que me atacó en la habitación del motel.

Sin arriesgarme, me escondía y en varias ocasiones el autobús partía sin mí. Tuve que pagar otro billete para poder continuar mi viaje. Hasta que por fin pude llegar a mi destino, pero por todo lo ocurrido ya no tenía dinero y tenía tanto sueño que pensé que me caería en cualquier momento. Tiré de mi abrigo, y fruncí el ceño. Era evidente que también necesitaba una buena ducha.

Al mirar a mi alrededor, mis hombros se encogieron. ¿A dónde iba a partir de aquí? En las cartas de mi tía y de mi madre no había nada que me dijera específicamente adónde debía ir en Nueva Orleans. No podía acercarme a una persona cualquiera y preguntarle dónde encontrar una manada de hombres lobo. Desde luego, tampoco podía ir a la policía y decirles que me perseguían unos dementes que decían cazar criaturas sobrenaturales. Ya que probablemente me internarían en un psiquiátrico.

Pasándome una mano por la cara, eché a andar. Ya que si me quedaba quieta mirando a mi alrededor también podría hacerme parecer una loca. Deambulé sin rumbo durante unos minutos, sin apenas poder admirar la ciudad y a su gente porque estaba tan ensimismada pensando en mi siguiente paso. Mi estómago gruñó como para recordarme que lo único que había comido en dos días era una chocolatina.

Un alboroto me llamó la atención, me parecía que era una especie de restaurante. Un hombre

salió del edificio dando pisotones, seguido de una mujer de piel morena y con los rizos más increíbles que había visto en mi vida. Llevaba un delantal blanco sobre el uniforme tradicional de camarera, así que supuse que trabajaba en el restaurante.

Cuando me acerqué, rechazó al hombre y le gritó:

—¡No te necesito! Además, eres un cocinero horrible.

—¡¡Que te den por culo, Macy! —le respondió el hombre.

—Me diste, y fue una gran decepción.

Me detuve para observar aquella divertida pelea. Otros transeúntes también miraron con curiosidad a la pareja que se peleaba a gritos.

—¡Devuélveme mi sombrero! —exigió la mujer llamada Macy.

El hombre dejó de caminar, se dio la vuelta y se quitó un gorro de cocinero blanco. Se lo tiró a la mujer, que lo cogió y procedió a fulminar con la mirada a quien supuse que ahora era un expleado mientras se alejaba.

—No se puede encontrar buena ayuda ni buenos novios hoy en día —ella refunfuñó.

La escena me recordó que había dejado mi trabajo de camarera en Nebraska. Llevaba tres días sin aparecer por la cafetería, lo que significaba que me seguramente ya me habían despedido.

—¿Qué estás mirando?

Parpadeé y me di cuenta de que la mujer me estaba mirando con el ceño fruncido. Claro que sí. Yo estaba allí de pie, mirándola con cara de idiota.

—Um... nada. Lo que quiero decir, es que voy a entrar. —Incliné la barbilla hacia el restaurante. La escritura de lujo en la ventana decía: *Dupart's Diner*.

Unos ojos de intenso color marrón y que parecían capaces de ver a través de mi alma me cautivaron. El calor de mi rubor casi me consumió la cara. La mujer probablemente se preguntaba de qué cloaca acababa yo de salir. Estaba cansada y sudorosa, y mi ropa estaba arrugada. Mi pelo parecía un nido de pájaros y tenía los ojos inyectados en sangre de tenerlos abiertos de par en par durante más de setenta horas, mirando constantemente por encima del

hombro en busca de cazadores maníacos.

Casi esperaba que me dijera: "Lo siento, no se permiten vagos en este restaurante". Pero sólo me miró de arriba abajo y se apartó para que entrara.

Le dediqué una sonrisa tímida y entré, mientras me peinaba el pelo largo y enmarañado. Me senté en un reservado y observé la cafetería. Era un local moderno y pintoresco, con mesas individuales y sillas tapizadas en la zona del mostrador. No había mucha gente a las diez de la mañana, lo que me tranquilizó. Al menos, podía vigilar mejor a todo el mundo.

Había otra camarera, pero fue Macy quien se acercó a mí.

—Bienvenida a Dupart's. ¿Qué vas a tomar?

Mordisqueándome el labio inferior, saqué el bolso de la mochila y miré dentro. Sólo tenía mis documentos de identidad, una tarjeta de débito de una cuenta bancaria más seca que el desierto del Sahara y dos dólares. Saqué los dos dólares.

—¿Cuánto cuesta un café? —Luego recapacité. ¿Debía gastarme el último par de dólares que tenía en un café? No es que pudiera hacer mucho más, pero, aun así—... Mejor aún, ¿tienes agua... gratis? —Miré a Macy, que enarcó las cejas.

Miró mi bolso casi vacío y suspiró.

—Pide lo que quieras, cariño. Invita la casa.

Al oír eso, mi estómago gruñó de expectación.

—¿En serio? —Macy bien podría haber tenido alas. Era un ángel.

—Claro. —Señaló un menú en el centro de la mesa.

Hojeando el menú, pedí un café y una tortilla occidental con tortitas.

No estaba segura de cuánto tiempo estuve sentada en el restaurante después de terminar mi comida. Había una extraña sensación de paz en el restaurante. Me resistía a abandonar la seguridad para salir por la puerta y volver a una gran ciudad de la que no sabía nada y donde no

conocía a absolutamente nadie. No tenía suficiente dinero para encontrar un motel barato o comprar mi próxima comida. Estaba totalmente perdida. Quizá huir a Nueva Orleans no fuera una buena idea después de todo.

—Entonces, ¿planeas quedarte sentada aquí todo el día?

Miré al mostrador donde estaba Macy, que me estudiaba de pies a cabeza. Ella sonrió.

—¿Por qué no te acercas a la barra?

Como me había regalado la comida y había sido muy amable, la complací. Salí del lugar reservado, cogí mi mochila y me dirigí al mostrador.

—¿Quieres beber algo más? —me preguntó cuando me senté.

—Oh, no. Has sido muy amable. Estoy bien.

Ladeó la cabeza.

—No pareces la típica turista.

Sonreí ligeramente.

—No, imagino que se ven menos desaliñadas.

Macy me devolvió la sonrisa.

—¿A ver, cuéntame que te ocurre? ¿Te has escapado de casa, de unos padres demasiado estrictos? ¿O huyes asustada de alguien? —Entrecerró los ojos—. Pareces muy joven. ¿Cuántos años tienes, diecisiete? ¿Dieciocho?

—Diecinueve —Le dije.

—Hmm. Así que, ¿estás huyendo de un exnovio acosador?

Me reí.

—¿Qué te hace pensar que estoy huyendo de alguien?

Me echó un vistazo.

—Tienes esa mirada.

Desvié la mirada.

—No estoy huyendo de un ex, ni me escapé de casa.

—¿Pero huyes por miedo?

Miré a la mujer que me había mostrado amabilidad, deseando poder contarle todo lo que me había pasado en los últimos días. Probablemente me llamaría loca y me echaría del restaurante. Suspiré.

—Sólo estoy... buscando algo. —No era del todo mentira. Necesitaba encontrar a la Manada de Guardianes de la Luna.

—Ya veo. —La mirada de Macy permaneció clavada en la mía—. Por supuesto, no confiarás en un extraño. Soy Macy Dupart. —Me tendió la mano.

—¿Dupart? —Le estreché la mano—. ¿Eres la dueña de este restaurante? —No parecía mucho mayor que yo.

Su labio se torció en una sonrisa irónica.

—Más o menos. En realidad, es la casa de mi madre. Pero como ella está un poco mal ahora, tuve que intervenir para mantener este lugar en funcionamiento.

—Oh. Soy Sydney Sullivan. —Pronunciar mi apellido hizo que se me formara un nudo en la garganta. Tía Lydia me dio su apellido cuando me adoptó oficialmente—. Encantada de conocerte, Macy. Muchas gracias por tu amabilidad. —Dejé escapar una carcajada, pero no había mucho humor detrás—. Pero supongo que no podré quedarme a acampar en tu casa por siempre.

—Bueno, si encuentras lo que buscas, puedes volver y contármelo. —Se encogió de hombros—. O si no lo encuentras, también puedes volver y contármelo.

Me puse en una posición más recta. En ese momento, me sentí un poco menos sola desde que mataron a mi tía Lydia. Sin embargo, debía alejarme de Macy. Era demasiado decente, demasiado amable para que la metiera también en mi mundo de problemas. Me perseguía gente realmente peligrosa, así que la única opción posible era alejarme cuanto antes de ella.

—Muy amable de tu parte. Quizá vuelva a pasarme —le dije. Aunque sabía que no lo haría.

—Pero por si acaso no te vuelvo a ver —dijo Macy—. Toma esto. —Metió la mano en el bolsillo de su uniforme, sacó una pequeña tarjeta y la colocó en el mostrador frente a mí.

Eché un vistazo a la tarjeta de visita y casi me ahogué con mi inspiración repentina. *Guardianes de la Luna: Seguridad Privada. CEO: Cole Grayson.* Mi mirada voló hacia Macy.

—¿Cómo... Guardianes de la Luna?

Ella asintió.

—Es una empresa de seguridad privada. Como dije, conozco la mirada de alguien que huye asustada, Sydney. Los que vienen aquí con la misma mirada que tú suelen necesitar este tipo de ayuda. —Señaló la tarjeta.

Me quedé boquiabierta mirando a Macy, con ganas de decirle que no buscaba protección humana. Tenía que ser una enorme coincidencia que esta empresa de seguridad tuviera el mismo nombre que la manada de hombres lobo que buscaba.

—Yo... —Estaba a punto de decirle que no necesitaba ese tipo de seguridad, pero no me molesté. En su lugar, le dije—: Aunque necesitara contratar seguridad privada, no tengo dinero.

—Se sabe que Cole ayuda incluso a quienes no pueden permitírselo —afirmó.

—¿Lo conoces?

—No somos exactamente amigos íntimos, pero sí. Le he enviado a muchas personas igual que tú, y él les ha ayudado.

—¿Gente como yo? —pregunté.

Macy me miró fijamente a los ojos. Sin duda era intrépida y directa.

—Personas reacias a admitir que necesitan ayuda.

No pude hacer otra cosa que reírme. Ella no lo entendía. No es que no quisiera pedir ayuda. Simplemente era recelosa. Estaba buscando hombres lobo, por el amor de Dios. No podía pedírsela a cualquiera.

—Parece un buen tipo. Miré la tarjeta de visita, sintiéndome atraída por ella por alguna razón, más bien por el nombre del director general. La cogí y pasé el pulgar por encima de las letras mayúsculas del nombre de Cole Grayson. El corazón me dio un vuelco y fruncí el ceño, preguntándome desde cuándo mi órgano hacía eso.

Soltando un largo suspiro, decidí echarle un vistazo al lugar.

—Gracias, Macy. Creo que le daré una oportunidad a esta empresa de seguridad.

—Genial. —Sonrió—. Tienes el número de teléfono y la dirección. Ve a ver.

Asentí con la cabeza. No tenía ninguna otra pista. Cole Grayson podía ayudarme o no. Merecía la pena intentarlo.

Capítulo 5

Sydney

—Esto es estúpido —susurré, dando media vuelta para volver a bajar los escalones de piedra del edificio de oficinas. Antes de alejarme, me detuve y miré hacia atrás. Tal vez no debería marcharme sin asegurarme de que se trataba de una coincidencia. ¿Y si la empresa de seguridad que me recomendó Macy estaba relacionada con la manada de hombres lobo que buscaba?

La incertidumbre me acosaba. Una manada de hombres lobo no tendría un negocio en medio de la ciudad, ¿verdad? Como no tenía ni idea de las tendencias de los hombres lobo, ni siquiera podía empezar a adivinar la respuesta. Respiré hondo, di media vuelta y subí los escalones.

Cuando atravesé la puerta de cristal y entré en el vestíbulo, estaba casi segura de que Guardianes de la Luna Seguridad Privada era una empresa normal dirigida por humanos. Detrás del mostrador de recepción había una mujer que me pareció humana, con su elegante melena negra y su rostro perfectamente maquillado.

Su sonrisa vaciló cuando me recorrió de pies a cabeza, pero se mantuvo en su sitio. Me impresionó su profesionalidad al no arrugar la nariz en señal de disgusto por mi apariencia. Comparada con su sofisticado aspecto, yo parecía una niña de la calle.

—Hola, bienvenida a The Apex —saludó alegremente la mujer—. ¿En qué puedo ayudarle?

Apex era un nombre apropiado para el edificio de oficinas. El diseño y la decoración futuristas del vestíbulo marcaban la pauta de la máxima elegancia. Cole Grayson debía de tener mucho éxito para tener su oficina en un lugar como este.

Dejando a un lado mi vergüenza por parecer tan desaliñada como estaba, cuadré los hombros y devolví la sonrisa a la recepcionista.

—Hola, busco la oficina de Cole Grayson.

Ella sonrió y corrigió:

—Oficinas. Su empresa abarca un par de plantas. Vaya a los ascensores y diríjase a la planta veinte.

—Gracias.

La empresa de seguridad se parecía cada vez menos a una manada de hombres lobo. Se me ocurrió marcharme antes de presentarme en el despacho del señor Grayson y hacer el ridículo, pero algo me impulsó hacia los ascensores. En cuanto entré en el edificio, algo dentro de mí se agitó como si existiera algo aquí que fuera para mí. No tenía sentido, como la vez que juré que algo malicioso y oscuro cobró vida dentro de mí cuando me enfrenté a aquel cazador, pero me dejé llevar por mi instinto.

El tintineo del ascensor anunció mi llegada a la vigésima planta, y miré arriba y abajo por el pasillo alfombrado de azul antes de salir. Había dos puertas de cristal en las que se leía en negrita "*Guardianes de la Luna Seguridad Privada*".

—Bueno, allá voy.

Subiéndome la mochila al hombro, me dirigí a la oficina. Cuando empujé la puerta, me recibió otra recepcionista. Tenía el pelo rubio y ondulado, los pómulos altos y una cara digna de portada de revista. Su sonrisa era tan brillante como la de la mujer de abajo. Sin embargo, sus ojos brillaban de curiosidad mientras me inspeccionaba. Pero ni una sola vez me sentí cohibida por mi aspecto. No, esta recepcionista proyectaba una calidez y un aire que era de no juzgar a nadie, al igual que mi amiga reciente, Macy.

—Hola.

Me saludó con la cabeza y levantó un dedo, y entonces me di cuenta de que llevaba un auricular.

—Claro, Sr. Brown. Le entregaré su mensaje en cuanto llegue el Sr. Turner. —Hizo una pausa—. De nada. —Pulsó algunos botones del teléfono y volvió a centrar su atención en mí, con la sonrisa aún en su sitio.

La mujer rodeó el mostrador y enarqué una ceja. Dios mío, ¿todas las que trabajaban aquí eran modelos? Llevaba un vestido que se ceñía a su cuerpo alto y esbelto, y los tacones que llevaba daban la impresión de que sus piernas eran infinitas.

—Hola, soy Violet. —Me tendió la mano, que acepté cortésmente.

—Sydney Sullivan.

—Bienvenida a Guardianes de la Luna. ¿Sydney Sullivan? —Sus ojos dieron vueltas—. No recuerdo una Sydney en el libro de citas.

—Oh, no tengo cita. —Violet parpadeó—. Una amiga me habló de este lugar, y pensé en echarle un vistazo. En realidad, esperaba ver a Cole Grayson. —No sabía por qué, pero pronunciar su nombre hizo que mi corazón palpitara más de lo normal. Me habían estado pasando cosas extrañas desde que me introduje en el mundo de lo sobrenatural. No sabía por qué el calor abrasaba mis mejillas al pronunciar el nombre del señor Grayson.

Violet ladeó la cabeza y me estudió con curiosidad. Luego se inclinó ligeramente hacia delante e inhaló profundamente. Mis labios se entreabrieron y mis ojos se movieron de un lado a otro. ¿Acaba de... olerme?

—Hmm —tarareó—. Interesante.

¿Qué era tan interesante? ¿El hecho de que quisiera ver a su jefe o que pudiera oler como si hubiera atravesado varios estados sin ducharme?

Violet me miró de pies a cabeza, pero no de mala manera. Había un brillo en sus ojos que rayaba entre el regocijo y la picardía.

—El Sr. Grayson está ocupado en este momento, pero de ninguna manera dejaré que te vayas sin verlo.

Fruncí las cejas.

—Bueno, si está ocupado, puedo volver. No es como si tuviera una cita. —Aunque no tenía ni idea de dónde iría a esperar hasta que pudiera verle.

—No, no. Lo vas a ver hoy.

Confundida por su insistencia, le dije:

—Vale...

—Por favor, toma asiento. —Señaló la sección de sillas.

Asentí y me dirigí a uno de los sillones más acogedores. Cuando me senté, casi gemí de placer cuando el cojín me dio la bienvenida. Vivir prácticamente en autobuses durante días había hecho que mis músculos protestaran. Se me escapó un suspiro, por fin tenía algo cómodo en lo que descansar mis cansados huesos.

Eché un vistazo a la sala de espera, observando la alfombra que hacía juego con la del pasillo y los muebles de oficina que parecían haber costado una fortuna. El negocio iba muy bien, y estaba segura de que nunca podría permitirme sus servicios, aunque tuviera trabajo. Sin embargo, Macy había dado a entender que el señor Grayson aceptaba casos pro bono... no que pudiera aceptar el mío. Seguramente, no protegía a los hombres lobo de los cazadores.

—Dios mío —susurré. ¿De verdad me estaba creyendo la teoría de que era medio lobo?

—¿Estás bien? —preguntó Violet desde detrás de su escritorio.

—Sí, claro, sólo admiraba la estética.

Sonrió.

—Mencionaste que una amiga te había hablado de nosotros. ¿Te importa si pregunto quién?

Me puse más recta.

—En absoluto. Conseguí su tarjeta de visita de Macy Dupart. Tiene una cafetería no muy lejos de aquí.

—Ah, Macy.

—¿La conoces?

Violet suspiró.

—Muy bien.

No estaba segura de si su suspiro era bueno o malo, pero decidí que no era asunto mío.

—Me dijo que, si necesitaba ayuda, este era el mejor lugar para venir. Pero dudo que aquí consiga la ayuda que necesito. —Fruncí los labios, sin saber por qué le había dicho eso a Violet.

—¿Por qué no? Aquí somos bastante versátiles en el campo de la seguridad. Cole incluso ofrece

ciberseguridad.

Cole. Se tuteaba con su jefe. Esa cosa llena de rabia que seguía intentando salir a la superficie se agitó. Los celos, calientes y feos, casi me ahogaron. Respiré hondo y me retorcí en la silla. ¿Qué demonios me pasaba? Algo iba muy mal en mí, porque ¿por qué iba a estar celosa de que un desconocido se enrollara con su atractiva recepcionista?

La mirada de Violet se entrecerró en mí, y ese brillo curioso apareció de nuevo en sus ojos.

—¿Estás bien, Sydney?

—Si estoy Bien —me atraganté—. ¿Puedo usar el baño?

—Por supuesto. —Violet señaló un pasillo estrecho—. Segunda puerta a la derecha.

Prácticamente corriendo, me reprendí a mí misma por el sentimiento antinatural e ilógico de querer destrozar a una mujer que no había sido más que amable conmigo. Entré corriendo en el lujoso cuarto de baño y me dirigí al espejo. Apoyé las palmas de las manos en la encimera y me miré.

Mi reflejo me hizo estremecerme. Tenía el pelo enmarañado, la piel más pálida que de costumbre y los ojos apagados por el cansancio. Me acerqué más y entrecerré los ojos para ver si veía algún signo de que me hiciera pensar que era algo más que una humana. Incluso enseñé los dientes para ver si tenía caninos alargados, porque hacía un momento me había sentido como un animal cuando Violet pronunció el nombre de Cole Grayson con tanta familiaridad.

Al cabo de un rato, me eché a reír. Con la cabeza gacha, sostuve las ganas de continuar riéndome. Era oficial. Me estaba volviendo loca, tan loca como el tío Sam, la tía Lydia y aquel hombre que decía cazar criaturas. Resoplé.

Mi diversión se desvaneció rápidamente al pensar en mi tía. La desesperación, al igual que una flecha, atravesó mi corazón. ¿Era mi imaginación o mis emociones eran más intensas que antes? Era como si todo se hubiera agudizado. Mis emociones, mis instintos ante el peligro, incluso mis sentidos. Un par de veces, mientras corría hacia Luisiana, juré que olía al hombre que había amenazado con matarme, pero cuando miraba a mi alrededor, no lo veía por ninguna parte. Pero eso era imposible. Mi sentido del olfato nunca había sido tan agudo.

El miedo bombeaba por mis venas, pero eso era porque empezaba a sospechar que yo era alguna

cosa sobrenatural. Era eso o el estrés me estaba llevando en un viaje infernal.

—Dios mío, estoy perdiendo la cabeza. —Con un largo suspiro, me pasé los dedos por el pelo y me pellizqué las mejillas, esperando recuperar algo de color en la piel—. Mirándolo por el lado bueno —le dije a mi reflejo—, quizás esto sea una larga pesadilla y despertarás en cualquier momento. —Volvería a mi vida normal, con mi tía excéntrica, mi tío gilipollas y mis días monótonos, en los que lo único emocionante que me pasaba era que un chico guapo me sonriera en la cafetería donde trabajaba.

Solté una risita, pero el sonido se me atascó en la garganta cuando algo me golpeó de lleno en el pecho. Necesidad pura y dura. Le siguió la urgencia de llegar a algún sitio o a alguien. Me pasé una mano por el pecho, donde el corazón galopaba excitado. Esa extraña... *cosa* dentro de mí cobró vida. Esta vez, no era por rabia o celos. Era pura felicidad, y me instó a volver a la sala de espera como si supiera que lo que buscaba estaba ahí fuera. Fruncí el ceño y me volteé para mirar la puerta, preguntándome qué me llamaría desde el otro lado.

Capítulo 6

Cole

Entré en la sala de espera de mi despacho y miré a Violet con el ceño fruncido. Solo levantó una ceja. Dios me libre de que muestre miedo de mí, el Alfa. Cualquier otra persona se acobardaría bajo mi famosa mirada fría y prometedora de una muerte segura, pero no Violet Knox, la hermana de mi Beta. Ella era como una hermana pequeña para mí también. Por lo tanto, mi ladrido era más mortal que mi mordida cuando se trataba de ella, y ella lo sabía.

—Hola, Cole —chirrió.

Mantuve el ceño fruncido, pero mi corazón ya se había ablandado de afecto. Era tan adorablemente molesta.

—Violet, más vale que esto sea bueno. Te dije que estaba ocupado.

—Sí, lo sé. —Miró hacia el pasillo que llevaba a los baños y bajó la voz—. Estabas en una reunión con mi hermano y los otros, discutiendo asuntos de la manada o lo que sea.

—¿"O lo que sea"? Es un asunto muy importante. Negocios que mantienen a salvo todos nuestros pellejos. Y no es *o lo que sea*.

Puso los ojos en blanco.

—Lo sé, pero esto también es importante. —Me hizo señas con entusiasmo.

Ahogando un gemido, me acerqué al mostrador. Violet no era realmente nuestra recepcionista a tiempo completo. Ese trabajo pertenecía a Margaret, una de las señoras mayores de nuestra manada, pero estaba visitando a su hija en Texas durante un par de semanas. Su hija iba a la universidad en Houston, algo que no me gustaba.

Tener a los miembros más jóvenes, especialmente las hembras, tan alejados de la seguridad de la manada me ponía nervioso. Sin embargo, yo intentaba modernizar nuestras costumbres, apartar un poco nuestras normas y leyes de los valores más anticuados y a veces opresivos de la vida en

manada. Así que, si los jóvenes elegían una universidad lejos de casa, les dejaba ir y les daba ayuda financiera si fuera necesario.

Como Margaret no estaba, Violet aprovechó la oportunidad para sustituirla. Prácticamente me suplicó por el trabajo temporal. Sospeché que era para alejarse lo más posible de su sobreprotector hermano.

—Hay alguien aquí —anunció Violet.

—No me digas. Es una empresa con bastantes empleados.

Se chupó los dientes.

—No te hagas el listo, Cole.

—Entonces deja de irritarme. No tengo tiempo para esto. —Había cosas más importantes de las que ocuparse, como la noticia de que podría haber una nueva manada en la ciudad amenazando con crearnos problemas. Eso era lo que había estado discutiendo con mi Beta y algunos de los miembros de la manada arriba en mi oficina privada.

—Hay un nuevo cliente potencial.

Me pasé una mano por la cara.

—Maldita sea, Violet. Si es un cliente nuevo, ¿por qué no has llamado a Justin?

Justin Turner, mi ayudante, que era humano y miembro honorario de mi manada, estaba aquí para ocuparse de los asuntos de la manada.

—No quería llamar a Justin porque esta chica es...

—Te juro que podría estrangularte. ¿Una chica? ¿Es este otro de tus intentos de buscar pareja? Por última vez, no quiero una pareja, y aunque la quisiera, no necesitaría tu ayuda para encontrarla —gruñí.

Violet se creía Cupido. Se había embarcado en una misión no autorizada para ayudarme a encontrar pareja y yo ya estaba harto de que se entrometiera en mi vida amorosa... o en la falta de ella. Sólo tenía veintisiete años, pero había dejado de pensar en encontrar pareja. Si no había encontrado a mi verdadera pareja en mi manada o en otras manadas aliadas, probablemente

nunca la encontraría.

Violet tenía la teoría de que quizás mi verdadera pareja no fuera un hombre lobo, sino un humano. Me opuse a la idea. Lo último que quería era una pareja humana. Ya tenía bastante con ser responsable de toda una manada. No necesitaba estar unido a una humana a la que tendría que cuidar y dar información sobre la vida de los cambiaformas. Además, la mayoría de la manada no vería con buenos ojos tener una Luna medio humana. Era un desastre a punto de ocurrir.

—No estoy tratando de emparejarte.

—Mentirosa.

Ella resopló.

—Vale, la cosa es que, cuando entró, sentí ese cosquilleo de Cupido.

Resoplé.

—Pero entonces la olí.

Frotándome el puente de la nariz, suspiré pesadamente.

—Te lo dije, nada de olfatear clientes potenciales.

Esta operación se montó como una fachada para que pareciéramos humanos.

Frunció los labios con culpabilidad.

—Lo siento, pero no creo que sospechara nada. Lo que olí es lo que despertó mi interés, y pensé que era mejor llamarte a ti que a Justin. —Se inclinó hacia mí para acercarse—. Cole, olía a lobo, pero *no* como uno normal.

La miré fijamente.

—¿Qué significa eso?

—No sé... mi loba sintió que era como nosotros, pero el olor de su animal era muy débil. Estaba confundida. Apenas era posible reconocerla como una loba, pero sé que es de los nuestros.

Mientras miraba a Violet, comprendí. *Mierda*. ¿Podría haber sentido a un mestizo? Nunca había conocido a uno. Demonios, yo tampoco. Y los mestizos eran mal vistos por los ancianos de la mayoría de las manadas, incluida la nuestra.

Me froté la mandíbula y se me pasó parte de la molestia. Tal vez era lo mejor que yo tratara con este cliente potencial en lugar de mi asistente.

—¿Dónde está ahora?

—En el baño. Macy es quien te la ha recomendado.

Gruñí.

—"Así que lo más probable es que no sea una clienta de pago.

Violet se encogió de hombros.

Macy Dupart no era muy querida por los cambiaformas. Las brujas nunca lo eran. Sin embargo, yo no tenía ningún problema con ella. Era una sabelotodo testaruda y un dolor de cabeza, pero tenía buen corazón. Aunque también detestaba a los de nuestra especie, habíamos desarrollado una relación un tanto simbiótica. A veces me ayudaba y, a cambio, yo ayudaba a algunas personas que ella me enviaba gratuitamente. La medio bruja tenía complejo de Madre Teresa, y yo no lo veía como algo malo. Mi negocio tenía suficiente éxito como para aceptar algunos casos pro bono.

—Se llama Sydney, y es guapa. —Violet sonrió, y yo puse los ojos en blanco.

Ella nunca lo dejaría hasta que yo estuviera apareado y fuera padre de dos comas cinco cachorros punto cinco. Lo extraño fue que la mención del nombre de la desconocida me provocó una ligera punzada en el pecho. Frunciendo el ceño, miré el pasillo vacío que conducía al baño.

—Uh hum. Bueno, será mejor que se dé prisa y venga aquí. No tengo todo el día. Tamborileé con un ritmo rápido sobre el mostrador, pensando en la tonelada de papeleo que tenía que hacer. Luego tenía que ir al recinto de la manada y reunirme con los ancianos para presionar por un cambio en todo eso de que las hembras apareadas debían quedarse en casa y tener hijos. Las hembras me habían estado rogando que cambiara esa regla. Yo no era como los lobos mayores. Aunque creía que nuestras mujeres debían ser protegidas, también pensaba que debían ser tratadas por igual y con más respeto que ser tachadas de yeguas de cría.

Mi mente estaba a kilómetros de distancia hasta que un olor llegó hasta mí. Era femenino, embriagador. Delicioso. Mi lobo levantó la cabeza con interés y su corazón de bestia se aceleró. Ondulaba, como queriendo liberarse. ¿Para llegar hasta ella? No estaba seguro de lo que ocurría hasta que una mujer menuda —tal vez de un metro setenta o un metro ochenta— dobló la esquina. Su pelo castaño caía en una cortina desordenada alrededor de sus hombros. Desde allí, vi que sus ojos almendrados eran de color verde y sus labios carnosos, que formaban un mohín natural. Llevaba un jersey holgado, lo que me pareció extraño, teniendo en cuenta que hacía unos treinta grados.

Mi mirada se desvió hacia abajo, observando sus caderas en unos vaqueros ajustados, y luego volvió a su rostro. Estaba demasiado pálida y tenía ojeras, pero era hermosa y.... mía. Mi lobo quería salir y aullar de placer. Noté como una potente sensación de posesividad me dio una patada en el pecho. Mi mandíbula casi rozó la alfombra. *Madre mía*. Era ella, mi compañera predestinada, aquí mismo, en mi despacho. Me quedé estupefacto porque nunca pensé que la encontraría... o que ella me encontraría a mí, debería decir. Como, moví los pies y me acerqué a ella.

La chica se quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos clavados en mi cara. Tenía los labios entreabiertos y su pecho subía y bajaba rápidamente.

—Pareja —gruñí. Era mi lobo haciéndose notar. Lo empujé hacia atrás y le dije que se callara.

Un pequeño jadeo resonó, y desde mi periferia, vi a Violet sonriendo de oreja a oreja.

—¡Sí! —siseó.

Le lancé una mirada rápida e irritada. La chica, Sydney, Violet dijo que se llamaba, se me quedó mirando, frunciendo las cejas. Aspiré su olor, confirmando que, efectivamente, era más humana que loba. Su olor animal era casi inexistente. Por la confusión que nublaba sus delicados rasgos, deduje que no tenía ni idea de lo que era. Eso significaba que no sabía qué demonios estaba pasando entre nosotros. Por qué sentía esa repentina conexión conmigo que yo sabía que estaba experimentando.

Eso era exactamente lo que no quería: una compañera medio humana despistada. Sin embargo, quería acercarme a ella y estrecharla entre mis brazos porque su aire perdido y cansado hacía aflorar mi instinto de proteger lo que era mío.

Capítulo 7

Sydney

Por encima de los latidos de mi corazón, juré oír las palabras "es *tuyo*" resonando en mi mente. Como ya me había dado cuenta de que estaba perdiendo la cabeza, ignoré la débil voz. Sin embargo, no podía ignorar el magnetismo que sentía hacia el extraño hombre que me miraba fijamente.

Se me erizaron los pelos de los brazos, pero no era por la sensación de miedo. Era una atracción pura. No era sólo porque era el hombre más guapo que había visto nunca. Lo digo en serio. Era alto, con una presencia imponente y unos rasgos faciales cincelados casi a la perfección. Sus ojos azules se hacían más intensos por su mirada penetrante. Sus labios formaban una línea severa y me di cuenta de que no sonreía mucho. Por alguna razón, eso me entristeció. Nunca me había sentido tan avergonzada de mi aspecto, totalmente despeinado, como ahora. Parecía sacada de una película de terror, y quería desaparecer, de la existencia o de estar ante la mirada ardiente de aquel desconocido.

Cada célula que componía mi cuerpo cobró vida en el momento en que le vi. Nunca me había sentido así antes de este encuentro. Las sensaciones habían empezado a desbocarse en mi cuerpo incluso antes de que le viera. Ahora sentía como si la última pieza de mi vida encajara en su sitio. ¿Quién era él?

Parpadeando, sacudí ligeramente la cabeza como si eso pudiera detener mis reacciones ilógicas ante aquel hombre. Dio un paso hacia mí y susurró:

—Pareja.

¿Cómo?

Parecía tan conmovido como yo, pero me dio la impresión de que sabía lo que estaba pasando. Violet tampoco parecía confundida. Parecía francamente complacida. Fue un momento intenso, en el que me rompí la cabeza, pero sentí unas ganas locas de lanzarme a los brazos del desconocido. Sentía que allí estaría a salvo.

Para mi decepción, dio otro paso y se detuvo. Levantó la nariz y volvió a aspirar profundamente. ¿Por qué todo el mundo seguía olfateándome? Era muy raro. El apuesto desconocido cerró los ojos y gimió. Hizo una mueca como de dolor y retrocedió.

—Violet —dijo entre dientes apretados—. Lleva a nuestra invitada al despacho de Justin. Necesito un minuto.

—Por supuesto, jefe.

Levanté mis cejas. ¿Él era Cole Grayson? Desde luego, pensaba que el director general de esta empresa sería mucho mayor. Le vi dar media vuelta y salir a toda prisa por la puerta. Quise correr tras él, odiando que pusiera distancia entre nosotros, lo cual era ridículo. ¿Cómo era posible que yo pudiera sentir esta necesidad de un completo extraño?

Miré a Violet.

—¿Está bien?

Sonrió.

—Está bien, sólo tuvo un pequeño problema de control, por la primera impresión que tuvo de ti al conocerte.

—No te entiendo. ¿Es porque no tenía una cita?

—Por supuesto que no. El Sr. Grayson volverá pronto para reunirse contigo. —Pasó junto a mí hacia otra otra serie de puertas—. Sígueme.

Mirando hacia la puerta, vi que Cole Grayson había desaparecido, y seguí a Violet. Entramos en una oficina que probablemente era más grande que la mayoría de apartamentos de la ciudad. Por supuesto, era el epítome de la opulencia, como todo lo demás en este lugar.

—La oficina privada de Cole está arriba.

De nuevo apareció esa oleada de celos. Violet sonaba demasiado familiar con su jefe. Me hizo preguntarme si su relación iba más allá de lo profesional. La idea me dejó desconsolada. ¡Qué demonios! Ni siquiera conocía al tipo. Me puse una mano en la frente y suspiré. Realmente necesitaba una evaluación psiquiátrica.

—¿Estás bien, Sydney?

—Fantásticamente bien —refunfuñé.

Los ojos de Violet se entrecerraron, pero continuó hablando.

—Este es el despacho de su ayudante, Justin Turner. Ahora está fuera por una reunión. Siéntate si quieres. —Señaló un sillón de cuero.

Me senté porque estaba tambaleándome por mis emociones revueltas.

—¿Te traigo algo de beber? —preguntó.

—Un agua estaría genial. Fría.

Porque sólo un minuto en la presencia de Cole me puso tan ardiente y alterada. Había tenido interés en algunos chicos mientras crecía, pero nunca nada tan intenso como lo que sentí en la sala de espera. Sentí como si nunca hubiera vivido de verdad hasta ahora, y Cole era lo que necesitaba para seguir viviendo. La risa histérica burbujeó en mi pecho, pero la contuve. Era ridículo. A lo mejor estaba agotadísima y volvería a mi lógica habitual después de una buena siesta. Cuando Violet se fue, me senté y cerré los ojos para descansar un poco.

Sentí su presencia antes de verlo. Mis ojos se abrieron de golpe y descubrí al guapísimo desconocido, es decir, Cole Grayson, de pie en la puerta, observándome. Llevaba unos cinco minutos sola en la habitación, pero estaba tan cansada que me había quedado dormida.

Entró con una botella de agua en la mano. No habló; sólo se mantuvo mirándome fijamente. Tuve la impresión de que un depredador acechaba en la profundidad de sus ojos. No le tenía miedo, pero estaba intrigada.

Cole me dio la botella de agua y las puntas de nuestros dedos se tocaron. Inspiré mientras un calor eléctrico me recorría los dedos, subía por el brazo y se extendía por todo el cuerpo. Santo cielo. Había oído hablar de la química, pero esto era algo de otro mundo. Incluso sentí que me inclinaba hacia él, deseando que me tocara más. Me contuve, me senté, abrí la botella de agua y bebí un trago. Cole me miró como si fuera un artefacto explosivo mientras se sentaba detrás del escritorio, lo más lejos que podía estar de mí, supongo.

Como no hablaba, solté:

—Soy Sydney Sullivan. Una amiga me dio tu tarjeta de visita.

—Cole Grayson, encantado de conocerte.

Incluso el sonido de su voz me hipnotizaba. Le miraba con un anhelo que no comprendía.

Me estudió atentamente.

—¿Necesitas servicios de seguridad?

—Bueno... yo... —Vaya si lo necesitaba. Pero, ¿cómo iba a decirle a él o a cualquier otra persona que me perseguían?— Más o menos.

Levantó una ceja.

—¿Más o menos?

—Es complicado.

Su mirada me recorrió, haciendo que mi respiración se acelerara.

—¿Algún ex acosador?

¿Había algo de celos en su tono de voz o me lo había imaginado? Resoplé.

—¿Por qué todo el mundo sigue suponiendo eso? —Esa también era una de las suposiciones de Macy.

Se encogió de hombros.

—Me llegan muchos de esos casos. ¿Quién es todo el mundo?

Esos ojos enloquecedores suyos estaban fijos en mí, haciéndome retorcer.

—No importa. Vine porque pensé que tú o alguien de aquí podría ayudarme a encontrar a quien busco.

—Continúa.

—En realidad, tiene más que ver con el nombre de tu empresa, por eso he venido. —Me quedé mirando a Cole. Me hizo sentir demasiado cómoda para compartirlo, y solté—: El nombre de tu empresa es el mismo que el del grupo de gente que mi tía me dijo que buscara. La Manada de Guardianes de la Luna, quiero decir, el grupo.

Cole se quedó inmóvil.

—Violet me dijo que Macy Dupart te mandó aquí.

—Bueno, sí.

—¿De dónde eres? —preguntó.

—De Nebraska, pero he venido aquí para encontrar a mi familia. A la familia de mi madre, más bien. Mira, sé esto puede parecer toda una locura, pero mi tía me trajo de Nueva Orleans a Nebraska cuando tenía dos años, tras la muerte de mi madre. Hace poco me dijo que encontrara a la gente de mi madre. Los Guardianes de la Luna. Estaba convencida de que era una gran coincidencia que tu empresa tuviera el mismo nombre, pero ahora ya no lo creo. —Detuve mi rápida perorata para tomar aire—. Siento...

—Una conexión.

Mi mirada volvió a su rostro porque él no había hecho ninguna pregunta. Lo sabía.

—Sí. Contigo.

Se recostó en su silla y su expresión se suavizó.

—¿Qué sabes de los Guardianes de la Luna? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—Sólo que mi madre formó parte del grupo hace años. Ahora tengo diecinueve años, así que supongo que de eso hace más de diecisiete.

Frunció el ceño.

—Eres joven.

¿Le decepcionó mi edad? ¿Y por qué me importaba?

—¿Quién es tu tía? —preguntó.

—Lydia Sullivan. Murió hace poco. —Se me hizo un nudo en la garganta y tragué con fuerza.

—Lo siento —dijo Cole.

Me limité a asentir, temiendo perder el control y derrumbarme delante de él.

—El nombre no me suena —murmuró—. ¿Y el nombre de tu madre?

Le miré con curiosidad. ¿Por qué sonaba como si supiera de la Manada de Guardianes de la Luna?

—Entonces, ¿no es una coincidencia que tu empresa tenga el mismo nombre que el grupo de mi madre?

Su expresión era ilegible.

—No he dicho eso. Sólo siento curiosidad por ti, Sydney.

Mi nombre recorriendo su lengua me tocó en lugares que realmente no debería. Me aclaré la garganta y le dije:

—Mi madre es Sophia Elliot. Ella y mi tía no eran realmente hermanas, sólo grandes amigas, supongo.

La expresión neutra de Cole se convirtió en una máscara oscura.

—¿Sophia Elliot? ¿Qué aspecto tenía?

Fruncí el ceño.

—Rubia, estatura media. Muy guapa. Espera, sabes...

Se levantó de la silla, con los hombros prácticamente rozándole las orejas. La tensión que irradiaba de repente hizo que yo también me pusiera en pie.

—¿Sabes a quién estoy buscando, entonces?

—¿Es algún tipo de juego? —preguntó Cole.

—¿Qué?

—Sabes muy bien quiénes son los Guardianes de la Luna, ¿verdad? Tú sabes quién soy yo.

Mis ojos recorrieron la habitación.

—¿El director general de esta empresa?

Gruñó, y mis ojos se abrieron de par en par.

—¿Cómo es posible que seas mi compañera predestinada? —preguntó, pero sospecho que era una pregunta retórica.

—¿Qué es un compañero predestinado?

Se pasó los dedos por el pelo.

—¿Realmente el destino sería tan mierda para joderme tan épicamente?"

Sentí una terrible sensación, me había pateado el culo.

—No lo entiendo.

Esta vez, cuando sus ojos se posaron en mí, no era la mirada ardiente que me había dirigido un par de veces desde que nos conocimos. Su mirada era tan fría que casi me estremecí.

—Creo que sí lo entiendes. —Inspiró y desvió la mirada—. No puedo ayudarte. Deberías irte.

—Pero yo...

—Vete.

Me quedé de pie, mirándole fijamente, pero él se negó a mirarme. Sentí que mi corazón estaba a punto de romperse, cosa que no entendía. Me había enfrentado al rechazo y al odio toda mi vida, pero viniendo del hombre que acababa de conocer, me hirió profundamente.

—¿Puedes decirme al menos si realmente existe un grupo llamado los Guardianes de la Luna?

Entonces me miró y sus ojos brillaron con una tonalidad amarilla y salvaje. Solté un grito ahogado y retrocedí de un salto.

—Mantente alejada de mi manada —gruñó... como un verdadero animal.

—Dios mío. Eres... eres...

—Lo mismo que tú, Sydney. Sólo que mejor. No soy un mestizo.

Todo el mundo me echaba en cara mi condición de mestiza como si fuera un delito: el tío Sam, el cazador y ahora Cole. La única diferencia con Cole, que escupía las palabras con tanto desdén, era que hería mis sentimientos.

—¿Qué pasa? —susurré—. Sigo siendo lo mismo que vosotros, ¿no?

Era inútil seguir negando la realidad ahora. Lo que vi en los ojos de Cole me convenció de que los cambiaformas eran reales.

Me sostuvo una mirada gélida e inexpresiva.

—Nunca serás de los nuestros.

Tirando de mis labios temblorosos entre los dientes, cogí mi mochila. Frunciendo el ceño, le dije:

—Macy dijo que eras un buen tipo. Está claro que se equivocaba.

Un músculo se contrajo en su mandíbula.

Salí corriendo de la oficina porque el hombre por el que había sentido la atracción más potente acababa de confirmarme que era en parte hombre lobo. ¡Y él lo era por completo! Sin embargo, no quería tener nada que ver conmigo. Tía Lydia estaba equivocada. La gente de mi madre no me ayudaría a menos que hubiera alguien más a quien pudiera acudir. Cole confirmó que había una manada llamada los Guardianes de la Luna. Simplemente acudiría a su líder.

Aunque mi espíritu había caído por los suelos, aún sentía un resquicio de esperanza. ¿Quién era Cole Grayson, de todos modos? Era un gran imbécil, y ya. Y lo que más odiaba era el hecho que aún me sintiera atraída por él. Entré en la recepción.

Violet se levantó de la silla. Sus ojos oscilaron entre mí y el lugar donde había dejado a Cole.

—¿Cómo ha ido? ¿Te ha reclamado?

—¿Perdón?

Se tapó la boca con una mano.

—¿Qué? Quiero decir, nada.

Con los ojos entrecerrados, me acerqué a su mesa.

—¿Eres uno de ellos? ¿Eres como Cole? ¿Un metamorfo?

Ella jadeó.

—¿Él te lo ha dicho?

—Más bien me lo ha enseñado.

Se quedó boquiabierta.

—Entonces, ¿sabes lo que eres para él?

—Sí, nada más que una asquerosa mestiza, aparentemente.

Violet parpadeó.

—No te ha dicho eso.

—No ha usado exactamente esas palabras. Pero me ha dicho que me fuera.

—¿Él ha hecho qué? Pero tú eres su compañera predestinada. —Levantó las manos—. No lo entiendo.

—¿Qué es un compañero predestinado? —pregunté.

El fuerte suspiro que exhaló agitó su flequillo.

—Creo que esa es una conversación que Cole y tú deberían tener.

—Como no parece muy dispuesto a seguir interactuando conmigo, exijo ver a su líder.

Sus cejas se alzaron.

—¿Te refieres a nuestro Alfa?

—Claro, si así se llama, él o ella.

— Bueno sería el Alfa ¿Por qué quieres ver al Alfa?

Crucé los brazos sobre el pecho y levanté la barbilla.

—Mi madre fue una vez parte de tu grupo.

—Manada.

—Sí, y creo que tengo derecho a ver al líder y pedirle ayuda. Técnicamente, también sois mi gente. ¿Y quién demonios es Cole Grayson para decirme que me mantenga alejada?

Violet se mordisqueó el labio inferior.

—Bueno...

—Mira, has sido amable conmigo, y no quiero ser grosera. ¿Puedes decirme con quién puedo hablar? —Ya no podía más. Si no solucionaba esta locura pronto, iba a perder la cabeza.

Sonrió con satisfacción.

—Me gustas, Sydney. Seguro que vas a agitar las cosas por aquí. —Fruncí el ceño mientras ella garabateaba en un papel—. Si quieres ver al Alfa, pásate por esta dirección mañana a las cuatro.

Cogí el papel con la dirección con recelo porque Violet volvía a lucir aquella sonrisa traviesa.

—Gracias por esto. —Levanté el trozo de papel—. Y siento haberte hablado mal.

Ella asintió.

—Entiendo tu frustración.

Mientras me dirigía a la puerta, miré por encima del hombro con el ceño fruncido. ¿Por qué Violet seguía sonriendo como si estuviera al tanto de un gran secreto?

Capítulo 8

Sydney

Dije que me alejaría de Macy para mantenerla a salvo, pero estaba desesperada. De pie frente a su cafetería, eché un vistazo al interior. Eran más de las once de la noche, pero había visto el cartel de "*Abierto 24 horas*" antes de salir. Extrañamente, había más clientes adentro por la noche que esta mañana.

La gente de la gran ciudad debía ser noctámbula. En Falls City, el lugar sería como un pueblo fantasma a estas horas de la noche. Todo el mundo estaría en casa, encerrado. Entré en la cafetería y busqué a Macy. Un escalofrío me recorrió la espalda cuanto más avanzaba adentro. El ambiente parecía distinto al de antes. ¿O todo aquello se debía a los comensales que me asustaban más que el restaurante en sí mismo? Casi todos dejaron de hablar para mirarme fijamente. Era más que extraño.

Las cabezas se giraron y las miradas me siguieron mientras caminaba hacia el mostrador. Se me erizaron los pelos de la nuca, sobre todo cuando me fijé en un hombre que ocupaba uno de los reservados del fondo. Tenía un aspecto demacrado y pálido y vestía un traje de cuero negro. Las dos mujeres que estaban a su lado vestían de forma similar y tenían la misma palidez. Sin embargo, eran inquietantemente bellas.

Mi mirada se alejó de ellos y se encontró con la de otro hombre que me observaba con ojos caídos. Parecía oscuro y peligroso. La forma en que levantaba la nariz en el aire me hizo fruncir el ceño. Era la misma forma en que Violet y Cole habían olfateado el aire. ¿Qué les pasaba a todos en Nueva Orleans?

Cuanto más miraba a mi alrededor, más me sentía como un ratón que acaba de entrar tontamente en una guarida de depredadores hambrientos. Todos me miraban como si fuera un trozo de carne. Estuve a punto de dar media vuelta y salir corriendo, pero entonces apareció Macy. Empujó la puerta batiente de atrás con la cadera y se dio la vuelta llevando una bandeja.

Cuando me vio, se le iluminó la cara.

—¡Sydney! Sabía que volverías.

Hice un barrido nervioso de la habitación y tragué saliva.

—¿De verdad?

—Claro. —Se encogió de hombros—. Algunas cosas simplemente las sé.

—De acuerdo.

Eché un vistazo a la sala con los ojos entrecerrados y, como por arte de magia, toda la atención se desvió de mí. Las conversaciones se reanudaron, los camareros volvieron a beber y el tintineo de los cubiertos llenó la sala.

Enarcando las cejas, volví a mirar a mi alrededor, preguntándome qué acababa de ocurrir.

—No te preocupes por la multitud —dijo Macy alegremente—. La mayoría de mis comensales nocturnos son un poco...

Observé a una mujer que llevaba un vestido rosa vaporoso, prácticamente iba pavoneándose de un lado a otro haciendo cabriolas. Parecía terriblemente feliz.

—¿Excéntrica? —terminé.

Macy se rio entre dientes.

—Esa es una manera de decirlo. —Asentí con la cabeza—. Toma asiento —dijo—. Enseguida estoy contigo.

Mientras me sentaba, vi a la mujer de rosa dar vueltas y reírse. El hombre con el que estaba se rio y la cogió, tirando de ella y acercándola hacia la silla. Estaba tan emocionada que me recordaba a las hadas que veía en los dibujos animados cuando era niña. Tomé aire, me puse más recta y volví a mirar a la mujer.

¿Podría ser? Teniendo en cuenta que había conseguido pruebas de que esas criaturas sobrenaturales caminaban entre nosotros, pensar que la mujer que bailaba de un lado a otro fuera un hada, no sonaba tan descabellado. Inspeccioné el entorno con ojos nuevos. El hombre y la mujer vestidos de cuero negro me recordaban a los vampiros que había visto en las películas. Podrían haber sido criaturas nocturnas chupasangre de verdad.

—Dios mío —susurré. ¿Estaba sentada en una habitación llena de vampiros, hombres lobo y quién sabía qué más? ¿Era Macy una criatura sobrenatural? La miré fijamente. Parecía tan normal. Pero también lo parecían Cole y Violet. Empezaba a preguntarme si debía irme, pero en ese momento Macy volvió.

—Oye, ¿estás bien?

Ignorando los rápidos latidos de mi corazón, le dije con un chillido:

—Sí.

Frunció el ceño.

—Me da la impresión que te vendría bien un trago. Sin alcohol, por supuesto. Dijiste que tenías diecinueve años, ¿verdad?

Asentí con la cabeza. Después de los días tan duros que había tenido, me sentía como si hubiera engullido el licor más fuerte que jamás se haya fabricado.

—Pensaba que esto era un restaurante.

—Algunas horas atraen a un público diferente. A deshora, este mostrador, —Hizo un gesto con la mano para abarcar la extensión de madera brillante—, se convierte en un bar. Me guiñó un ojo.

Levanté una ceja, mirando a uno de los clientes que bebía algo espeso y rojo de un vaso. Me pregunté qué tipo de cóctel sería ese. Parecía asqueroso.

—Mi vida se ha vuelto tan rara —murmuré.

Macy ladeó la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—No importa.

—¿Qué tal te parece esa bebida?

No podía pagar una, y Macy ya había hecho mucho por mí.

—No, gracias. Sólo he venido porque... —La presión de los últimos días me golpeó como una tonelada de ladrillos. Además de perder a mi tía y descubrir que no era del todo humana y que me estaban cazando, también estaba siendo rechazada por alguien que se suponía que significaba algo para mí. Pensar en cómo Cole me echó de su despacho me dejó a punto de desmoronarme emocionalmente.

Exhalé un largo suspiro.

—He venido aquí porque, bueno, no sé qué hacer, y me dijiste que podía volver para hablar contigo. Creo que encontré lo que vine a buscar, pero no estoy segura de si será de ayuda. —Tal vez el Alfade la Manada de Guardianes de la Luna me diga que me pierda como hizo Cole. Si eso ocurriera, no tardaría en perder mi batalla por sobrevivir en este nuevo mundo—. Estoy muy cansada —susurré. El agotamiento me dificultaba formar pensamientos coherentes, y mucho menos planear mi siguiente movimiento.

Macy dejó su bandeja sobre la encimera y apoyó una mano en mi brazo. Mirándome con preocupación, me dijo:

—Sydney, no tienes buen aspecto. Creo que necesitas tumbarte.

Levantando un hombro, le dije:

—No tengo adónde ir...

—Puedo arreglarlo. Ven conmigo.

Antes de toda la locura que había vivido recientemente, habría sido escéptica a la hora de confiar en alguien a quien apenas conocía. Pero Macy había sido un ángel en mi pesadilla. Me bajé del taburete y seguí a Macy por la puerta trasera. Pasamos junto a una puerta entreabierta y, por lo que vislumbré, era la cocina. Se detuvo ante otra puerta, la abrió y me hizo un gesto para que entrara. Tras un momento de vacilación, entré. Parecía un pequeño despacho con un escritorio diminuto en una esquina, un sillón y un sofá en el lado opuesto.

Macy se dirigió al sofá, que se desplegó en una cama. Con sólo verlo, mis miembros ya pedían alivio. Quería tumbarme en la cama improvisada e hibernar durante unas dos semanas. Así que cuando Macy dijo:

—Puedes echarte una siesta aquí. Parece que la necesitas —Estuve a punto de abrazarla.

—¿Estás segura?

—Por supuesto. Estaré ocupada toda la noche. Como sabes, perdí a mi chef esta mañana. — Sonreí irónicamente, recordando la escena con la que me había topado—. Así que tendré que hacerme cargo de todo hasta que encuentre otro chef. He estado trabajando como cocinera y ayudando a Arlene, la otra camarera que viste esta mañana, sirviendo mesas.

Mis oídos se agudizaron. De ninguna manera se presentaba un trabajo aquí y ahora. Tal vez esto era una señal de que las cosas iban a funcionar después de todo aquí en Nueva Orleans.

—Parece que te vendría bien otra camarera. No es por nada, pero, resulta que tengo experiencia en esa área.

—¿Ah sí? Bueno, podemos discutirlo más tarde. Ahora mismo, pareces que estas demasiado agotada. ¿Qué tal si descansas mientras atiendo a mis clientes?

—Muchas gracias, Macy por todo. Has sido un regalo del cielo. No ocuparé tu espacio durante mucho tiempo. —Suspirando, me senté en el colchón—. Tal vez sólo un par de horas, y desalojaré tu oficina.

No dijo nada, sólo sonrió y salió por la puerta.

El par de horas que le dije a Macy que pasaría durmiendo en su despacho se convirtieron en toda una noche. Cuando abrí los ojos, la habitación estaba inundada por la luz del sol que entraba por una ventana. Parpadeando con dificultad, me incorporé con cautela y miré a mi alrededor. Después de esas horas de sueño muy necesarias, me sentía mejor.

Cogí la mochila que había utilizado como almohada y saqué el móvil. Estaba apagado porque había tenido miedo de usarlo. Por lo que sabía, los cazadores que querían cortarme en pedazos podrían utilizar el dispositivo para rastrearme.

—No voy a encender esto —refunfuñé.

—¿Y por qué no?

Soltando un grito ahogado, levanté la vista. Macy estaba en la puerta, con una pequeña bolsa de la compra en la mano y sonriendo. Tenía un aspecto fresco y radiante, como si no se hubiera

ocupado sola del restaurante en toda la noche. Me pasé los dedos por el pelo y exhalé un suspiro.

—No me interesa saber nada de nadie en casa —mentí, como si hubiera alguien en Nebraska que se preocupara por mí.

—Hmm. —Me miró de una manera que me hizo sentir como si viera a través de mi mentira. Pero no me llamó la atención. Me tendió la bolsa y me dijo—: Esto es para ti. Me imaginé que querías refrescarte. Aquí tienes todo lo que necesitas. Bueno, excepto una muda de ropa. — Señaló mi mochila con la cabeza—. Espero que tengas algo ahí.

Mi corazón se aceleró al pensar en una ducha.

—Sí, quiero. Dios mío. Gracias, Macy. No sé qué más puedo decirte.

—No digas nada. Las chicas tenemos que ayudarnos entre nosotras, ¿verdad?

—Claro.

Señaló una puerta entreabierta.

—Tengo un pequeño cuarto de baño allí para cuando estoy aquí durante días sin parar de trabajar.

Me levanté y cogí la bolsa que me ofrecía.

—Oye, Macy, ¿qué sabes sobre la tradición de los hombres lobo?

Sus cejas se arquean.

Las mejillas se me calentaron. Frotándome la nuca, le dije:

—Lo sé, es una pregunta rara, pero...

—No es tan raro por aquí, créeme.

Fruncí el ceño y esperé a que siguiera, pero no lo hizo.

—De acuerdo. ¿Por casualidad sabes lo que significa ser una pareja predestinada? —Como se quedó mirándome, me apresuré a decir—: Mi tía era una fanática de los mitos de los hombres lobo. —Eso no estaba muy lejos de la verdad, al menos—. En Alguna ocasión le oí mencionar

algo sobre eso, y tengo curiosidad...

Tal vez fuera mi imaginación, pero la expresión de Macy pareció desmoronarse y el dolor parpadeó en sus ojos. Sin embargo, cuando parpadeé, parecía estar bien.

—Compañero predestinado, ¿eh? Sé un par de cosas sobre eso. El mito, quiero decir.

—Que bien.

—Las parejas predestinadas son supuestamente la otra mitad del alma de un hombre lobo. La persona hecha para él o ella. Se emparejan de por vida, y cuando se encuentran, saben al instante que han encontrado a su otra mitad.

Eso sonaba bastante bien. En cuanto vi a Cole, supe que debía estar con él. Él no compartía el mismo sentimiento.

—En otras palabras, una pareja predestinada es un alma gemela —dije.

—Exactamente. Para la mayoría eso suena romántico, pero yo digo que es una estupidez.

La vehemencia con la que habló Macy hizo que mis cejas se enarcasen.

—Oh.

—Pero claro, los hombres lobo y todas esas tonterías no son reales, ¿no?

Macy me estudió detenidamente. Por alguna razón, sentí como si me estuviera poniendo a prueba.

—Um... bien.

Tras un rato de silencio, dijo:

—Te dejo. ¿Quizá podamos hablar de tu experiencia como camarera después del desayuno?

Asintiendo con entusiasmo, le dije:

—Por supuesto.

Capítulo 9

Sydney

Me quedé de pie ante las puertas de hierro forjado, contemplando una propiedad que en realidad no era más que una extensión del bosque. No había ningún edificio a la vista, lo que me confundió. Violet dijo que aquí encontraría al Alfabe la manada de Guardianes de la Luna. No era una experta en cómo vivían los hombres lobo, pero seguramente la manada no vivía al aire libre.

Saqué del bolsillo trasero el trozo de papel en el que Violet había garabateado y volví a comprobar la dirección. Estaba en el lugar correcto. Agarrando mi mochila, que había estado llevando a todas partes, avancé hacia la propiedad. Estudié el lugar, buscando algo que me indicara dónde estaba la manada y luego me reí de mi estupidez. Dudaba que hubiera una señal que indicara que una manada de hombres lobo vivía en la zona.

El camino que seguí no estaba pavimentado, sino que parecía haber sido creado por neumáticos y pisadas hace mucho tiempo. Caminé unos tres minutos antes de ver alguna señal de que la propiedad fuera una residencia. Salí a un claro en el que había casas dispersas. No estaban demasiado cerca unas de otras, tenían el espacio justo para que cada una tuviera su intimidad.

—¡Guau! —susurré, dando una vuelta sobre mí misma. Así era como vivía una manada. Era una pequeña comunidad. Una familia. Me gustaba. La idea de conocer a las personas que mi madre una vez consideró su familia hizo que la emoción corriera por mis venas. Era agradable pensar que ya no tenía que estar sola. Tenía esa extraña sensación de sentirme segura y de estar donde pertenecía de nuevo, la misma sensación que había sentido cuando conocí a Cole.

Mis pasos vacilaron. ¿Significaba eso que estaba aquí? Tendría sentido, teniendo en cuenta que formaba parte de la manada. A pesar de la dureza con la que me había tratado ayer, seguía teniendo ganas de verle. Tal vez nuestra próxima interacción no sería tan hostil.

Comprendí que no me conocía y que quizás desconfiara de los extraños. Tal vez todos los hombres lobo eran cautelosos con los forasteros. Tras un sueño muy necesario y una larga ducha caliente, me sentía mucho mejor y lista para conocer a la gente de mi madre.

Eran casi las cuatro, la hora a la que me dijo Violet que apareciera, pero no vi a nadie. Sin embargo, tuve la extraña sensación de que me observaban. Mientras recorría la zona con cautela, preguntándome qué hacer y adónde ir, por fin apareció alguien. Un hombre bajó los escalones del edificio más grande, situado casi en medio de los demás. Cuanto más se acercaba, más tenía que estirar el cuello para mirarle a la cara. Llevaba el pelo suelto que el viento peinaba a gusto, de color rubio oscuro, casi hasta los hombros. Se parecía mucho a Violet. Incluso tenían los mismos ojos verdes.

Sin embargo, los ojos de este hombre no eran tan brillantes y amistosos como los de Violet. Eran penetrantes, evaluadores y fríos. Sus labios tenían un toque cínico y algo en él me decía que podía ser despiadado. Cuando estuvo a escasos centímetros de mí, quise dar un paso atrás por puro instinto de conservación, pero me obligué a mantenerme firme, estiré la espalda y amplíe y a cuadrar los hombros.

—¿Quién es usted? —fue el sospechoso saludo que recibí. La descortesía fue inesperada.

—Soy Sydney. Estoy aquí para ver al... —¿Tenía que decir el Alfa? ¿O se suponía que debía hablar en código? Esta gente parecía discreta—. Estoy aquí para ver a su líder.

—¿Nuestro líder? —Su mirada se estrechó un poco más. Me dio la impresión de que intentaba ver a través de mí.

—Violet me dio esta dirección y me dijo que viniera a verlo.

—Violet. —Suspiró su nombre con impaciencia y sacudió la cabeza—. Por supuesto, ya sabía que ella tenía algo que ver con esto —murmuró—. ¿Qué quieres?

Miré a mi alrededor. De ninguna manera le diría nada a este extraño hombre de ceño fruncido. Inclinando la barbilla hacia arriba, le dije:

—Eso lo averiguará su jefe. —Al diablo. Necesitaba ver al Alfa y rápido. Mi vida estaba en juego—. Mire, señor, necesito ver al Alfa de esta manada pronto. Es un asunto de suma importancia, y no deseo discutirlo con cualquiera.

Arqueó una ceja y me miró de arriba abajo. Juraría que una comisura de sus labios se movió, formando el comienzo de una sonrisa. Pero parpadeé y su expresión volvió a ser pétrea.

—Tu mochila. —Me tendió la mano.

—¿Qué?

—Si quieres ver al Alfa, necesito registrar tu mochila.

—¿Quién eres, su guardaespaldas? —Resoplé.

—Algo así —dijo sin inflexión. Su mano permaneció extendida.

Suspirando, me quité el bolso y se lo entregué de mala gana.

Me miró antes de abrirla para revisar lo que había en su interior. Me ardía la cara porque llevaba cosas personales, como mi ropa interior. Pero si un guardaespaldas maleducado rebuscando entre mis cosas era el precio a pagar por ver al Alfa, que así fuera.

Dando golpecitos con el pie, fulminé con la mirada al Sr. amargado de la vida mientras rebuscaba entre mis pertenencias.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó, bajando su voz a un nivel amenazador.

Mi mirada se dirigió a su cara.

—¿Qué?

Me clavó una daga en la mirada y mostró la hoja que había cogido -robado, más bien- del cazador que intentó asesinarme en Nebraska. Mis ojos se abrieron de par en par. "No es mía. Bueno, está en mi bolso, pero..."

Sin quitarme los ojos de encima, el hombre gritó:

—¡Alex!

Apareció otro hombre escultural de pelo castaño oscuro. Sus largas piernas lo llevaron rápidamente hacia nosotros. Tampoco sonreía, pero no parecía tan letal como el hombre que había registrado mi bolso.

—Llévala arriba —ordenó el primer hombre.

Mi mirada osciló entre el tipo malo y enfadado y el recién llegado.

—Espera, ¿qué? Mira, sé que el arma tiene mala pinta, pero te juro que no es mía.

El hombre llamado Alex me agarró del brazo. Ni siquiera me sujetaba con tanta fuerza, pero era tan enorme y monstruosamente fuerte que dio un paso y me llevó con él.

El hombre que había dado la orden estaba justo detrás de nosotros. Le dijo a otro que había llegado:

—Stephan, mantén a todo el mundo dentro. Aquí hay una amenaza para todos nosotros.

—¿Eh? —Intenté mirar hacia atrás, suplicando al hombre—. ¿Crees que soy una amenaza? ¿Yo? ¿En serio?

Todos estos tipos eran gigantes musculosos comparados conmigo. Hay que reconocer que la daga, que había olvidado por completo que estaba en mi bolso, tenía mala pinta. Pero, aunque supiera usarla o quisiera hacerles daño, nunca podría con ellos. El hombre que me arrastraba escaleras arriba parecía capaz de aplastarme como a una mosca, por el amor de Dios.

Antes de que me metieran dentro, vi a más gente salir de sus casas. La mayoría eran mujeres y niños. Miraban con curiosidad.

—Todo el mundo adentro. Tenemos un código rojo —gritó el hombre llamado Stephan. Las puertas se cerraron de inmediato. Creo que también oí cómo se cerraban las ventanas. ¡Qué ridiculez! Yo no era ningún terrorista.

—Oye, espera un momento —dije—. No he venido aquí a causar problemas, lo juro. Mis palabras cayeron en saco roto.

El alivio me invadió cuando vi una cara conocida. Violet salió corriendo de una habitación. Jadeó cuando vio que me llevaban por el pasillo.

—Violet, gracias a Dios. —Le dije con la respiración cortada—. ¿Puedes por favor decirles a estos chicos que me invitaste aquí?

Con las manos en las caderas, miró al hombre que me mantenía cautiva.

—Alex, ¿qué demonios estás haciendo? Suéltala.

—Violet, esta vez sí que lo has conseguido. —Era el primer hombre con el que me encontré. Nos rodeó, todavía con mi mochila y la espada en una mano—. Has invitado al peligro a nuestro jardín. Estoy harto de tus payasadas.

Puso los ojos en blanco.

—Damian, ¿qué estás diciendo?

Ah, así que el Sr. Malo y escalofriante tenía un nombre, Damian. Yo lo llamaría Demonio a partir de ahora—¿Sabéis quién es? —Violet continuó—. Es la compañera de nuestro Alfa, cabezas de chorlito.

El hombre que me sujetaba, Alex, me soltó inmediatamente.

—¡Vaya! —Levantó ambas manos y me miró con horror—. Mierda, me va a matar por tocarla. No tenía ni idea.

Me quedé boquiabierta. ¿La compañera del Alfa? ¿Yo? Eso no podía ser. Yo era la pareja predestinada de Cole. Lo había sentido. Y después de lo que dijo Macy sobre las parejas, me decepcionó mucho que Cole pudiera echarme tan fácilmente. Tal vez el poderoso magnetismo entre compañeros era una tontería, como dijo Macy.

Damian gruñó.

—La compañera del Alfa, ¿eh? Entonces, ¿qué está haciendo con esto?

Violet frunció el ceño e inspeccionó la daga. Se le fue el color de la cara. Incluso dio un paso atrás. Cuando me miró, lo hizo con incredulidad y miedo. Sacudiendo la cabeza, le dije:

—No, Violet, yo... —Ni siquiera sabía qué decir porque no entendía del todo lo que estaba pasando.

—¿Quieres ver al Alfa? —dijo Damian, burlándose de mí—. No hay problema. Estoy seguro de que sabrá cómo tratarte adecuadamente.

Me quedé en estado de shock. ¿En qué me había metido?

Me llevaron por otro tramo de escaleras y otro largo pasillo. Cuando Damian abrió una puerta y me metió dentro, le miré con rabia mientras me enderezaba.

—Realmente te falta don de gentes, ¿lo sabías? —le dije.

—¿Qué hace ella aquí?

Mi siguiente respiración se atascó en mi garganta al oír el suave barítono. Me giré para ver a Cole sentado detrás de un escritorio. Se levantó lentamente, con la mirada furiosa clavada en mí. No pude evitar devolverle la mirada, sobre todo porque me sorprendía que mi cuerpo siguiera reaccionando ante él después de cómo me había tratado ayer.

—Te dije que te mantuvieras alejada.

—¿La conoces? —preguntó Damian.

—Si —respondió Cole con frialdad.

Su respuesta me dolió más de lo debido. Se mostraba tan impasible mientras mis emociones traidoras le llamaban.

—Bueno, ha venido a verte a ti. —Damian me miró con desdén.

—¿Eres el Alfa? —pregunté, atónita. Estaba tan jodida. Cole ya había dejado claro que no me ayudaría.

—También te ha traído un regalo —dijo Damian. Lanzó la daga y Cole la cogió para examinarla. Su expresión se ensombreció y sus labios formaron un gruñido.

—Justo lo que pensaba.

Enarqué las cejas.

—Puedo explicarte lo del cuchillo si me escuchas.

—¿Cómo has encontrado este lugar? —preguntó Cole.

—Violet me dio la dirección. Vine aquí por ayuda...

—Maldita sea. —Cole suspiró.

—Hablaré con Violet —dijo Damian, con la voz cargada de impaciencia.

Cole dio un paso alrededor del escritorio.

—Damian, sácala del complejo antes de que alguien la vea. No quiero pánico masivo.

Ya estaba harta de que se comportaran como si yo fuera un monstruo aterrador y peligroso.

—¿Puede alguien decirme qué está pasando? ¿Qué, se suponía que no podía entrar en la propiedad sin preguntar o algo así? No entiendo por qué alguien se asustaría de mí.

—Ya la han visto —dijo Damian.

Me burlé mientras él continuaba como si yo no hubiera dicho nada.

—Violet nos ha dado alguna información interesante. Supuestamente, ella es tu pareja. Pero eso es ridículo, ¿verdad?

La habitación se quedó tan silenciosa que se podía oír las moscas volar. Mi corazón latía con tanta fuerza que estaba convencida de que podían oírlo. Esperé la respuesta de Cole con la respiración contenida, igual que Damian. Era como si me picaran los oídos por oírle reconocerse como suya.

Cuando Cole sólo suspiró y se frotó el puente de la nariz, los ojos de Damian se abrieron de par en par.

—Así que es verdad.

Noté cómo Damian se movía sutilmente para poner distancia entre nosotros. Su amigo reaccionó igual antes, y me pregunté por qué. Tenía tanto que aprender sobre ellos.

—No importa —dijo Cole—. No puedo reclamarla. No lo haré. Ella no es adecuada para mí.

Incluso Damian, a quien parecía no gustarle nada de mí, parecía tan sorprendido como yo. Intenté decirme a mí misma que no importaba que alguien a quien apenas conocía no me "reclamara".

—La acompañaré yo mismo —dijo Cole. Cubrió la distancia que nos separaba—. Vámonos. No perteneces aquí. —Señaló la puerta. Estaba demasiado aturdida por el shock como para decir algo. Así que caminé hacia la puerta, pensando que al menos podría intentar mantener mi dignidad. Con la barbilla alta, le miré con desdén. Sin embargo, el aire digno que intenté proyectar se desvaneció porque, cuando entramos en el pasillo, había varias personas de pie. Se me quedaron mirando como si fuera una criatura extraña. Prácticamente se me encendió la cara de vergüenza.

La bajada por las escaleras y la vuelta al exterior fueron dolorosamente incómodas. Fui consciente de la proximidad de Cole todo el tiempo, y parecía tan carente de emociones. No podía entender cómo mi supuesto compañero podía tratarme así. Ni siquiera se tomaba el tiempo de escucharme.

—Por favor, ¿puedes escuchar lo que tengo que decir? —susurré, esperando que nadie más me oyera.

—¿Después de venir aquí con un arma de cazador?

Así que él sabía de los cazadores.

—No es mía. Se la robé a uno.

Resopló.

Comprendí su escepticismo. No tenía el aspecto de alguien capaz de dominar a un cazador y robarle su arma.

—Tuve suerte —le expliqué—. Realmente necesito tu ayuda.

—Y necesito que te mantengas alejada de mí y de mi manada —dijo apretando los dientes. Miró a su alrededor y yo seguí su mirada. Había más gente saliendo de sus casas para ver mi paseo de la vergüenza. Todos susurraban y me señalaban. Cole suspiró y frunció el ceño como si le avergonzara que lo vieran a mi lado.

Ignorándolos, continué probando suerte para tratar de conseguir la ayuda del Alfa.

—Se supone que soy parte de tu manada. Mi madre...

—Era una traidora.

Mis pasos vacilaron.

—¿Perdón?

—Mi gente no acogerá aquí a los de tu clase —dijo.

Me di cuenta de que no había dicho que no me acogería a mí.

—¿Te refieres a los mestizos?

—Como si ése fuera tu único defecto —dijo desapasionadamente.

Me quedé mirándole, deseando que cambiara de opinión sobre mí. Pero no lo hizo. Todo lo que dijo fue:

—No vuelvas aquí. Lo digo en serio. Era la primera vez que me miraba de verdad desde que llegué al complejo. Había algo en sus ojos que me tenía confundida. Los orbes azules no eran tan fríos como antes. Eran suplicantes—. La próxima vez que pongas un pie en este recinto, no se sabe si podré evitar que todos te hagan pedazos.

Se oyó mi respiración agitada. ¿Tanto despreciaban a los mestizos? Mantuve la mirada fija en Cole, tratando de calibrar si me estaba advirtiendo porque no quería que eso ocurriera. ¿Intentaba protegerme de su manada? La esperanza de que tal vez no me odiara del todo revivió. Antes de que pudiera preguntarle qué había querido decir con que mi madre era una traidora, llegó Damian.

Me dio mi mochila, que ni siquiera miré. No me importaba si todo seguía allí o no. Estaba demasiado ocupada intentando contener las lágrimas.

—Me quedo con la daga —dijo con naturalidad.

Miré con desprecio a Damian, deseando darle una patada en la espinilla. Esta gente era mi única esperanza de supervivencia y todos me despreciaban. Lo que más me hirió fue que mi compañero me rechazara, y nada menos que delante de la manada.

—Vete —dijo Cole.

Le dirigí una mirada más, acepté mi humillación e hice lo que él quería. De espaldas a él, una lágrima se deslizó caliente por mi mejilla, pero me la sequé con fastidio. Supongo que estaba sola.

Capítulo 10

Sydney

—Mira eso, te queda perfecto. —Macy sonrió ampliamente—. Es una señal.

Me estudié en el espejo de cuerpo entero que sacó del armario. El uniforme de camarera que me había prestado me quedaba como si estuviera hecho para mí. El vestido de rayas azules y negras encarnaba el disfraz de camarera de restaurante de los años cincuenta. Me gustaba.

—¿Qué tipo de señal?

—Que perteneces aquí. No sólo en este restaurante, sino en Nueva Orleans.

Las amables palabras de Macy no me reconfortaron, porque aún me dolía haber sido rechazada por mi compañera y por la manada de mi madre. Había pasado una semana desde el humillante incidente en el complejo de los Guardianes de la Luna y el escozor del rechazo aún persistía. Había pasado la semana intentando distraerme de los pensamientos sobre Cole Grayson centrándome en mi supervivencia.

Aunque me aterrorizaba que el cazador me encontrara si me quedaba demasiado tiempo en un mismo sitio, no podía moverme sin dinero. Macy acudió al rescate y me ofreció un trabajo. Hoy terminaba mi periodo de prueba de una semana y tenía el privilegio de ponerme el uniforme.

Me alisé la falda con las palmas de las manos y esbocé una sonrisa.

—No estoy segura de pertenecer a esta ciudad. No estoy segura de cuál es mi sitio. Descubrir que era mitad humana y mitad hombre lobo me había provocado una gran crisis de identidad. Siempre había tenido la sensación de no pertenecer. Ahora, la sensación era diez veces peor. Los humanos me perseguían y los hombres lobo no querían saber nada de mí. No pertenecía a ningún lado.

La mirada atenta de Macy era desconcertante. Cuando me miraba así, sentía como si pudiera leerme la mente.

—Dale tiempo, Sydney. Las cosas se pondrán en su sitio.

—Eso espero. —Me reí nerviosamente—. Porque definitivamente no puedo volver a Nebraska.

—¿Por qué no?

Apartando mi mirada de la suya, que me evaluaba, me maldije mentalmente por haber dejado escapar eso. Hasta ahora, no había visto ni rastro del temible cazador que conocí hacía varios días. Tal vez estuviera a salvo aquí por ahora, pero cuanto menos supiera Macy, mejor. Tenía que protegerla.

—Mi tía murió antes de que me fuera de casa, y mi tío político y yo nunca nos hemos llevado muy bien. —Al menos no estaba mintiendo descaradamente. Aparte de no querer morir acuchillada por cazadores de hombres lobo con cuchillas, el tío Sam me advirtió que me mantuviera alejada.

—Lo siento. Antes de que te des cuenta, tendrás una nueva vida aquí. Piensa en tu nuevo comienzo como una gran aventura.

Fue una aventura. Una confusa, deprimente y extremadamente peligrosa.

—Sí. —Eché un vistazo a la pequeña oficina y al dormitorio improvisado en el que Macy me permitió quedarme hasta que tuviera suficiente dinero para conseguir mi propio lugar—. Gracias por dejar que me quede aquí.

—No hay problema. Apenas hay espacio para dar la vuelta, pero es acogedor. Me quedaba mucho aquí cuando tomé el relevo de mamá y trabajaba sin descanso para volver a poner en marcha el negocio.

Me di cuenta de que cuando Macy mencionaba a su madre, siempre había algo de resentimiento en su tono. Aunque fingía ser un libro abierto, me daba cuenta de que tenía secretos. Pero era un alma bondadosa, así que apostaba por que sus secretos no fueran siniestros, a diferencia de los míos, que ponían en peligro mi vida.

—Con las propinas que gané el jueves por la noche, calculo que estaré fuera de tu espacio en tres semanas más. —Macy me permitió trabajar un turno de noche para mi formación, y las propinas fueron increíbles—. Eso si nos dejas a Shannon y a mí intercambiar turnos.

Resopló y se sentó detrás de su escritorio para abrir un cajón.

—Ya hemos hablado de esto, y la respuesta sigue siendo no.

—Pero Macy...

—No, Sydney.

—¿Cuál es el problema? Shannon ha estado suplicando para intercambiar conmigo . Una de las otras camareras sólo trabajaba de noche porque había estado yendo a la escuela durante el día. Desde que se graduó hace meses, quiería cambiar a turnos de día. Shannon decía que los clientes nocturnos la asustaban. La única razón por la que aguantaba los turnos de noche eran las buenas propinas, que le ayudaban a pagar los estudios. Ahora que no necesitaba el dinero extra, estaba contenta de trabajar de día. Yo necesitaba urgentemente dinero rápido, y los turnos de noche sin duda ayudarían.

—Llevas aquí una semana. La gente que viene a ciertas horas es... —Ella suspiró—. Sólo prefiero que permanezcas oculta.

Mis ojos se entrecerraron hasta convertirse en rendijas. Estaba más convencida que nunca de que la mayoría de los comensales que entraban cuando se ponía el sol no eran totalmente humanos. Pensaba que Macy regentaba un punto de encuentro sobrenatural por la noche. Estaba casi segura de que, si le hablaba de mi linaje de hombre lobo, no me llamaría loca. Sin embargo, aún no me había contado nada de lo que ocurría aquí por la noche, y decidí que le daría tiempo para que confiara en mí lo suficiente como para contármelo más tarde.

—Entiendo que los clientes nocturnos sean raros. No me importa en absoluto. —Mientras mantuvieran sus manos... o patas, garras y dientes para sí mismos, y mientras siguieran dejando enormes propinas, no me importaba de qué especie fueran—. Yo también soy un bicho raro, así que sería perfecta para el turno de noche.

Macy se rio.

—No eres un bicho raro.

Resoplé. Si ella supiera.

—Vamos, Macy. —Apreté las palmas de las manos y le dirigí una mirada suplicante. Hice un mohín tan fuerte como pude—. Lo necesito. No te decepcionaré, te lo prometo. Trabajaré más duro que nadie que hayas contratado. Tendrás un descanso muy necesario. Veo lo mucho que

trabajas por la noche. Me encargaré de la mayor parte del trabajo para que puedas quedarte en la cocina. —Ella había estado trabajando horas extras porque aún no había contratado a un nuevo chef.

Macy me miró con leve fastidio hasta que se echó a reír.

—¡Vale! Deja de ponerme cara de cachorrito triste. Tienes los turnos de noche. Puedes cambiarte con Shannon a partir de la semana que viene.

—¡Sí! Gracias. Me voy a trabajar. —Retrocedí hacia la puerta, señalándola—. Eres la mejor.

Puso los ojos en blanco.

Volví al pasillo, cerré la puerta y solté un chillido de felicidad. Esto era bueno. En poco tiempo tendría mi propio apartamento. Macy tenía razón y las cosas encajarían. Mientras no hubiera cazadores a la vista, me quedaría aquí e intentaría llevar una vida normal.

Ahora que había resuelto mis problemas de falta de dinero y de vivienda, podía centrarme en llegar a Cole. Tenía derecho a saber por qué él y la manada me odiaban. Además, lo que había dicho de que mi madre era una traidora me había quitado el sueño unas cuantas noches. Leía y releía las cartas de mi madre y de mi tía Lydia en busca de respuestas. Me las tendría que dar el Alfa. Si creía que me iba a ir sin más respuestas, se equivocaba.

Cuando entré en el Apex, la recepcionista que me recibió la última vez no me miró con lástima o disgusto. Esta vez, cuando me echó un vistazo, su sonrisa fue de aprobación. Esta vez no parecía una vagabunda. Con mis pantalones de vestir, mi blusa de seda, mi americana y mis zapatos de tacón, parecía que pertenecía a un ambiente elegante. Los tops eran préstamos de Macy. Aún no podía derrochar en ropa bonita, ya que estaba ahorrando cada céntimo para alquilar un apartamento.

—Hola, bienvenida de nuevo —dijo.

—Hola. —Antes de que pudiera preguntar cómo podía ayudarme, le dije—: Voy al despacho del señor Grayson.

Asintió y me dirigí al ascensor. Me cuadré de hombros. Esta noche iba en serio, y así iba vestida.

Incluso me había pintado los labios. Tía Lydia siempre se maquillaba cuando iba a enfrentarse a algo difícil. Siempre decía:

—Cuando me pongo mi pintura de guerra, me siento poderosa, como si pudiera patearle el culo a cualquiera.

El recuerdo me hizo reír a carcajadas, pero también me produjo una punzada de dolor. La echaba mucho de menos. Lydia era todo un personaje. Mi tía, valiente, bravucona y sabelotodo, me enseñó a ser fuerte como ella, y por eso había vuelto al territorio de Cole para enfrentarme a él.

Cuando salí del ascensor, me dirigí a las oficinas de Seguridad Privada Los Guardianes de la Luna con decisión. Violet estaba detrás de su mostrador, tecleando en su teléfono. Inspiró cuando se abrió la puerta y levantó la cabeza. Supongo que sabía que era yo antes de verme. Ahora que sabía lo que era, sabía que probablemente había memorizado mi olor.

—Violet —saludé.

Sus cejas se juntaron.

—Sydney, ¿qué estás haciendo aquí?

—Creo que lo sabes.

Se mordisqueó el labio inferior y suspiró.

—Está ocupado.

—Esperaré.

Mirando al cielo, dijo:

—No quiere verte.

—Lástima. Me debe una explicación. Soy su compañera.

Violet dio un paso alrededor del mostrador; su expresión era tormentosa.

—Te presentaste en nuestro recinto para ver al Alfa, y trajiste un arma.

Mis hombros se hundieron.

—Sé que se veía mal, pero esa daga no era mía. Se la robé a alguien que intentó usarla conmigo.

La acusación en sus ojos disminuyó ligeramente.

—¿Cómo sé que no estás mintiendo?"

Le sostuve la mirada. Quizá si era transparente con ella, me ayudaría una vez más.

—Eres una de las dos personas que me ayudaron cuando llegué a esta ciudad. Eres una buena persona, y puedo verlo. Tengo problemas y por eso vine a buscar al grupo de mi madre. No esperaba encontrar pareja. ¡Sólo quiero sobrevivir, por el amor de Dios! Pensé que recibiría ayuda de la manada de Guardianes de la Luna.

Bajó la guardia y se desinfló completamente con su pesado suspiro.

—Aunque vuelva a conseguirte una audiencia con el Alfa, dudo que cambie de opinión sobre... aceptarte. —Su mirada bajó al suelo. Si ella se sentía mal porque su Alfa fuera un imbécil con su compañera, yo me sentía peor. Me dio la espalda a mí.

—Tengo que intentarlo. Me debe respuestas. Las chicas tenemos que permanecer unidas, ¿verdad? —Eso era lo que Macy me había dicho. Por suerte, funcionó con Violet.

Resopló.

—Si intentas algo raro, me las pagarás. Me echaron la bronca cuando apareciste en nuestro recinto con un arma de cazador. Sufrí por ayudarte.

—Lo siento mucho. No fui para hacerle daño a nadie. Me había olvidado de que la daga estaba en mi mochila. —Suspiró y cruzó los brazos sobre el pecho—. No me crees, y lo entiendo. No me conoces. Pero vamos, Violet, ¿crees que sería tan estúpida como para entrar sola en medio de una manada de hombres lobo, dispuesta a empuñar un arma? Me harían pedazos.

—No, no me pareces estúpida —me dijo. Nos miramos fijamente hasta que cedió—. Maldita sea, Cole me va a matar por esto.

—Parecéis muy unidos —solté. Dios, los celos eran evidentes en mi tono.

Violet levantó una ceja.

—Es como mi hermano. Es un pesado mandón, un hermano que me va a retorcer el pescuezo por llevarte a su despacho privado.

Fruncí los labios para ocultar mi sonrisa triunfal por haber ganado esta batalla.

—Gracias, Violet.

—Agradécemelo más tarde si sobrevivo por desafiar a mi Alfa —refunfuñó—. Vamos. —Me llevó de vuelta fuera de la oficina y hacia otro ascensor—. Tienes suerte de que sea una romántica empedernida. Llevo años intentando que Cole tenga una vida amorosa.

La miré.

—Me rechazó. Aunque ni siquiera estoy del todo segura de lo que todo eso significa para él o para mí. —Lo único que sabía con certeza era que me dolía tanto que sentía que nunca me recuperaría de la angustia.

—Las cosas no empezaron bien entre vosotros dos, pero me aferro a la esperanza. Damian ya arruinó su oportunidad de ser feliz. No dejaré que Cole haga lo mismo.

Violet refunfuñaba en voz baja; quizá ni siquiera me hablaba a mí, pero sentía curiosidad.

—Damian es el guardaespaldas que da miedo, ¿verdad?

Se rio.

—En la manada, se refieren a él como el Beta.

—Oh. —No sabía lo que significaba, pero lo averiguaría.

—¿Quién es él para ti?

—Mi hermano. No como Cole —añadió—. Damian es mi hermano biológico, y a veces no me cae muy bien.

—Bueno, tiene un aspecto aterrador.

Resopló.

—Es más bien irritante.

Esperaba no tener que volver a ver a Damian. Mientras el ascensor ascendía, noté de repente una fuerte ansiedad. Lo último que quería era ponerme en situación de ser rechazada de nuevo, pero tenía que hacerlo si quería conseguir información.

Capítulo 11

Sydney

El nivel superior de las oficinas de seguridad privada Los Guardianes de la Luna era similar al inferior; sólo que no había zona de recepción. Sólo había puertas que daban a lo que supuse que eran otras oficinas o departamentos. Me quedé con Violet ante una puerta que, según dijo, era el despacho privado de Cole.

Tragué saliva cuando llamó a la puerta.

—Espero que sobrevivamos a colarnos en su importante reunión privada.

Mis ojos muy abiertos volaron hacia ella.

—¿Qué?

Sonrió con satisfacción.

—Es una broma. Cole odia que interrumpan las reuniones.

—¿Quieres decir que hay más de un hombre lobo que me odia a muerte ahí dentro? —susurré.

—No seas tan dramática, Sydney. No te odian. No pueden. Ninguno de nosotros te conoce siquiera.

Ahogué la respiración en un gemido. Mi última interacción con la manada decía mucho. Me odiaban. Violet era una optimista. Me gustaba eso de ella. Si toda su familia me despreciaba, esperaba que ella y yo pudiéramos ser amigas. Necesitaba a alguien a mi lado en este momento.

La puerta se abrió de golpe. Para mi disgusto, era Damian.

—¿Qué pasa, Violet? —espetó.

—No seas grosero. Tenemos visita.

Apretó la mandíbula cuando me miró, pero no parecía sorprendido.

—Déjala entrar, Damian —la voz exasperada de Cole resonó detrás de la puerta.

Damian tiró de la puerta para abrirla aún más, revelando unas cuantas caras conocidas. No recordaba todos los nombres que había oído cuando estaba en el complejo, pero me acordaba de Alex. Mi mirada se centró en Cole y tragué saliva. Tenía el mismo rostro pétreo que me había mostrado desde que lo conocí.

Pensaba que Damian daba miedo, pero el Alfa era mucho más intimidante. La única diferencia con Damian era que parecía ser alguien con quien se podía razonar. Por eso me había armado de valor para intentar hablar con él de nuevo.

—Violet —dijo con frialdad—. Me ocuparé de ti más tarde.

Oí el suave suspiro de Violet y me sentí fatal por haberla metido en un lío.

Cole no me quitó los ojos de encima ni una sola vez.

—Todo el mundo fuera —ordenó.

Hubo un revuelo de movimientos cuando los hombres despejaron la sala. Me di cuenta de que todos se apartaban de mí cuando pasaban a mi lado. Alex y Damian se habían negado a tocarme después de descubrir que era la pareja de Cole.

—Suerte —susurró Violet y se marchó a toda prisa.

Me quedé en la puerta, mirando a Cole y Damian.

—Damian, danos un minuto.

El hombre al que Violet había llamado el "Beta" cruzó los brazos sobre el pecho.

—No te voy a dejar a solas con ella.

—Creo que sobreviviré si la pequeña medio lobo intenta atacarme —dijo Cole, el sarcasmo goteando de sus palabras.

Damian se volvió para mirar a Cole.

—Esto no tiene gracia. Podría ser una cazad...

—Vete, Damian.

Fruncí el ceño, preguntándome cómo me iba a llamar Damian.

No dijo nada más. El tono autoritario le hizo suspirar y salir con los hombros rígidos. De la interacción deduje que siempre había que obedecer las órdenes del Alfa.

Después de que Damian desapareciera, para mi alivio, Cole y yo nos quedamos mirándonos fijamente. Su mirada se mantuvo tanto en mí que estuve a punto de empezar a retorcerme hasta que dijo:

—Pasa.

Al entrar, miré hacia la puerta, preguntándome si debía dejarla abierta por si tenía que salir pitando de allí.

—No muerdo —dijo levantándose.

Era difícil saber si estaba bromeando o no porque su expresión no cambió. Pensando que no había necesidad de cortesías, teniendo en cuenta la tensión sofocante en la habitación, le dije:

—Sabías que estaba aquí.

Rodeó el escritorio y se desabrochó la chaqueta. Luego se metió las manos en los bolsillos. Lo observé atentamente, fijándome en su postura. No parecía sentirse amenazado por mí. Pero quizás era porque sabía que podía aplastarme con un zarpazo de lobo.

—Siempre voy a saber cuándo estás cerca —dijo.

—¿Porque somos compañeros? —No contestó—. Tal vez podrías explicarme todo el asunto de ser pareja. Quiero decir, comprendo el concepto básico, pero sospecho que hay algo más profundo, y yo... —Detuve mi balbuceo nervioso cuando se quedó mirándome.

—¿Qué quieres esta vez? —me preguntó, encaramándose a una esquina de su escritorio. No me invitó a sentarme, así que lo tomé como una señal de que seguía sin ser bienvenida.

Respiré hondo e intenté imitar su actitud impasible. Cualquier cosa que él pudiera hacer, yo

podría hacerla mejor. Me acerqué a él. Se tensó visiblemente y sus narinas se ensancharon. Me reconfortó saber que yo también le afectaba. Ya fuera por la atracción de la pareja predestinada o por su odio hacia mí, era satisfactorio conseguir una reacción de aquel hombre imposiblemente distante.

—Quiero respuestas.

Exhaló un largo suspiro.

—Si estás aquí para hacerme pasar un mal rato por haberte rechazado, pierdes el tiempo.

La arrogancia del hombre y la furia casi pudieron más que mi dolor.

—Mira, no estoy aquí para rogarte que me reclames o como sea que lo llaméis. Sólo quiero saber por qué tú o la manada no me aceptáis. Ninguno de vosotros me conoce.

—Ya te he dicho que la manada no aceptará a una mestiza.

—No creo que esa sea la historia completa. —Cuando Damian encontró esa daga en mi bolso, casi había causado todo un pandemónium en el recinto—. Y es hora de que seas sincero y me digas realmente qué está pasando.

Sus ojos destellaron ese ámbar salvaje como la última vez que estuve aquí.

—Es hora de que dejes de intentar jugar conmigo.

La fría indiferencia con la que Cole se comportaba me decía que el Alfa rara vez perdía los estribos. Sin embargo, seguía perdiéndolos conmigo. Claramente, yo era la perdición de su existencia.

—No estoy jugando. Sólo quiero tu ayuda.

Se pasó una mano por la cara.

—Maldita sea, ¿por qué no me dejas en paz? Te rechacé como compañera, y la manada nunca te aceptará. Sólo vete. No te quiero. Nadie te quiere.

Una de las cosas más difíciles que había hecho nunca fue escuchar esas duras palabras y no romper a llorar. No eran palabras que me fueran poco familiares. El tío Sam me las había echado

en cara durante años, alegando que no me quería cerca, y la tía Lydia sólo me toleraba porque era un alma bondadosa que se compadecía de una huérfana. Pero la genuina muestra de amor de mi tía me ayudaba a reconfortarme cuando afloraba ese sentimiento de no pertenencia. Ahora que no la tenía, dudaba que pudiera mantener la compostura.

Cole cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz.

—Deja de hacer las cosas más difíciles de lo que ya son. Cuando abrió los ojos y me miró, me pareció ver un destello de tormento en los orbes azules. Pero eso no tenía sentido. Si alguien estaba sufriendo, sin ninguna duda esa era yo.

Sintiéndome derrotada, mis hombros se desplomaron.

—No he venido a hacer la vida imposible a nadie. —Por más que me resistía a llorar, las lágrimas afloraron a la superficie—. Sólo quería ayuda —susurré. Había venido aquí para exigirle a Cole que me diera respuestas sobre mi madre, pero mi determinación se redujo a la nada ante su rechazo una vez más.

Me miraba fijamente, como si intentara ver a través de mí, pero apartó la mirada.

—Por última vez, mantente alejada, Sydney.

Me quedé paralizada en mi sitio —sobre todo porque la decepción me había entumecido—, le miré fijamente. Siempre había estado orgullosa de poder mantener una fachada dura ante las dificultades, pero esta vez se desmoronó. Esa cosa extraña que había sentido dentro de mí desde que descubrí lo que era volvió a agitarse. Con un poco más de conocimiento sobre los hombres lobo, sospeché que era mi loba, pero no podía estar segura. Su presencia era débil. Era como si compartiera mi cuerpo con otro ser, pero de alguna manera nuestras emociones parecían estar entrelazadas. Por eso supuse que eran sus lágrimas y no las mías las que corrían por mi mejilla.

El ser fuerte que sentía a mi lado, que creo que fue lo que me ayudó a sobrevivir tanto tiempo, y se replegó sobre sí misma. Soltó un aullido de desesperación y desapareció, dejándome vacía, asustada e insegura de nuevo. Sin decir palabra, me di la vuelta y salí por la puerta.

Me apresuré hacia el ascensor, estaba desesperada por salir del edificio para evitar que alguien viera mi estado de angustia. Por suerte, ninguno de los que habían desalojado el despacho de Cole estaba presente. Este paseo de la vergüenza, sin público, no fue tan humillante como el primero.

—¡Sydney, espera!

Al oír la voz de Violet, pulsé el botón para intentar cerrar las puertas. Se cerraron justo a tiempo y solté un suspiro de alivio. Apoyada en la pared, me limpié las lágrimas e intenté recomponerme antes de llegar al vestíbulo de la planta baja. Me negaba a que me vieran salir llorando.

Cuando las puertas volvieron a abrirse, ya me había recompuesto. Con la cabeza alta, aunque me moría por dentro, sonreí a la recepcionista y me dirigí a la salida.

Chillé cuando salí y Violet apareció delante de mí.

—¡Qué demonios! ¿Cómo has llegado antes hasta aquí?

Puso los ojos en blanco y dijo:

—Hombre lobo, ¿recuerdas?

—Bien. —No quería ser grosera con ella porque me había ayudado—. Gracias por tu ayuda. Adiós, Violet.

—No estoy de acuerdo con lo que está pasando.

Detuve mi camino escaleras abajo y me volví hacia ella.

—¿De qué estás hablando?

Se acercó, su voz en un susurro.

—La forma en que Cole y los demás se comportan. ¿Y qué si no eres un metamorfo completo? Sigues siendo de los nuestros.

Me encogí de hombros.

—Eso es lo que yo pensaba. Las dos estamos equivocadas.

—¿Te ha dicho la verdadera razón por la que te ha rechazado?

—No. —La esperanza se fue desvaneciendo mientras miraba a Violet—. Si lo sabes, por favor, dímelo. No saberlo me ha estado volviendo loca. Quiero saber qué está pasando realmente. Te dejaré en paz, lo juro.

Su expresión se suavizó.

—No quiero eso.

—Tu Alfa ha hablado. Y tengo que hacerle caso.

Mordisqueándose el labio inferior, Violet miró hacia la ventana del despacho de Cole.

—Ya estoy metida en un buen lío, así que más me vale meterme en más problemas, ¿no?

Dejó escapar una carcajada, sorprendida de poder encontrar diversión en algo ahora mismo. Violet era una chica a la que me encantaría conocer. No me sentía incómoda con ella como con la mayoría de la gente.

—Lo siento.

Se encogió de hombros.

—Llevo veintiún años tratando con Cole y Damian. Conozco a esos dos. Lo que el Alfa no te ha dicho es que la manada no te aceptará por lo que hizo tu madre. Supuestamente traicionó a su manada para estar con un hombre que formaba parte de una organización especializada en matar a los de nuestra especie y a otras criaturas sobrenaturales.

—¿Supuestamente?

—No sé si es verdad. Yo era una bebé entonces, así que no lo recordaría. Sin embargo, los rumores de la loba que traicionó a su manada para estar con un cazador han circulado durante años. El ejemplo de lo que hizo tu madre y lo que le pasó se ha utilizado para asustarnos y que nos quedemos con los de nuestra especie.

Respiré hondo.

—¿Estás diciendo...

—Tu padre es un cazador, Sydney. Si es que el rumor es cierto. Verdad o no, la manada nunca te dejará entrar.

Me tambaleé ante la revelación. Mi padre podría haber formado parte de algo siniestro. Fue devastadoramente alucinante. ¿Era por eso que ese cazador me tenía en su punto de mira? Si mi

madre traicionó a su manada para estar con un cazador, la organización de mi padre lo vería como un traidor por procrear con un hombre lobo. Pero Violet no estaba segura de que la historia fuera cierta. Aún quedaban más preguntas por responder.

Las cosas se estaban complicando demasiado.

Capítulo 12

Cole

Sentí como si mi corazón se hiciera pedazos. El dolor de mi pecho era tan intenso que me froté el punto sobre el corazón. Mi lobo se enfureció dentro de mí, me costó mucho dominarlo y ponerlo bajo control. Quería liberarse y correr tras su compañera para reclamarla. No era él quien la rechazaba, sino yo, nuestro lado humano que funcionaba con la lógica que había mantenido a salvo a nuestra manada durante años y no con el instinto o el corazón.

Ese era yo, siempre poniendo a la manada por encima de todo. Nunca había sido egoísta. Los buenos Alfas no podían serlo, y yo me había esforzado por ser eso: un buen Alfa. Uno justo. Uno lógico. Nunca tomando decisiones con mis emociones, sino con sabiduría. Todo lo que siempre había querido era ocupar el puesto de mi padre, y ser digno de él. Él fue uno de los mejores en liderar nuestra manada. La manada lo amaba y los ancianos lo respetaban.

Durante los últimos siete años, había dejado mi vida apartada, por haber heredado el título de Alfa mucho antes de lo que era habitual. A la temprana edad de veintiún años, tomé el relevo de mi padre. Algunos de los ancianos de la manada se resistieron a la idea al principio, pero la gente sabía cómo había sido criado por mi padre y me tenían fe. Había trabajado duro para probarme a mí mismo, y lo había hecho en todos los sentidos. Tenía la confianza y el respeto de la manada, incluso de los más escépticos.

Prácticamente había estado viviendo para mi manada. Dedicaba cada momento de mis días a trabajar para preservar el bienestar y la seguridad de mi gente. Dependían de mí y les había dedicado mi vida en honor a mi padre. Ni siquiera me había tomado el tiempo de llorar a mis padres, que fueron asesinados pocos días antes de que yo asumiera la tremenda responsabilidad de ser un Alfa.

La tentación de ser egoísta, de vivir para mí, de encontrar mi felicidad nunca estuvo presente hasta que la conocí. Mi compañera predestinada entró en mi vida cuando yo dudaba que existiera alguna para mí. Quería reclamarla con cada fibra de mi ser, pero tenía que poner a mi manada primero y considerar lo que pensarían de que su Alfa tomara una compañera medio humana.

Peor aún, la hija de un cazador. El mismo grupo que asesinó a mis padres. Tuve que hacerme a un lado. Me privé de la alegría que sentí al conocer a mi compañera predestinada al verla por primera vez. No podía tenerla. No podía poner mis necesidades por encima de mi manada.

Rechazar a mi compañera fue una de las cosas más difíciles que había tenido que hacer. Me odiaba a mí mismo por hacerlo por segunda vez delante de la manada, pero tenía que demostrarles que estaba con ellos pasara lo que pasara. Mi lealtad estaba con la gente con la que había pasado toda mi vida y no con una mestiza que apareció de la nada. Sin embargo, las decisiones que había tenido que tomar me estaban matando lentamente por dentro. Mi lobo estaba furioso, dolorido y deprimido. Apenas había salido a la superficie desde que rechacé a Sydney. Había vuelto a la vida cuando ella apareció de nuevo hoy, y estaba desesperado por ir tras ella.

—No podemos —dije con un suspiro.

—¿Por qué diablos no?

Tenía la cabeza gacha, los ojos cerrados y los puños cerrados. Había estado tan absorto intentando controlar los latidos de mi interior que no había oído entrar a mi Beta. Damian estaba apoyado en la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirándome fijamente.

—¿Sabes siquiera de lo que estoy hablando? —le pregunté.

Se enderezó y cerró la puerta.

—Les dije a los demás que no se molestaran en volver porque tenía la sensación de que no estarías de humor para continuar con nuestra reunión. Y sí, sé de qué estás hablando. O de quién, más bien. No soy ciego ni estúpido, Cole.

Resoplé.

—Bien, o serías un terrible Beta.

Sus labios se crisparon de diversión mientras se sentaba en el sofá de cuero y echaba los brazos sobre el respaldo.

—He visto cómo te has estado atormentando todos estos días. Por supuesto, no sabía que habías encontrado a tu compañera hasta que apareció en el recinto.

Su mirada acusadora me irritó.

—No tengo que contártelo todo.

—No, pero es mejor cuando sé de ciertas cosas.

Suspiré. Él tenía razón. Damian no era sólo mi Beta. Era mi mejor amigo. Habíamos estado unidos desde que íbamos en pañales, y ese vínculo fortaleció nuestra asociación para dirigir nuestra manada. Hacíamos mejor dúo que mi padre y su Beta.

—Por ejemplo, tu compañera predestinada podría ser una cazadora. Me hubiera encantado que me avisaran antes de que apareciera con una maldita daga de cazador.

Masajeándome la frente para evitar un inminente dolor de cabeza, le dije:

—Le dije que no se acercara.

—Y eso ha funcionado muy bien, ¿verdad?

—Puedo prescindir de tu sarcasmo —espeté.

Damian levantó las palmas en señal de rendición. Me conocía mejor que nadie, así que sabía cuándo retirarse. No estaba de humor para discutir nada con él. Me acerqué a la ventana con la esperanza de ver a Sydney. Era todo lo que podía permitirme: mirarla cuando hizo su visita sorpresa.

Fue a Violet a quien vi, esperando en los escalones. Luego apareció Sydney. La observé. Incluso desde esta distancia, pude ver su postura derrotada. El remordimiento estuvo a punto de abrumarme, pero lo rechacé.

El suspiro molesto de Damian flotó por el despacho cuando vino a ponerse a mi lado. Observó a Violet y a Sydney, negando con la cabeza.

—Te juro que Violet no se rinde. ¿Crees que está conspirando con tu compañera para organizar otro encuentro contigo?

—Ella no es mi compañera.

—Que la rechaces no borra la realidad de que estáis predestinados.

Casi hago polvo mis muelas.

—No me permites siquiera mencionar a tu pareja, así que cállate sobre la mía.

De repente, el aire crepitó de tensión. Un gruñido grave retumbó en el pecho de Damian. Casi pongo los ojos en blanco al ver lo susceptible que era con el tema de su vida privada. Sin embargo, me acosaba con la mía. Sintiendo que su lobo estaba cerca, llamé al mío para que interviniera. Cuando lo miré, los ojos del lobo Alfa brillaron con un rojo salvaje en lugar del típico ámbar. Como por arte de magia, el lobo de Damian retrocedió.

Agachó la cabeza y exhaló un suspiro.

—Lo siento.

—Te entiendo. —Miré a Sydney mientras ella y Violet hablaban. No entendía los cambios de humor de Damian cada vez que mencionaban a su pareja, pero ahora sí. Era duro pensar en no tener a tu compañera predestinada porque la unión se consideraba tabú.

—Tu situación es un poco diferente a la mía —dijo Damian—. ¿Por qué no la reclamas? Es evidente que te corroe el alma no haberlo hecho.

—Ya conoces la historia.

—Pero es sólo eso. ¿Y si es sólo un rumor?

—No, la historia sobre Sophia Elliot es cierta. —Yo era sólo un niño entonces, pero recordaba la rabia de mi padre por la traición—. Sydney es, de hecho, el producto de una unión impregnada de traición. Es la hija de un cazador. Como Alfa, nunca podría estar con ella. Además, su gente mató a mis padres —gruñí.

Damian asintió.

—Y estaba en posesión de un arma de cazador. Quizá tu teoría sea cierta. Sydney podría haber sido enviada por los cazadores para vigilarnos.

Una parte de mí lo dudaba, pero tenía que ser cauteloso.

—Apareció de la nada cuando ha habido un pico de actividad de los cazadores. —Durante los últimos dos meses, había habido quejas de manadas vecinas sobre la llegada de cazadores a su

territorio. No sabía qué causó esto, pero podríamos ser los siguientes. Sydney podría haber sido enviada aquí por sus compañeros cazadores con el pretexto de buscar conectar con la antigua manada de su madre. La seguridad de mi manada era lo primero, aunque ansiara tener a mi compañera. Pero la lógica sobre la emoción. Era así de simple.

—Es sospechosa, Damian. —Miré fijamente a Sydney a través de la ventana—. Vigílala. Si hay pruebas concretas de que está compinchada con los cazadores, tendrá que irse.

Damian se volvió hacia mí, con cara de sorpresa y un brillo especial en sus ojos.

—Quieres decir que...

—¿Que la eliminen?

—Es tu compañera. ¿Es eso posible? —Por una vez, Damian, siempre seguro, ahora parecía algo inseguro.

Tragué con fuerza, sin siquiera tratar de ocultarme en una postura carente de emoción. Estaba seguro de que Damian veía el miedo y la incertidumbre reflejados en mis ojos.

—Yo... Supongo que si tengo que...

Sólo pensarlo me daba náuseas. Había rechazado a Sydney, pero eso no significaba que el vínculo de nuestra pareja no se hubiera metido bajo mi piel. No estaba seguro de poder hacerle daño físico para proteger a la manada. La idea de que algo le pasara hacía que mi lobo se sintiera homicida. No sabía qué haría si al final resultaba que Sydney era realmente mi enemiga.

En momentos de tanta incertidumbre echaba de menos a mi viejo. Mi padre siempre sabía qué hacer en cualquier situación. El dolor por la muerte de mis padres casi me consumió. Los cazadores me los arrebataron. No había tenido tranquilidad desde el día en que murieron porque aún no había encontrado a su asesino o asesinos. Levanté ese bloqueo emocional que me había convertido en un experto para sacar adelante a nuestra manada. Si Sydney estaba aliada con los cazadores, haría lo que fuera necesario para vengar a mis padres. Utilizaría a mi compañera como peón para guiarme hasta su grupo si fuera necesario.

Mi lobo resopló como si me llamara la atención por mis gilipolleces. Mi animal lucharía contra mí con uñas y dientes si intentara hacerle daño a nuestra compañera. Pero me preocuparía de ese tema si llegaba a ser necesario.

Capítulo 13

Sydney

Me sentía como si estuviera en piloto automático, haciendo lo que tenía que hacer. Estar privada de tu pareja después de encontrarla te deja un tiempo desorientada. Tal vez para siempre. Aprendía día a día sobre las costumbres de los hombres lobo a través de la investigación y las experiencias personales, y existía la posibilidad de que nunca me recuperara del rechazo de mi pareja.

Desde aquel fatídico día en que descubrí que Cole existía y lo perdí al instante, había sentido un frío en mi interior. Esa sensación me dejaba helada constantemente. Incluso ahora, en una noche cálida, llevaba un jersey para resguardarme del frío. Me preguntaba si Cole había sufrido tanto como yo. Se lo había merecido.

Cada vez que pensaba en cómo me trataba, lo odiaba. Sentía que lo hacía. Tal vez despreciarlo por completo me resultaría totalmente imposible, pero algo dentro de mí aún lo deseaba: mi loba. Suspiré, sintiendo su tristeza. Era tan extraño sentir que otra entidad compartía mi mente y mis emociones.

—Si ese mostrador se pone más brillante, podré verme en él.

Me sobresalté cuando la voz profunda y divertida penetró en mis pensamientos. Volví a oír el ruido de la cafetería. Me había desconectado y había estado limpiando rigurosamente un lugar del mostrador. Me quedé mirando al recién llegado.

—Buenas noches. Siento no haberle visto entrar. —No había oído la campana sobre la puerta señalando un nuevo cliente—. Bienvenido a Dupart's Diner.

El hombre me miró fijamente, sus ojos color champán parecían absorberme. Su evaluación fue intensa y se prolongó demasiado. Era difícil determinar su edad, pero su mirada cansada indicaba que era mucho mayor que yo.

Empezando a sentirme incómoda con la evaluación inquebrantable del hombre, me balanceé de

un pie a otro.

—Um, ¿puedo tomar su pedido?

Parpadeó como si acabara de darse cuenta de que me estaba mirando boquiabierto. Tuve que recordarme a mí misma que debía ignorar algunos de los comportamientos extraños de los clientes. Los clientes nocturnos estaban en el nivel más alto de lo extraño. Este hombre, sin embargo, no me pareció ninguna criatura sobrenatural. En las semanas que llevaba trabajando en Dupart's, me había vuelto experta en identificar quién podía o no ser completamente humano. Algunos eran más difíciles de reconocer que otros.

—Lo siento —dijo—. Te estoy incomodando, me doy cuenta. Es sólo que te pareces... —Hizo una pausa y se miró las manos entrelazadas. Esperé a que me dijera que me parecía a su hijo o algo así, pero no fue más allá—. ¿Sabes qué? Tomaré un café y... —Eché un vistazo al menú especial que Macy había escrito en una pizarra—. Filete y huevos.

—Enseguida. —Garabateé su pedido y me marché. Sus ojos seguían puestos en mí. Lo notaba. Algunos de los clientes tendían a mirarme fijamente, y no podía evitar la sensación de que algunos de ellos me estaban evaluando, preguntándose si podría ser un platillo delicioso. Era difícil no caer en la paranoia después de saber que había hombres lobo y otras criaturas por ahí, disfrazados de humanos. Cuando miré hacia atrás, era el hombre extraño el que me observaba detenidamente, pero cuando se dio cuenta de que había mirado hacia atrás, apartó rápidamente la mirada. El pavor se apoderó de mi estómago. ¿Me habían encontrado los cazadores? No había visto al que se había enfrentado a mí en Nebraska, pero por lo que sabía, su organización era grande.

Macy sonrió cuando aparecí por la ventana de la cocina para pegar el pedido en la cola con los demás.

—Hola —saludó—. ¿Cómo te va por ahí?

Me tragué el miedo a que me encontraran los cazadores y forcé una sonrisa.

—Nada mal. Las rarezas se han reducido al mínimo esta noche. Nadie me ha olfateado ni me ha preguntado mi grupo sanguíneo ni nada.

Macy frunció los labios. Sabía que quería contarme lo que pasaba aquí por la noche, pero seguía conteniéndose. Seguro que intentaba protegerme. Si supiera que yo estaba al tanto del secreto de

lo sobrenatural...

—Eso está bien, supongo —dijo.

—¿Cómo lo llevas aquí? Debes estar agotada.

Dio la vuelta a una hamburguesa y sonrió.

—Estoy bien.

Y una mierda. Su cansancio era evidente por las ojeras y las líneas de estrés alrededor de la boca. Llevaba ocupándose de la cocina desde esta mañana y algo le pasaba, pero se negaba a confiármelo. Por supuesto, no era justo que yo esperara que lo hiciera, ya que yo también le ocultaba secretos.

—La mesa tres está esperando sus bebidas. Puedo llevárselas.

—¡No! Ya me ocupo.

Mi mirada se estrechó hacia Macy. En la mesa tres estaban los mismos individuos de aspecto gótico que yo había comparado con los vampiros de la televisión. Venían a menudo y Macy nunca me dejaba llevarles sus... bebidas.

—Bien —resoplé y volví al comedor. Había entrado otra persona y fui hasta su mesa.

Para cuando llegué donde estaba el recién llegado, se había sentado en una de las mesas individuales cerca de la ventana.

—Hola, bienvenido a Dupart's.

Unos ojos de color obsidiana se posaron en mí, y casi di un paso atrás porque su mirada era muy intensa. El hombre era alto y ancho de hombros. Un mechón de pelo negro como la tinta le caía sobre un ojo. Era guapo, pero no me hacía palpar el corazón como Cole. Rechiné las muelas, molesta de que siguiera apareciendo en mis pensamientos. Aquel hombre desprendía un poder que podía intimidar fácilmente.

Respiré hondo y le sonreí. No me devolvió la sonrisa.

—Café y tarta —dijo, observando la sala. Tenía las cejas fruncidas y parecía absorberlo todo y a

todos.

—Vale... —Supongo que no era muy hablador. Al alejarme, le eché un segundo vistazo. Aunque no me observaba de cerca como el hombre del mostrador, me ponía los pelos de punta. El Sr. oscuro y melancólico tenía un punto peligroso que me ponía nerviosa. También podría ser un cazador. Esta noche mi paranoia estaba a flor de piel. Empecé a mirar a todo el mundo de reojo, preguntándome si alguien estaría esperando el momento oportuno para eliminarme.

Recogí el filete y los huevos que Macy había terminado de hacer y se los llevé al hombre sentado en el mostrador. Me temblaron un poco las manos cuando coloqué la bandeja delante de él. Luego serví el café que había pedido. Los dedos me temblaban tanto que el café salpicó la encimera.

—Oh, mierda.

—No pasa nada, yo me encargo. —El hombre sacó servilletas del soporte que tenía al lado y se secó lo que había derramado.

—Gracias. Normalmente no estoy tan temblorosa. —Estar huyendo de asesinos me estaba afectando.

—Tal vez estás cansada —dijo—. He oído que las camareras trabajan muchas horas. ¿Es esto cierto?

Nuestras miradas se cruzaron. ¿Intentaba saber cuándo me iría de aquí para matarme? Se me revolvió el estómago, pero no le di importancia.

—A veces.

Asintió con la cabeza.

—Soy Benjamin.

Parpadeé al ver la mano. No queriendo ser irrespetuosa, se la tome.

—Encantada de conocerte.

Sonrió y me soltó la mano.

—Esperaba que me dijeras tu nombre. —Tu etiqueta con el nombre está escondida.

El calor me abrasó las mejillas cuando eché un vistazo a la etiqueta con mi nombre, sujeta con un alfiler de modo que se perdía en el bolsillo del pecho. Sólo se veía la parte superior de la S de mi nombre. Eso era deliberado. Tenía que tener cuidado—. No pasa nada. No tienes que compartir tu nombre.

Como no quería arriesgarme a que alguien se quejara al jefe por mis malos modales, le dije:

—Me llamo Sydney.

—Encantado de conocerte, Sydney. —La sonrisa de Benjamin era cálida y genuina porque le llegaba a los ojos. Parecía simpático, pero las apariencias engañaban.

—Disfruta tu comida, Benjamin.

Me escabullí porque no quería que viera mi agitación. Sentía que me observaba demasiado. Y también el hombre que había pedido el café y la tarta. O tal vez estaba observando a Benjamin. Era difícil saberlo. De vez en cuando, su mirada se centraba en Benjamin, que le daba la espalda, pero luego me encontraba en cualquier lugar de la habitación.

—Son imaginaciones mías —susurré mientras recogía una bandeja vacía de una mesa que había quedado libre. Seguramente, si un cazador me hubiera encontrado, no habría entrado en la cafetería para charlar y disfrutar primero de una comida... eso esperaba. Con una última mirada suspicaz a Benjamin y al desconocido más joven, dejé de pensar en la posibilidad de que me estuvieran cazando, o me iba a volver loca antes de que terminara mi turno. Sólo me quedaban dos horas.

—Puedes irte, Syd.

Dejé de limpiar una mesa para mirar a Macy. Estábamos solas en la cafetería. Los excéntricos clientes nocturnos solían irse a las seis de la mañana. No solíamos ver mucha actividad desde entonces hasta las siete.

—Me queda otra media hora —le dije.

Agitó una mano.

—Aquí no hay nadie. Vamos, has estado trabajando todas las noches durante tres semanas. No te has tomado ni una noche libre.

—Porque necesito el dinero.

—Te has mudado a tu apartamento. Creo que es hora de que te lo tomes con calma.

Había empezado a reordenar el salero y el pimentero de la mesa, y me paré a reír.

—¿Debería tomármelo con calma? Esto, viniendo de la mujer que trabajaba veinticuatro horas por siete días a la semana.

Puso los ojos en blanco y cerró la caja registradora.

—El nuevo chef viene mañana. Tendré un descanso.

Miré a Macy con preocupación. Parecía agotada. Yo también, pero al menos me iba a casa durante el día. Ella se quedaba y seguía trabajando como el conejito duracell. Hacía poco más de un mes que conocía a Macy, pero me preocupaba por ella. Se había convertido en la única constante en mi vida después de perder a mi tía. Se desvivió por asegurarse de que estuviera bien cuando llegué a Nueva Orleans. Le debía mucho.

—Deja de mirarme así —dijo Macy.

Parpadeé inocentemente.

—¿Cómo qué?

—Como una madre preocupada. Tú tienes diecinueve años y yo veintiséis. Yo debería ser quien se preocupa en este caso.

Poniendo los ojos en blanco, me quité el delantal.

—En realidad, tengo veinte.

—¿Qué?

—Bueno, mi cumpleaños es el mes que viene. Pero qué son unas semanas, ¿no? Ya tengo casi veinte años.

—Mírate. Entonces, ¿vamos a tener una fiesta o qué?

Su emoción me hizo sonreír. Nadie se había emocionado antes por mi cumpleaños, ni siquiera tía Lydia. Siempre estaba tan enfrascada en sus estudios e investigaciones que solía olvidarse de mi cumpleaños hasta que pasaba. Nunca se lo eché en cara. Con darme un hogar, comida y ropa era suficiente. "No, en realidad no celebro los cumpleaños así.

Macy jadeó y se agarró el pecho como si yo hubiera blasfemado.

—Bueno, los cumpleaños son una gran cosa por aquí. Así que vamos a hacer una fiesta.

Levanté los brazos.

—¿A quién voy a invitar? Sólo os conozco a ti, a Shannon, a Arlene y a Rachel. —Las otras camareras eran simpáticas, pero no estábamos especialmente unidas. Consideraba a Violet una amiga, pero no nos habíamos visto mucho. Además, me incomodaba cualquier cosa que atrajera demasiada atención hacia mí—. No hay fiesta.

—Bien. Haremos una noche de chicas, entonces. Solo tú y yo.

Aliviada, sonreí.

—Eso suena mejor.

—Bien, ahora sal de aquí.

—Vale. Cogeré la basura al salir.

—Gracias.

Unos minutos más tarde, me dirigí al callejón trasero, arrojando la bolsa de basura a la papelera. Acercándome el jersey, me dirigí hacia la acera. Jadeé al chocar con algo duro. Trastabillando, levanté la vista y casi grité. Era el tipo melancólico de la cafetería.

Por un momento, el pánico se apoderó de mí y no pude moverme. Me había sentido aliviada cuando él y el hombre mayor, Benjamin, habían abandonado la cafetería. Llegué a la conclusión de que estaba haciendo el ridículo. No me estaban vigilando. Parecía que me había equivocado con uno de ellos. Dando varios pasos atrás, me preparé para correr porque no tenía ninguna posibilidad contra aquel hombre enorme.

—Relájate, no estoy aquí para hacerte daño —dijo.

—Claro, y me lo voy a creer. —Di otro paso en retirada.

—Sólo quiero preguntarte algo.

Tragué saliva. Déjame adivinar: me ibas a preguntar si soy un hombre lobo y luego iba a sacar una daga con ese extraño símbolo, como el otro tipo que intentó matarme.

—Mi tía siempre me enseñó de pequeña a no hablar con extraños, así que... adiós. —Intenté rodearle, pero me bloqueó la huida.

Mierda.

—De verdad, no quiero hacerte daño. Soy Adam.

Me quedé mirando su mano extendida como si fuera una bomba hasta que lo dejó. De ninguna manera iba a tocarle y facilitarle que me agarrara y me llevara a algún sitio para acabar conmigo.

—¿Qué quieres? —pregunté, buscando en la acera, esperando que pasara alguien. Dudaba que intentaría hacerme algo si había testigos.

—Nada más que información.

Nos miramos fijamente, me negaba a mostrar mi miedo.

—¿Sobre qué?

—Ese hombre con el que estabas tan cómodamente hace un momento.

—¿Qué hombre?

—El de pelo castaño oscuro, así de alto, —Se llevó la mano al hombro—, con camisa de cuadros.

Benjamín.

—No le conozco. Nos dimos la mano después que nos presentamos. No somos amigos.

Adam juntó las cejas.

—Está muy interesado en ti.

—Sólo estaba siendo educado —me burlé.

Dio un paso hacia mí.

—No, le vi observándote anteanoche desde fuera.

El corazón me dio un vuelco y las rodillas me flaquearon.

—¿Perdón?

—Ha estado visitando esta cafetería durante una semana seguida.

—Pero acaba de llegar por primera vez esta mañana, lo juro.

—Lo sé. Se queda mirando por la ventana, te ve a ti, y luego se marcha.

Oh, no. Ya me habían encontrado.

—Entonces, ¿lo has estado vigilando? ¿Por qué?

La expresión de Adam se apagó.

—¿Por qué te visita si no lo conoces? Me estás mintiendo.

Empecé a retroceder de nuevo.

—No, yo...

—Aléjate de ella. —Las palabras fueron pronunciadas en el tono más calmado y a la vez más mortífero que jamás había oído.

A Adam prácticamente se le subieron los hombros a las orejas. Dándose la vuelta, gruñó:

—Cole.

Mi mirada saltó hacia Cole, sorprendida.

Capítulo 14

Cole

Me tomé un momento para mirar a Sydney, que tenía los ojos muy abiertos y clavados en mí. Luego volví a mirar con odio a Adam Blackwell, el Alfade una manada rival. Su grupo estaba formado por un puñado de inadaptados rebeldes que amenazaban la supervivencia de todo el mundo sobrenatural. No conocía bien a aquel hombre, pero si los hombres lobo que lideraba eran tan repugnantes y temerarios, sólo podía imaginarme la clase de persona que era.

Su manada llegó a Nueva Orleans hace un par de semanas, y no me gustó. Adam y su manada no representaban nada más que problemas, una amenaza para la existencia secreta de todos nosotros. Quería que él y su gente se fueran antes de que se desatara el infierno en la ciudad.

Encontrarlo tan cerca de mi compañera —por mucho que la rechazara— me irritó. Mientras Adam y yo nos gruñíamos, la tensión que nos rodeaba se expandía y crepitaba.

—Esto no es asunto tuyo, Grayson.

—Lo es cuando husmeas en mi territorio.

Adam enarcó una ceja.

—¿Estás hablando de la ciudad o de la chica?

—¡Eh! —Sydney lanzó una mirada indignada a Adam—. Yo no soy propiedad de nadie —refunfuñó.

Por supuesto, no pude responder a Adam de inmediato porque tuve que tomarme un momento para controlar mis celos y tratar de hacer que desaparecieran. El caso era que, por mucho que intentara no hacerlo, una parte de mí seguía considerando a Sydney como mía. Sin embargo, no podía admitirlo en voz alta.

—Nueva Orleans puede prescindir de ti y de tu manada —dije—. He oído hablar de tus diversas aventuras. —Como la queja que recibí de uno de mis aliados que lideraba una manada en

Shreveport.

Adam y su manada de delincuentes habían atravesado la ciudad y causando estragos, dejando un rastro de cadáveres tanto de humanos como de hombres lobo y toneladas de pruebas de nuestra existencia. Ya tenía que preocuparme por una posible infiltración de cazadores. No necesitaba una manada rebelde causando más problemas.

Finalmente, dije:

—Aquí sólo hay sitio para un Alfa.

Adam sonrió satisfecho.

—Creo que esta ciudad es lo suficientemente grande para más de uno.

Su alusión a quedarse a largo plazo era alarmante. Él y su manada atraerían la atención de los cazadores como un imán. No necesitaba el estrés añadido de una manada rival tan cerca, especialmente una que operaba sin ningún escrúpulo.

Cuando el silencio se prolongó, mientras Adam y yo nos desafiábamos mutuamente, Sydney intervino. —Sabes qué, esto parece un asunto de la manada o lo que sea... absolutamente nada que ver conmigo. Me voy a ir.

—No tan rápido —dijo Adam justo cuando ella daba un paso para marcharse. Su tono amenazador la hizo detenerse en seco. Podía sentir su creciente ansiedad.

Eso fue lo que me llevó al callejón trasero del restaurante. Había tenido a mis hombres vigilando de cerca a Sydney, informándome de sus movimientos. Hoy, había tenido que encargarme de la tarea yo mismo. Cuando llegué, su miedo me llamó la atención, me atrajo hacia ella, y así fue como la encontré en presencia de otro Alfa.

—No hemos terminado —dijo Adam—. No has respondido a mi pregunta.

—No tiene nada que decirte. Aléjate de ella —gruñí.

Sus ojos se entrecerraron hasta convertirse en rendijas.

—¿Por qué te importa? No es como si fuera de los tuyos.

Sydney exhaló un suspiro y agachó la cabeza. Mi lobo seguía aferrada a nuestro vínculo de pareja, así que sentí su dolor tras la declaración de Adam.

—No importa —dije—. Puedes irte voluntaria o involuntariamente. A mí me da igual. —Di un paso decidido hacia él, enseñando mis caninos. No había nadie más alrededor, así que no me preocupaba dejar salir un poco a mi lobo para acabar con mi rival.

Adam resopló.

—No hay necesidad de cabrearte, Grayson. No pretendía hacerle daño a la chica. —Miró a Sydney—. Nos vemos. Tenemos algunas cosas que hablar.

Sydney enarcó las cejas.

Adam se marchó sin mirar atrás —imbécil pretencioso.

Hubo un silencio entre Sydney y yo durante un rato. Ella arrastró los pies.

—Bueno, eso ha sido intenso. Puedo decir por vuestra interacción que no sois amigos.

—Ni mucho menos —dije en un tono mordaz, aún luchando con los celos de que Adam estuviera tan cerca de Sydney.

—Gracias por el rescate, supongo —murmuró y pasó junto a mí.

La agarré del brazo con suavidad y noté cómo se tensaba.

—¿Te importaría decirme de qué tenéis que hablar Adam y tú?

—¿Por qué te importa? Ella seguía mirando fijamente nuestro punto de contacto.

Le solté la mano y di un paso atrás.

—Deberías alejarte de él. No es buena persona.

—Otra vez: ¿por qué te importa?

Me sostuvo la mirada, con el desafío brillando en sus orbes esmeralda. Una cosa que admiraba de ella eran sus nervios de acero. Había entrado en un campamento de hombres lobo después de que le advirtiera que se mantuviera alejada. La amenacé y volvió a mi despacho. A pesar de mi

rechazo y del dolor —y sabía que sufría— no se había marchitado, ni había huido de la ciudad. Se mantenía firme.

El orgullo que no podía mostrar me inundó. Mi pequeña compañera medio humana tenía mi respeto. Si no existiera la posibilidad de que fuera mi enemiga mortal, probablemente tiraría la cautela al viento y la reclamaría como mía.

—¿Se te ha ido la lengua, Cole? ¿O has venido aquí sólo para advertirme de mantenerme lejos de guapos desconocidos?

—¿"Guapo"? —me burlé. ¿Estaba mirando a otros tíos? Eso me cabreó más de lo que debería.

—Me has rechazado. Así que soy libre de tener todas las citas que quiera.

Apreté los dientes con tanta fuerza que fue un milagro que no se me rompieran. La idea de que saliera con alguien, especialmente con un hombre como Adam, me hacía sentir fatal.

Sydney tenía las manos en las caderas y me miraba tan fijamente que probablemente me derretiría en cualquier momento. Su descaro era... excitante. La tentación de apretar mis labios contra los suyos era una tortura abrumadora. Me alejé un paso más de ella y le dije:

—Sal con quien quieras, pero te aconsejo que te mantengas alejada del Alfa de una manada que no se lo pensaría dos veces antes de masticar a una dulce medio humana y escupirla sin remordimientos.

Sus ojos se abrieron de par en par.

Si estaba asustado, mejor. Al menos se mantendría alejada de Adam.

—No tenías que decirme que es malo —dijo—. Me he dado cuenta por mí misma. No soy tan estúpida como crees. Entonces dime, ¿qué estás haciendo aquí?

No podía admitir que la estaba observando.

—Debería preguntártelo. ¿Qué haces todavía en mi ciudad?

Su bufido burlón rebotó en las paredes de ladrillo que rodeaban el callejón.

—No eres el dueño de toda la ciudad, Cole. Supéralo.

Mis labios se crisparon, pero logré contener la sonrisa. La estudié atentamente, preguntándome por qué me divertía su actitud. Tal vez fuera porque nadie más se atrevía a hablarme así, y resultaba reconfortante tanta irreverencia. Y tal vez me sintiera aliviado de no haber aplastado por completo su espíritu. Pensé que lo había hecho la última vez que hablamos. Había salido de mi despacho con un aspecto tan derrotado que me sentí culpable durante semanas.

—No lo soy, pero me gusta mantener mi territorio a salvo de amenazas como Adam y tú.

Sydney miró hacia el cielo y suspiró pesadamente.

—Por última vez, no soy una amenaza. —Extendiendo los brazos, dijo—: Mírame. ¿Parezco capaz de hacerle daño a una manada de hombres lobo? Corro y grito cuando veo una araña, por el amor de Dios.

Quise sonreír ante aquella imagen, pero me contuve. Necesitaba alejarme de ella rápidamente. Me estaba atrapando sin darme cuenta. Me aclaré la garganta y le dije:

—Quizá no hayas venido a hacer el trabajo tú sola. Tu gente podría estar utilizándote para llegar a nosotros.

—Violet me dijo por qué la manada no me aceptaría.

—Violet habla demasiado —dije.

—No sabía que mi padre era cazador, lo juro. Nunca oí hablar de él mientras crecía. Mi tía sólo hablaba de mi madre. No tengo nada que ver con cazadores. Tal vez haya una manera de probarme a mí misma. Por eso me he quedado. Puedo demostraros a todos que no soy una amenaza. Sólo vine aquí para conectar con la manada de mi madre y, con suerte, conseguir ayuda.

La desesperación en su voz fue casi mi perdición. Pero esa maldita lógica con la que siempre había tenido que trabajar me permitió no ceder.

—¿Qué hay de la daga del cazador?

—¿Cómo sabes siquiera que es eso?

—La hoja es de plata pura, y el símbolo de los cazadores está en el mango.

—No lo sabía.

La miré fijamente, deseando poder ver a través de ella, para saber que no mentía. Pero no pude.

—Llevabas el arma encima.

—Porque se la robé al hombre que me amenazó con ella. —Sydney cubrió la distancia que nos separaba. Puso una mano en mi brazo que me hizo estremecer, sólo porque tenerla tan cerca causaba estragos en mi cuerpo. La necesidad de tenerla me golpeó tan fuerte que casi pierdo el aliento—. Por favor, Cole, te ruego que me escuches. Que me ayudes. Nunca suplico por nada, y nunca admito estar asustada. Pero tengo mucho miedo. Los cazadores me persiguen. No voy a aliarme con ellos. No puedes echarme en cara los pecados de mi padre.

—No, probablemente no sea justo hacer eso —dije. La esperanza brilló en sus ojos—. Pero no me arriesgaré a que toda mi manada sea traicionada por el engendro de un cazador. No me creo ni una palabra de lo que dices, Sydney.

La esperanza en sus ojos se desvaneció, sustituida por el dolor. Dejó caer la mano. Sentí frío en el punto del brazo que había tocado. Sentí frío hasta la médula. Pero sabía que era uno de los efectos secundarios de prolongar la distancia entre compañeros después de descubrirse el uno al otro. El jersey que Sydney llevaba cuando hacía calor me decía que ella lo experimentaba peor que yo. La culpa me punzaba el corazón, pero tenía que mantener mi lealtad a mi manada.

"Entonces no tiene sentido que pierda el tiempo aquí dijo. Se subió el bolso al hombro, se dio la vuelta y se marchó. La observé hasta que desapareció al doblar la esquina, luchando contra el impulso de correr tras ella.

Capítulo 15

Sydney

—Me llamó engendro —refunfuñé, entrando en el vestíbulo de mi edificio de apartamentos—. Engendro. Ese irrespetuoso y repugnante imbécil. Le odio tanto.

Incluso mientras decía las palabras, en el fondo, sabía que no era verdad. Intenté con todas mis fuerzas odiar a Cole, pero fue en vano. Solté un largo suspiro y me dejé caer en uno de los sillones del vestíbulo. Tenía que tomarme un momento para trabajar mi ira antes de subir los cinco tramos de escaleras hasta mi apartamento. El camino de vuelta a casa no había sido lo bastante largo como para reponerme de mi conversación con Cole.

Siempre que estaba sola en mi apartamento, me sobraba el tiempo para pensar. Hacer eso siempre me llevaba a sentirme deprimida y derrotada. También asustada. En privado, no tenía que interpretar el papel de chica dura, y a menudo me revolcaba de terror pensando en lo que haría si los cazadores me encontraban.

Después de lo que me contó el desconocido, Adam, estaba preocupada. El hombre mayor de anoche llevaba ya tiempo observándome. Debía de ser un cazador. Tal vez había recibido órdenes de vigilarme en lugar de matarme. Podría estar esperando para llevarme ante aquel hombre del que había escapado en Nebraska. Dejé caer la cabeza entre las manos y negué con la cabeza. Por eso odiaba estar tan sola hoy en día. Mi mente se iba automáticamente a los peores escenarios.

Tenía que parar esto. Me incorporé y observé el lugar. No era un edificio elegante, pero era bonito y estaba en un barrio decente. Además, era asequible, así que había aprovechado la oportunidad de alquilar un piso. Afortunadamente, el propietario había bajado el precio cuando yo estaba lista para alquilar. Fue un poco chocante, pero por ese precio de oferta no iba a mirar en ninguna otra parte. Me había quedado con una buena cantidad de dinero, que me hacía falta.

—Debería centrarme en las cosas buenas que han pasado —susurré. Sí, eso era lo que necesitaba hacer, o de lo contrario perdería totalmente la cabeza preocupándome. Tengo una amiga. —Macy era increíble—. Tengo mi propio lugar. —Nunca había tenido mi propio espacio—. Tal

vez pueda volver a estudiar. —Abandonar los estudios había sido un fastidio—. Piensa en las cosas buenas. Las cosas buenas —coreé.

—Hola, Sydney.

Jadeando, levanté la vista y casi me caí de la silla. Era el hombre de la cafetería. El mayor, que Adam insistía en que me estaba observando. Mis ojos se desorbitaron mientras le miraba, paralizada por el shock.

—No pretendía asustarte. —Sonrió—. Sydney, así dijiste que te llamabas, ¿verdad?

Tragando saliva, me levanté. No estaba segura de si me disponía a huir o a gritar como una loca. Debía de haberme seguido hasta aquí para eliminarme. Mi corazón galopó mientras echaba un vistazo al vestíbulo. No había nadie más a la vista.

Asentí con la cabeza.

—Y tú eres Benjamin. La voz me temblaba, al igual que las rodillas, pero estaba orgullosa de mí misma por mantener la compostura.

—Estás un poco pálida —dijo, mirándome—. ¿Estás bien?

¿Era esto real? ¿Realmente íbamos a charlar antes de mi posible asesinato?

—Yo... ¿Qué estás haciendo aquí?

Se metió las manos en los bolsillos y se encogió de hombros.

—Vivo aquí.

—¿En serio?

—Me mudé hace unas dos semanas.

El momento exacto en el que me mudé. ¿Tenía razón Adam? Dudaba en si confiar en el hombre, que me había enterado de que era un Alfa como Cole. Además, existía la posibilidad de que Adam hubiera malinterpretado lo que había visto. Incluso si Benjamin miraba dentro de la cafetería todas las noches como un asqueroso, eso no significaba que me estuviera observando. Sin embargo, ver al hombre aquí ahora me hizo sospechar.

—Ya veo. —Su postura relajada me dijo que quizá no atacaría, así que le pregunté—: ¿Te acabas de mudar a Nueva Orleans?

—Sí.

Oh, Dios. Me estaba acosando.

—¿Y tú? ¿También vives aquí? —preguntó—. Qué casualidad encontrarte aquí después de haberte conocido esta mañana.

Le estudié detenidamente, como si de algún modo pudiera ver si estaba jugando. Su expresión no delataba nada.

—Sí. Vivo aquí.

—Qué bien. Espero que nos encontremos de nuevo, Sydney.

—Eh...umm, sí.

Benjamin asintió.

—Nos vemos, y descansa un poco. Todavía estás pálida.

Porque estaba a punto de desplomarme de puro miedo. Cuando Benjamin se alejó, respiré mejor. Tal vez encontrarme con él aquí había sido sólo una coincidencia. Quizás no era un asesino acechándome.

No podía seguir así. Tenía que conseguir ayuda de alguien que pudiera enfrentarse a un cazador. Ya que la manada de mi madre se negaba siquiera a respirar en mi dirección, tendría que buscar ayuda en otra parte. Resultaba que había otro Alfa en la ciudad. Era arriesgado porque Cole dijo que Adam no era bueno, pero estaba desesperada.

—No puedo creer que esté haciendo esto.

Me quedé fuera de un viejo almacén, envuelta en la oscuridad. Parecía una escena sacada de una película de terror, y el sentido común me gritaba que no pusiera un pie en el espeluznante edificio de Adam... guarida era más adecuado.

Tardé cuatro días en armarme de valor para pedirle ayuda. Venía a la cafetería todas las noches después de su enfrentamiento con Cole. Me preguntó más sobre Benjamin, y finalmente le convencí de que no conocía al hombre. No le dije a Adam que descubrí que Benjamin vivía en mi edificio. No confiaba en Adam todavía. No es que confiara en Benjamin o quisiera protegerlo. Sólo quería saber qué pasaba entre ellos antes de decir una palabra.

Adam me dijo que viniera a esta dirección, y ahora me lo estaba pensando. Debería haberle dado a Macy una idea de adónde me dirigía cuando pedí salir temprano esta noche. Por supuesto, ella me habría llamado loca por querer venir sola a un lugar como este.

—Bueno, si Adam y su manada no me matan, lo harán los cazadores. —De todos modos, era la única solución; era una situación en la que no podía ganar, así que ¿por qué no entrar en el espeluznante edificio? —. ¿En qué se ha convertido mi vida? —Respirando hondo, avancé hacia el aparcamiento vacío.

—Bueno, bueno, bueno. ¿Qué tenemos aquí? ¿Una pequeña traidora, quizás?

Me detuve en seco al oír la voz familiar. El miedo me hizo gemir en voz alta. Me giré lentamente y miré al Beta de Cole. Aunque le tenía un poco de miedo, de ninguna manera lo demostraría.

—Demonio... quiero decir, Damian, qué casualidad verte aquí. ¿También me estás acosando?

Su expresión permaneció impasible. Era un bastardo tan frío. Era difícil creer que él y la cálida y divertida Violet estuvieran emparentados.

—En realidad, estoy acechando a nuestro enemigo —dijo—. Y aquí estás, en territorio enemigo. Me pregunto qué significa eso.

Maldita sea. Yo sólo seguía cavando mi camino más profundo en el agujero de la sospecha.

—No soy tu enemiga —dije, sabiendo muy bien que no me escucharía.

—Cierto. Estás aliada con los cazadores, y ahora te encuentro corriendo hacia Adam Blackwell.

—Dio pasos lentos hacia mí, y necesité todo mi autocontrol para no darme la vuelta y correr como un demonio—. ¿Qué estás haciendo? ¿Jugando a ser agente doble?

—Oh, no seas tan dramático. Esto no es una película de espías, por el amor de Dios —resoplé, poniendo los ojos en blanco.

Una risita resonó en un rincón oscuro y me di la vuelta, buscando la fuente del sonido. Alex salió a la tenue luz que ofrecía la media luna. También salió otro hombre al que no recordaba haber visto en el complejo de los Guardianes de la Luna.

Damian frunció el ceño y Alex se encogió de hombros.

—¿Qué? Amenaza para nosotros o no, tienes que admitir que es entretenida. —Alex me sonrió con satisfacción.

Dirigí mi mirada suplicante a Alex porque parecía más razonable que Damian.

—No soy una amenaza para tu manada, lo juro.

Alex se encogió de hombros.

—No lo sé, pequeña humana. Las pruebas se acumulan en tu contra.

—No me llames pequeña humana.

—Perdóname, pequeña mestiza.

Gruñí, y sus labios volvieron a curvarse con una sonrisa perversa. Tal vez en otra vida, Alex y yo podríamos haber sido amigos, porque parecía un tipo relajado y con sentido del humor. No era tan rígido como el Beta.

—Puedo explicar por qué estoy aquí. —Miré a Damian con furia y frustración—. Eso si te sacas la cabeza del culo y me escuchas. ¿Cómo puedes ser tan terco como tu alfa? Hacéis un equipo terrible.

De nuevo, Alex se echó a reír. Incluso el tipo extraño sonrió, provocando otra mirada letal de Damian. Ya no me importaba lo aterrador que fuera su ceño fruncido. Estaba harta de que no me escucharan.

—Guarda tus explicaciones para el Alfa —dijo Damian.

—¿Quieres decir, Adam? Apuesto a que, si grito, saldrá. Descubrirá que has estado merodeando por su casa.

La ira brilló en los ojos de Damian.

—Adelante, hazlo, Sydney. Tenía ganas de pelearme con esos tipos. Los mataremos y quizá te matemos a ti después.

—Damian —dijo Alex—. Sigue siendo la compañera del Alfa Cole.

—La rechazó. —Damian me miró fríamente—. No le importará si elimino una posible amenaza para nuestra manada.

Aquel recordatorio hizo que mi bravuconería se desmoronara. Me costaba incluso soltarle mi sarcasmo habitual a Damian. Me quedé allí de pie y abracé el dolor causado por la herida emocional que Cole me había infligido.

—Si no grito y no llamo la atención de Adam, ¿qué pasará r? —Mi mirada se clavó en la de Damian, y creo que vi la sorpresa parpadear en sus ojos.

Después de mirarme de arriba abajo como si me estuviera evaluando, en sus ojos brilló algo parecido a la aprobación.

—Te llevaré con Cole y le explicarás qué haces aquí —me dijo.

—Para lo que servirá —murmuré—. Bien, hazme prisionera y arrástrame hasta tu Alfa, para que vuelva a acusarme de cosas de las que no soy culpable.

No estaba deseando tener otro enfrentamiento con Cole. A este paso, nunca conseguiría ayuda de los cazadores y estaría muerta antes de cumplir veinte años.

Capítulo 16

Sydney

Una vez más, me escoltaron hasta el Alfa como a una prisionera. Sólo que esta vez no me llevaron al recinto de la manada, lo que me alivió un poco porque no quería enfrentarme a toda una manada de lobos furiosos y desconfiados. En cambio, me llevaron a las oficinas de Cole.

Con hombres a cada lado, me llevaron al ascensor. Damian se quedó en el recinto de Adam para vigilar mientras Alex y el otro tipo me llevaban con Cole. En el ascensor, exhalé un suspiro largo y cansado.

—¿Estás bien? —preguntó Alex.

Mi respuesta no fue inmediata, ya que no esperaba preocupación por parte de ninguno de los hombres de la manada de Guardianes de la Luna. Todos parecían empeñados en creermelo culpable de conspirar contra ellos. Cuando miré a Alex, parecía genuinamente preocupado, así que respondí:

—Teniendo en cuenta que me han vuelto a hacer prisionera y que me llevan ante un Alfa que me desprecia, no, no estoy bien.

Alex frunció el ceño.

—No eres una prisionera. Si lo fueras, te esposarían y te meterían en una celda del recinto.

—¿Tenéis vuestra propia prisión?

—Somos una comunidad autosuficiente. Por supuesto, que la tenemos...

—Ehh. —El otro tipo, que no había pronunciado una palabra desde que lo vi en el aparcamiento fuera del edificio de Adam, le dio a Alex una mirada de advertencia.

—Oh, vamos. —Alex puso los ojos en blanco—. No voy a divulgar información ultrasecreta de hombres lobo.

A pesar de mi irritación, solté una risita.

—No hay necesidad de complacer al enemigo —dijo el hombre.

—Por fin habla —musité—. Y no soy un enemigo. —Sentí que lo había repetido por enésima vez desde que los conocí. Estudiando al otro hombre con curiosidad, dije—: Conozco a Damian, Alex, y recuerdo a Stephan. ¿Cómo te llamas?"

Se limitó a fulminarme con la mirada antes de mirar hacia delante.

—Se llama Nic, diminutivo de Dominic —ofreció Alex.

Dominic apretó la mandíbula y dirigió a Alex otra mirada letal. Fruncí los labios para ocultar mi diversión. Cuando llegamos a la planta veintiuno, las puertas se abrieron y mi diversión desapareció.

—¿Alex? —Me miró—. ¿Voy a salir viva de aquí?

Sus cejas se juntaron.

—Por supuesto, no somos ese tipo de lobos...

—Cállate, Alex —le advirtió Dominic. Me dirigió una mirada feroz que rivalizaba con la de Damian—. Eres una amenaza, Sydney. Compañera del Alfa o no, serás tratada como tal.

Tragué saliva y salí del ascensor tras ellos, temblando. Cuando llegamos al despacho de Cole, ya me había preparado para lo que pudiera ocurrir. Frente a la puerta cerrada, miré a Alex con tristeza, deseando poder hablar con él a solas. Parecía el tipo de persona que respondería libremente a mis preguntas, a diferencia de los demás, tan herméticos con todo. Me miró con simpatía antes de llamar a la puerta.

—Traedla.

La voz de Cole me hizo respirar hondo. Así que sabía que me habían traído. ¿Por qué no podía odiar a ese hombre? Me había hecho pasar por tantas cosas y, sin embargo, seguía sintiendo mariposas en el estómago cuando oía su voz. Molesta conmigo misma, fruncí el ceño, y así fue como Cole me vio cuando se abrió la puerta.

Estaba sentado detrás de su escritorio, con aspecto de jefe de su imperio. Nuestras miradas se

cruzaron y mantuve mi expresión amarga. Cole levantó una ceja durante nuestro acalorado concurso de miradas. No sabía si le hacía gracia o le molestaba.

Alex me hizo un gesto para que entrara en el despacho y entré de mala gana.

Cuando Alex se dio la vuelta, me entró el pánico, pero lo contuve.

—Espera. ¿No te quedas? —No le dediqué ni una mirada a Dominic. Por mí, que se fuera, porque estaba claro que yo no le gustaba. Pero Alex había sido decente todo el tiempo y me sentiría más cómoda si se quedaba.

—No, voy a volver para reunirme con Damian...

—Por dios, Alex, deja de contarle cada maldita cosa —soltó Dominic—. Es una cazadora, por el amor de Dios.

—No soy una cazadora —dije, aunque estaba segura de que mis palabras no significaban nada.

Alex le puso los ojos en blanco a Dominic.

—Lo siento, Syd, no me quedo.

—¿Syd? —Cole estudió a Alex con la mirada entrecerrada—. ¿Ahora le pones apodos?

Alex soltó un suspiro y murmuró:

—Mierda. De eso nada. No sé por qué la he llamado así...

Mi mirada pasó de él a Cole, cuyo comportamiento se había vuelto más frío. Centrándome en Alex, dije:

—Prefiero que te quedes, por favor. —Tal vez si el Alfa me sentenciaba a muerte, él defendería mi caso—. No me dejes. “A solas con el Alfa”, añadí en silencio.

Prácticamente podía sentir cómo la tensión aumentaba hasta convertirse en algo siniestro. Alex y Dominic se quedaron inmóviles a mi lado. Creo que ni siquiera respiraron. Confundida, miré a cada uno de ellos. Dominic tenía una expresión controlada, pero observaba a Cole con atención. Los ojos de Alex se habían abierto un poco y se alejó un par de pasos de mí.

Cuando volví a mirar a Cole, comprendí el repentino cambio en la habitación. Sus ojos estaban

fijos en Alex, pero no brillaban como el amarillo que había visto antes. Eran de un rojo letal, que me pareció fascinante. Jadeé, temiendo que atacara a Alex. ¿Por qué?

—No es lo que piensas, Alfa —dijo Alex, mirándome y volviendo a mirar a Cole con recelo.

—¿Qué? —pregunté.

—Nos vamos —dijo Dominic, agarrando el brazo de Alex para apartarlo.

Perpleja, vi a los dos desaparecer por encima de mi hombro. Cuando me di la vuelta, me encontré con una furiosa mirada azul. Cole se había levantado de su escritorio.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunté, olvidando momentáneamente que podría estar enfrentándome a un castigo por absolutamente nada.

—Te gusta Alex. —No era una pregunta. Había algo amenazador subrayado en la afirmación.

—Bueno, sí. —Inhaló y su mandíbula se tensó—. Porque es mucho más amable conmigo que con el resto de vosotros —le expliqué. Mirándole con suspicacia, y le pregunté—: Espera, ¿estás celoso? —¡No podía ser!

Su mirada se apartó de la mía y casi me morí de asombro. Joder, estaba celoso.

—Siento que Alex es el único que no me desprecia —le dije—. Él y Violet.

Cole volvió a mirarme. Parecía que quería decir algo, pero se contuvo. Cansada de revolverme en el incómodo silencio, murmuré:

—No me interesa Alex así, aunque si me interesara, no entiendo por qué te importaría.

Tomó aire, me miró molesto y me dijo:

—Siéntate.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, miré con desconfianza el sofá que él señalaba con la cabeza.

—De ninguna manera. No voy a facilitarte que...

—¿El qué?

Levanté la barbilla y le sostuve la mirada.

—Sé que Damian te llamó y te dijo dónde me encontró. Debes haber llegado a la misma conclusión que él. Me habéis asociándome con el enemigo, así que debo ser la mala. Estoy aliada con cazadores y tu manada rival. Me han traído aquí para que "trataras" conmigo. Esto no es una conversación íntima entre amigos. Prefiero quedarme aquí junto a la puerta. —En caso de que tuviera que huir de su ira.

Cole enarcó una ceja.

—Si quisiera hacerte daño, no estarías aquí en mi despacho.

Eso era lo que había supuesto cuando me trajeron aquí. Aun así, no iba a bajar la guardia.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí?

—Para hablar. Vas a decirme por qué ibas a ver a Adam Blackwell.

Resoplé para mis adentros. La pura arrogancia.

—No es asunto tuyo.

—Quiero oír tu explicación. —Se apoyó en el escritorio y cruzó los brazos sobre el pecho—. Intento ser justo, como lo sería con cualquier miembro de mi manada.

—No soy parte de tu manada. —Todavía me escocía el haber sido rechazada—. No te debo ninguna explicación.

—¿Preferirías presentarte ante los ancianos y el resto de la manada para ser juzgada? Porque te garantizo que no serán tan complacientes como lo he sido.

Eso sonaba como la peor opción posible.

—Has sido complaciente, ¿verdad? Decirme que me perdiera después de pedirte ayuda fue muy *complaciente* de tu parte.

Cole exhaló lentamente como si estuviera armándose de paciencia.

—Admito que no manejé las cosas como suelo hacerlo.

—¿Y cómo es eso?

—Con la cabeza fría. —Le miré fijamente, con los brazos cruzados en señal de desafío—. Tu aparición me desconcertó durante un tiempo.

Su confesión hizo que se me cayeran los brazos a los lados. ¿Qué estaba pasando aquí? Estaba acostumbrada a que me gruñera y me dijera que me fuera.

—Siéntate, Sydney.

La autoridad de acero de su tono me hizo querer escucharle. Pero me lo había hecho pasar tan mal que quería devolverle el favor.

—No me des órdenes.

Emitió un sonido entre risa y gruñido.

—¿Quieres que hablemos o no?

—¿Siempre consigues lo que quieres? —resoplé. Sus labios se movieron ligeramente.

—Generalmente.

Poniendo los ojos en blanco, me acerqué al sofá y me senté.

—¿Quieres algo de beber?

Enarcando una ceja, examiné la habitación, tomando nota del minibar, la nevera y la cafetera.

—No. ¿Desde cuándo eres tan amable conmigo?

—Desde que me di cuenta de que podría haber sido injusto contigo, al no tomarme el tiempo para escucharte.

—Así, de repente, ¿estás seguro de que no estoy trabajando con cazadores?

—Todavía no estoy seguro, pero por lo que he oído y visto, no has estado en contacto con nadie desde que estás aquí.

—¿Cómo...? —Jadeé—. ¡Me has estado vigilando! —La paranoia de sentir constantemente que

me seguían tenía sentido ahora.

—Que rápido captas. Eso me gusta.

Intenté que su pequeño cumplido no me emocionara.

—Entonces, ¿a quién le diste la tarea de acecharme?

—A veces yo o Damian, pero sobre todo Alex.

Apretando los dientes para contener mi irritación, me encogí de hombros.

—No tengo nada que ocultar. Te he estado diciendo la verdad todo el tiempo.

—Has estado intimando con Adam.

—Eso suena muy parecido a una acusación, y no me gusta. —Lo fulminé con la mirada—. Y entablar una conversación cortés con alguien no es "intimar". —Ya que Cole por fin me daba la oportunidad de hablar, podía contárselo todo—. Contemplé la idea de que Adam me ayudara con mi problema del cazador. Cuando mencionaste que era un alfa, pensé que tal vez sería lo suficientemente fuerte o tendría los recursos para protegerme de ellos. Te negaste a ayudarme, así que busqué otra solución. —Me encogí de hombros—. El instinto de conservación entró en acción. Yo sola no tengo ninguna posibilidad contra los cazadores, ni contra nadie.

Me estudió atentamente, como si intentara leerme, y esperé que esta vez viera mi sinceridad.

—Si acudir a tu rival en busca de ayuda después de haberte negado es un pecado tan grande, entonces, —Extendí los brazos—, elimíname. Matarme podría ser lo más amable que puedes hacer por mí en este momento —refunfuñé.

Los ojos de Cole se abrieron un poco y me pareció ver un destello de culpabilidad en ellos. Pero no dijo nada. Por supuesto, seguía sin creerse que le hubiera dicho la verdad. Frustrada, me puse de pie de un salto.

—¿Sabes qué? Estoy harta de esto. O me matas o me dejas en paz, Cole. Necesito concentrarme en un plan de huida si ese cazador me encuentra. No tengo tiempo para defenderme constantemente de ti. Por cierto, voy a necesitar esa daga que Damian me quitó. No tengo ni idea de cómo usarla, pero al menos tendré algo con lo que intentar defenderme. —Cuando Cole siguió mirándome sin decir palabra, resoplé—. Está claro que sigues pensando que miento.

Ladeó la cabeza y afirmó con calma:

—Eres libre de irte.

Me quedé helada.

—¿Cuál es el truco?

—Mantente alejada de Adam Blackwell.

—¿Sabes qué? Creo que voy a alejarme de los hombres lobo por completo. ¿Contento? —
Levantó un hombro en respuesta—. Entonces, ¿eso es todo? —pregunté—. ¿Vas a dejar que me vaya?

Asintió con la cabeza.

—Te llevo.

Mis ojos se entrecerraron hasta convertirse en rendijas. Sabía que su generosa oferta era una treta para seguir vigilándome porque seguía sospechando. Totalmente irritada, bromeé:

—Bueno, es lo menos que puedes hacer, teniendo en cuenta que me has secuestrado.

Sus labios se levantaron ligeramente en una sonrisa sardónica.

—Después de ti, Sydney. —Señaló la puerta.

Capítulo 17

Sydney

Abrí la puerta del coche y salí del asiento delantero, aliviada por haber escapado. El trayecto hasta mi apartamento había sido dolorosamente incómodo porque no tenía ni idea de qué decirle a un hombre que estaba convencida de que me odiaba.

—Gracias por traerme —murmuré y me fui hacia el edificio.

Unos pasos resonaron detrás de mí y suspiré irritada. Lo último que quería era que Cole entrara en mi espacio personal.

—¿Por qué tanta prisa, Sydney? ¿Estás ansiosa por volver corriendo a casa de Adam?

Respirando hondo para contener cualquier réplica displicente, dije:

—En absoluto. Estoy cansada y me gustaría dormir un poco. —Por supuesto, sabía que eso no iba a suceder. Preocuparme por ser cazada me tenía en vilo todo el tiempo. Dormir era un recuerdo lejano.

—¿Así que no me vas a invitar a entrar?

Me detuve bruscamente y me giré para fulminar a Cole con la mirada, pero me quedé boquiabierta porque casi chocamos. Con sólo un pelo de distancia entre nosotros, mi ingenio se desvaneció de inmediato. Con las mejillas encendidas, di un paso atrás.

—Hasta donde sé sólo me has ofrecido traerme a casa para vigilarme —Le dije—. Pero no hay necesidad de que entres.

Esos fríos ojos azules estaban fijos en mí, y era desconcertante.

—¿Tienes algo que ocultar, Syd?

—No me llames así —espeté.

—No te quejaste cuando Alex te llamó así.

—Sólo la gente que me gusta puede llamarme así.

Algo parecido al arrepentimiento parpadeó en sus ojos, lo que me dejó confusa. Sus sutiles reacciones de remordimiento me desconcertaban a veces, porque no parecía tener problemas para ser cortante con sus palabras.

Pasándome los dedos violentamente por el pelo, suspiré, y sonó a pura frustración.

—¿Sabes qué? Ven y registra cada centímetro de mi apartamento si eso te hace sentir mejor. — Sin esperar su respuesta, me giré y me marché escaleras arriba. Pasando por alto el ascensor que seguía fuera de servicio, me dirigí a la escalera con Cole pisándome los talones.

A mitad de camino hacia el quinto piso, preguntó:

—¿Estás cómoda?

Miré por encima del hombro con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—Aquí, en tu apartamento.

—Um... claro...

—Bien.

Subí el resto de la escalera y me pregunté por qué me había preguntado eso. No pensé que le importara mi comodidad. En mi piso, mientras caminábamos hacia mi puerta, le pregunté:

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué te importa?

—A pesar de lo que piensas, no soy un completo monstruo —dijo.

Mordisqueándome el labio inferior, contemplé sus palabras. Supuse que no. Por fin se había

tomado la molestia de escucharme esta noche, y no se había enfadado conmigo como yo pensaba después de que me atraparan en el campamento enemigo. Había sido educado desde que me llevaron a su despacho. Además, lo que dijo Macy de que ayudaba a la gente gratuitamente aún permanecía en mi mente.

—Me gusta estar aquí. —Era una locura que hubiera conseguido este sitio a un precio que me puedo permitir—. Cuando comencé a buscar al principio, el alquiler estaba por las nubes, y no encontraba ningún otro sitio. Volví a regañadientes y, milagrosamente, el alquiler se redujo a la mitad. Más de la mitad, en realidad.

—Lo sé —dijo.

—¿Perdón?

Me lanzó una mirada fugaz mientras seguíamos por el pasillo.

—Sabía que le habías echado el ojo a este sitio, y tuve una charla con el casero. Aceptó mis condiciones.

Mi mandíbula prácticamente rozó las baldosas.

—Tú... ¿cuándo... qué términos?

—Que me haría cargo de la mayor parte del alquiler —dijo despreocupadamente.

Me detuve en seco y me quedé boquiabierta.

—¿Qué?

Suspirando, se detuvo también y se volvió hacia mí.

—Mira, no le des demasiada importancia. No soy un cabrón tan insensible como para rechazarte como compañera y tenerte viviendo en la calle o en un barrio inseguro. Quería asegurarme de que tuvieras un lugar decente donde vivir hasta que te investigara a fondo. Eso no significa que esté interesado en ti, así que no te emociones.

Levanté la mandíbula del suelo y solté una carcajada sin gracia.

—Justo cuando empezaba a pensar que no eras un capullo integral, vas y me demuestras que lo

eres. No te preocupes, Cole. No hay emoción por mi parte. Gracias por la ayuda financiera. Sin embargo, me mudaré de este lugar tan pronto como pueda ahora que sé que tuviste algo que ver en que me lo dieran.

—No seas tonta —me dijo—. Es lo menos que puedo hacer... a menos que consiga pruebas concretas de que eres tan traicionera como tus padres, claro.

Puede que no conociera a mis padres biológicos, y no importaba que fueran supuestos traidores. Aun así, me sentí insultada. Lo que más dolía era que Cole me pusiera en la categoría de traidor. Nunca conseguiría que me viera de una manera distinta, y eso era deprimente. Tras un profundo y apenado suspiro, continué hacia mi puerta y saqué la llave del bolsillo.

—Sydney...

Le miré, esperando que la luz del pasillo fuera demasiado tenue para que viera mis ojos brillantes llenos de lágrimas. Entonces recordé que probablemente tenía una vista muy aguda.

—Ha sido un golpe bajo —dijo.

Era sorprendente verle parecer y sonar compungido por cualquier cosa que me concerniera.

—Sí, tirarme a la cara a mis padres muertos es bastante bajo.

—Yo...

—No importa. Acabemos con esto para que puedas irte.

En cuanto empujé la puerta para abrirla, esa sensación de peligro inminente que había empezado a experimentar desde que se despertó mi lobo me golpeó en el pecho. Sin embargo, parecía que Cole iba mucho más adelantado que yo en ese aspecto, porque antes incluso de que identificara la amenaza, nos hizo girar, protegiéndome de algo. Su silbido de dolor me hizo estremecerme sin saber exactamente qué había pasado.

Se dio la vuelta y soltó un gruñido mientras sacaba algo de su omóplato izquierdo. Jadeé al ver la hoja manchada de sangre. Era idéntica a la que le había robado al cazador.

—Oh, no —susurré. Fue entonces cuando vi al hombre en mi apartamento. Antes de que pestañeara, Cole se abrió paso hasta mi salón y tenía al intruso agarrado por el cuello.

—¡Cole! —Instintivamente jadeé cuando unos dedos me rodearon el cuello.

Se dio la vuelta sin dejar de sujetar al intruso. Sus fosas nasales se encendieron y sus ojos enrojecieron al ver mi situación.

—Déjalo ir, o ella está muerta. —La voz familiar me produjo escalofríos. Desde mi periferia, vi el rostro lleno de cicatrices que había sido la fuente de muchas de mis pesadillas. Era el cazador que me había atacado en mi habitación del motel semanas atrás.

—Hola, mestiza, nos encontramos de nuevo. No pensabas que podrías huir de mí para siempre, ¿verdad?

Mi respuesta fue un sonido estrangulado. No, no lo pensaba. Sabía que este día llegaría.

Cole soltó al otro cazador, con la mirada clavada en la mano que me exprimía la vida.

—Suelta el cuchillo —me ordenó mi captor.

El cuchillo que Cole había sacado de su espalda cayó al suelo. Aunque me costaba respirar y la vista se me nublaba, me preocupaba el alcance de su herida. La culpa me punzaba porque aquella hoja estaba destinada a atravesarme el corazón. Cole me había salvado la vida.

—Cuando encontré a mi media loba fugitiva, no esperaba conseguir también un Alfa —dijo con regocijo el cazador que me estrangulaba—. Este es un regalo inesperado.

—Seguro —murmuró Cole. Mantuvo la calma, pero vi la preocupación en sus ojos. Supongo que vio lo cerca que estaba de perder el conocimiento—. Como has dicho, tienes un Alfa. Deja ir a la chica.

—Ni hablar —dijo el cazador—. Esta vez no se me va a escapar.

Los iris de Cole volvieron a parpadear con ese extraño rojo y un gruñido retumbó en su pecho. Miró al cazador que tenía agarrado y luego al que me sujetaba a mí.

—Dos abominaciones eliminadas en una noche. Yo llamo a esto una gran victoria. — Mi captor sacó un cuchillo y lo colocó sobre mi pecho. Luchando por mantenerme consciente, dirigí una mirada de disculpa a Cole. Había sido culpa mía.

Antes de que se me cerraran los ojos, vi cómo la hoja que se cernía sobre mi corazón se hundía,

pero no llegó a conectar. No sentí un dolor punzante en el pecho. Oí un ruido sordo y los dedos que me rodeaban la garganta se aflojaron. Me tiré al suelo, tomé aire y tosí. Cuando abrí los ojos, me sorprendió ver a uno de los cazadores sin vida en el suelo con un charco de sangre extendiéndose a su alrededor. A mi derecha, Cole tenía al otro pegado a la pared y había tomado el control del arma que empuñaba. Me sorprendió lo rápido que se movía. La punta de la hoja casi cortaba la garganta del hombre cuando estalló un único sonido parecido a un trueno.

El cuerpo de Cole se sacudió y murmuró un improperio. Inspiré, temiendo que cayera al suelo en cualquier momento, pero se mantuvo en pie. Sin embargo, la herida fresca infligida por lo que supuse que había sido un disparo le hizo perder el control sobre el cazador. Después se desató el infierno. Una de mis ventanas se hizo añicos y otros dos hombres vestidos completamente de negro entraron corriendo en mi apartamento.

—Sydney, corre —gruñó Cole.

Sacudí la cabeza.

—No voy a dejarte.

—¡Vamos! —La orden salió más como un gruñido animal, y me impulsó a la acción.

Me puse en pie y apunté a la puerta. Miré hacia atrás y vi a un enorme lobo blanco saltar sobre mi café. La mandíbula del lobo se cerró alrededor del brazo de un cazador, que tenía un arma apuntando en mi dirección. El hombre aulló de dolor y soltó el arma. Mientras corría, oí golpes y más gruñidos de dolor. Seguro que alguien oyó el alboroto y llamó a la policía. Pero entonces todo se detuvo.

Me detuve y me volví hacia mi apartamento.

—No puedo dejarle —susurré. ¿Y si Cole hubiera resultado herido? No podía enfrentarse a tres cazadores. Volví corriendo a la puerta, entré y cogí el arma que tenía más a mano. Por desgracia, resultó ser una lámpara barata y endeble que encontré en un mercadillo. Respirando hondo y armándome de valor, salté a la vuelta de la esquina, con el arma preparada.

Mi brazo cayó a mi lado mientras contemplaba la escena. Cole estaba en medio de la habitación, salpicado de sangre. Tres hombres yacían inmóviles en el suelo empapados de sangre. Me quedé boquiabierta. Era una masacre. Cole miró por encima de su hombro con el ceño fruncido.

—Maldita sea, Sydney, te dije que corrieras."

—Yo... he vuelto para ayudarte.

Sus cejas se alzaron.

—¿Con eso? —Miró la lámpara.

Con el calor llenándome las mejillas, me encogí de hombros.

Suspirando, se dio la vuelta y me di cuenta de que no llevaba absolutamente nada. Estaba desnudo.

—¡Guau! —Aparté rápidamente la mirada. El fuego de mis mejillas se extendió al resto de mi cara y mi pecho. Vi su camisa y sus pantalones que ahora estaban hechos jirones en el suelo.

Resopló.

—¿Qué, pensabas que mágicamente tendría ropa cuando cambiara de nuevo?

—Realmente no tengo ni idea de cómo funciona —dije, luchando contra el impulso de echarle otro vistazo.

—Vamos —anunció, recogiendo lo que quedaba de su ropa—. Tengo ropa extra en el coche.

—¿Vas a bajar las escaleras así?

—Por supuesto que no. —Se dirigió al dormitorio por donde los cazadores habían entrado por una ventana—. Vamos a bajar por la escalera de incendios.

Le seguí, observando los cuerpos.

—Sólo hay tres de ellos.

—El otro se ha escapado. Es rápido. Hábil.

—Lo sé. —Suspiré—. Y va a por mi cabeza. Estoy tan jodida.

Cole se detuvo y se volvió para apoyarme las manos en los hombros. Su intensa mirada me tenía cautiva, así que no pensé en avergonzarme por su desnudez.

—No lo estás —aseguró—. Siento no haberte creído antes. No dejaré que te toquen, Sydney.

Al instante, el alivio me inundó y ya me sentía más segura.

Capítulo 18

Sydney

—¿Cómo te sientes después de la pequeña riña en tu apartamento?

Dejo mi taza de chocolate caliente y miro boquiabierto a Damian.

—¿Una pequeña pelea? ¿En serio?

Se encogió de hombros. Me burlé.

—Fue una masacre. Había sangre por todas partes.

Asintió con la cabeza.

—Yo formaba parte del equipo de limpieza. Me sorprendió un poco porque Cole suele matar con menos pompa y circunstancia, pero sospecho que perdió los estribos, lo cual es comprensible.

—¿En serio?

—Sí. Los cazadores fueron tras su pareja. Eso desordena la cabeza de un lobo, los vuelve un poco locos.

—No soy su pareja —dije.

Levantó las cejas.

—Ajá. Además, los cazadores mataron a sus padres. La forma en que destrozó a esos tipos en tu salón gritaba venganza. Aunque todavía no ha encontrado al cazador responsable. Supongo que le complace acabar con cualquier cazador.

Sacudiendo la cabeza, estudié a Damian. Hablaba despreocupadamente de la sangre y las vísceras como si estuviéramos hablando del tiempo. Tenía los pies apoyados en la mesa central del salón de Cole mientras consultaba su teléfono móvil.

—Estáis todos locos —murmuré.

—Bienvenida al mundo cambiaformas. Hablando de locos. —Levantó la vista—. He oído que volviste corriendo a la batalla para salvar al Alfa con una lámpara. —Sus labios se crisparon, y perdió la lucha por contener su diversión. Soltó una risita y luego estalló en carcajadas.

Atónita, vi reírse al hombre que había infundido un poco de miedo en mi corazón con su mirada letal. Hay que reconocer que todo aquello era cómico. Sonreí.

—Sí, llevar una lámpara a una pelea de hombres lobo era una locura.

Se rio más fuerte.

—Eres valiente, Sydney. Lo reconozco. —Cuando se calmó, dijo—: Sabía que había una razón por la que me caías bien.

—¿En serio?

Se encogió de hombros.

—Te ganaste mi respeto con tu valentía la primera vez que nos vimos. —Sus ojos se entrecerraron hasta convertirse en rendijas—. Un consejo, pequeña mestiza, ese tipo de bravuconadas harán que te maten.

Resoplé.

—Vaya, gracias. —Cogí mi taza y tomé unos sorbos más de mi bebida caliente. Estaba acurrucada en el sofá frente a Damian, que no me había perdido de vista en tres días. Cole los tenía a él, a Alex y a Dominic turnándose como niños, ya que él tenía que ir a su oficina más el complejo de la manada, todos los días. Me sentía mal añadiéndome a su lista de responsabilidades, pero me sentía mucho más segura en su lujoso apartamento del último piso que en el mío.

—Si te agrado, ¿por qué me has tratado tan horriblemente? —le pregunté.

Colgó el teléfono y me clavó esa mirada letal que yo conocía bien.

—Porque, aunque me gustaba tu espíritu, eso no significaba que no acabaría contigo si resultabas ser una amenaza para mi familia.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—Pero, como tú no lo eres, todos estamos bien. —Sonrió—. ¿Verdad, Syd?

Le miré con cautela. Damian era tan voluble. Sin embargo, al ver otra faceta suya en los últimos días, estaba bien. Su lealtad a Cole y a la manada era increíble.

—Bien.

En ese momento se abrió la puerta y Cole entró. Su mirada se centró inmediatamente en mí. Mi estado de relajación se fue por la ventana. No sabía cómo comportarme con él. Me rechazó, me rompió el corazón y ahora vivía en su espacio personal. A veces me preguntaba si odiaba tenerme aquí, teniendo en cuenta que no le gustaba mi condición de mestiza. Sin embargo, era un hombre decente, como había aprendido, y no me abandonaría a mi suerte después de saber que no era su enemiga. Estábamos en una situación incómoda.

—Parece que no tendré que hacer de canguro el resto de la noche —dijo Damian, levantándose.

Poniendo los ojos en blanco, le dije:

—Gracias.

Sonrió satisfecho y se dirigió a la puerta.

—Nos vemos, Cole.

—Claro.

Cuando nos quedamos los dos solos, apareció esa energía miserable e incómoda. La odiaba.

—Le caes bien a Damián —afirmó—. Eso no pasa con cualquiera.

Me encogí de hombros.

—Lleva días pegado a mí durante horas. Tenía que empezar a caerle bien en algún momento.

Esbozó una sonrisa tensa y se encogió de hombros para quitarse la chaqueta.

Hasta ahora, había conseguido caer bien a algunos miembros de la manada de Guardianes de la Luna. Parecía agradales a Violet, Damian y Alex. Incluso Dominic se había suavizado un poco

conmigo. Sin embargo, el Alfa era difícil de convencer. No me había dado ninguna señal de que *le gustara*.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Bien. ¿Y tú? ¿Un día ocupado?

—Estoy bien, y sí, como siempre. Llevar una manada y a la vez mantener un negocio legal puede volverse algo frenético y agotador.

Me había contado que fue idea de su padre fundar Guardianes de la Luna, Seguridad Privada, para mantener una fachada humana legítima. La empresa apenas había despegado cuando su padre fue asesinado. Cole había asumido las funciones de Alfa y director general y había conseguido dirigir la empresa hacia un éxito increíble.

Su motivación era inspiradora, y comprendí mejor por qué era siempre tan severo y estoico. Tenía muchas responsabilidades. Cuidaba de todos. ¿Pero quién cuidaba del Alfa?

Me sorprendió mientras lo analizaba y me preguntó:

—¿Qué?

—Nada. Yo... te he hecho la cena si te interesa. Es lo menos que puedo hacer por tu generosidad.

—Tal vez podría cuidar de él hasta cierto punto mientras vivía en su espacio.

Cole no respondió inmediatamente. Se limitó a mirarme con una expresión ilegible. Pensé que rechazaría mi oferta y me preparé para recibir una nueva humillación, pero asintió y dijo:

—Me interesa, pero sólo si me acompañas.

—Por supuesto.

Quince minutos después, estábamos sentados uno al lado del otro en la mesa de la cocina, disfrutando de unos espaguetis a la boloñesa.

—Esto está bueno —dijo Cole. Fue lo único que dijo después de unos diez minutos. No era muy hablador.

—Gracias. Es uno de los pocos platos que me enseñó mi tía. No soy la mejor cocinera, pero me

destaco haciendo café.

Cole esbozó una sonrisa sincera que le llegó a los ojos. Era un espectáculo increíble, teniendo en cuenta que no lo hacía mucho. Sus rasgos se relajaron y parecía más joven, incluso despreocupado.

—¿De verdad? Tendré que poner a prueba tus habilidades —dijo—. La máquina de café está ahí para cuando quieras. —Señaló la máquina de café expreso de lujo.

Mi sonrisa casi me partió la cara en dos porque estábamos charlando y no era una situación incómoda. Aunque nunca me reclamara como su compañera, tal vez había esperanza de que pudiéramos ser amigos. Aunque, ser amigo de mi compañero predestinado sonaba a mucho sufrimiento emocional.

Dejando a un lado los pensamientos negativos, le compartí:

—Trabajé en una cafetería en Nebraska a tiempo parcial para ayudar a pagar mi matrícula. Con un poco de suerte, podré volver a estudiar. Por supuesto, tendré que hacer horas extras en Dupart's Diner para ahorrar suficiente dinero.

—Puedes volver a estudiar cuando quieras —me dijo—. No te preocupes por la matrícula.

—No podría aceptar tanto dinero de ti.

Me miró.

—¿Por qué no? He financiado la educación de muchos miembros de la manada.

—No sería apropiado. No estamos... —"Juntos"—. No soy un miembro de tu manada.

Debió de oír el abatimiento que intenté ocultar en mi voz porque suspiró pesadamente. Dejó el tenedor y se volvió hacia mí.

—Realmente no hemos hablado desde que estás aquí.

—Estás ocupado, y lo entiendo.

—Mira, Sydney, por mucho que ahora sepa que eres inocente, no...

—La manada aún no me acepta. Eso también lo entiendo. —Se me iba el apetito y empujaba la

comida de un lado a otro en el plato—. A pesar de que ya no me odias —al menos eso espero—, no puedes obligar a los demás a aceptarme.

—Nunca te odié. Te rechacé porque realmente pensé que eras una amenaza para mi gente y para mí. No debí asumir que eras culpable por asociación. No tienes nada que ver con lo que hicieron tus padres. Por eso, te pido disculpas.

—No pasa nada.

Frunció el ceño.

—Todavía no puedo reclamarte abiertamente. No sólo eres mitad hombre lobo, sino que la reputación de tus padres ha puesto las cartas en tu contra. Ninguno de los miembros de la manada te aceptará como su Luna.

Nada de lo que me dijo era información nueva, pero aun así me dolió. Anhelaba ser aceptada, tener una familia. Quería que me dejaran entrar en la manada de los Guardianes de la Luna.

—Ya lo sé —susurré. Mirándole fijamente, le pregunté—: ¿Insinúas que quieres reclamarme?

Nuestras miradas se cruzaron y esperé su respuesta con la respiración contenida. Si decía que sí, sería un bálsamo para la herida abierta y sangrante de rechazo que tenía en el corazón.

—Yo... Sydney... —Se pasó una mano por la cara—. No importa lo que yo quiera.

Exhalé, aceptando el mordisco de mi decepción.

Esa noche, me senté en mi habitación —un dormitorio de invitados en casa de Cole— y me quedé mirando por la ventana. La pintoresca vista de la ciudad desde tan alto era reconfortante. Me perdí tanto en lo bonitas que se veían las estrellas sobre el fondo del cielo oscuro que di un respingo cuando tocaron a la puerta.

Me levanté de la cama y corrí hacia la puerta. Cole estaba al otro lado, sosteniendo mi mochila.

—Hola —saludó.

—Hey.

—Me había olvidado esto en mi coche. Pasé por tu apartamento para cogerlo. —Levantó la bolsa, ofreciéndomela.

Lo cogí, respiré aliviada y lo apreté contra mi pecho.

—¿Cómo sabías que la necesitaba?

—Prácticamente ha estado pegada a tu persona desde que te conocí.

Me río.

—Cierto.

—Como te prohibí volver a tu apartamento, había pensado en traértelo. Parecía importante para ti.

—Así es. —Dentro estaba la cajita con los recuerdos que me recordaban a mi madre y a mi tía Lydia—. Gracias, es muy amable por tu parte.

Asintió y echó un vistazo a la habitación.

—¿Está bien la habitación? Si necesitas algo...

—Todo va bien —respondí un poco bruscamente. No es que fuera desagradecida o que no quisiera verle. Su proximidad no dejaba de recordarme que nunca me vería más que como alguien a quien se sentía obligado a ayudar.

Se metió las manos en los bolsillos y se balanceó sobre sus talones. No era frecuente ver a Cole inseguro ante nada.

Para calmar el incómodo silencio, pregunté.

—¿Cómo están tus heridas?

—Estoy casi completamente curado.

Había dicho que las armas que usaba el cazador estaban hechas de un tipo especial de plata que podía herir de muerte a la mayoría de los metamorfos. Si alcanzaban órganos vitales, el metamorfo podía morir. Cole dijo que su proceso de curación tardó más de lo normal debido a la plata.

—Eso está bien.

—Menos mal que ese cazador no tenía buena puntería. —Sus ojos brillaron con humor.

Inspiré repentinamente.

—Dios mío, ni siquiera bromees con eso. —Ver cómo lo apuñalaban y le disparaban aún me atormentaba.

Su suave risita sonó extraña viniendo de él. Pronto, su sonrisa se convirtió en un ceño fruncido.

—Debería disculparme por lo de antes...

Suspiré.

—Por favor, no lo hagas. Tenías razón. Tu manada es lo primero. No tienes lealtad hacia mí, una desconocida, y estoy bien con eso. —Tuve que hacer un esfuerzo extra para mantener mi expresión educada—. Debería dormir un poco. ¿Nos vemos mañana?

Frunció el ceño.

—Claro. —Y se marchó sin dar las buenas noches.

Cerré la puerta, me hundí contra ella y exhalé. Ocultar los intensos sentimientos que sentía por él no era tarea fácil. Todo esto del vínculo de pareja se estaba convirtiendo en un dolor de cabeza... o mejor dicho en un intenso dolor para mi corazón.

Capítulo 19

Cole

—Me odia.

Damian me miró, con las cejas fruncidas.

—¿Quién?

—Sydney. —Dejé escapar un suspiro y me senté de nuevo en la silla del despacho.

—¿Por qué pareces tan molesto por eso? Quien la rechazó fuiste tú.

Justin, mi ayudante, que estaba ocupado tecleando en su portátil, se detuvo para mirarme fijamente, esperando mi respuesta. Los fulminé con la mirada, pero confesé de mala gana:

—Me siento fatal por haberla herido.

Justin se acarició la barbilla.

—¿Estás hablando de la compañera que rechazaste?

Asentí con la cabeza.

—¿Puedo proponer una solución?

—Por supuesto —dije. Aunque Justin tenía cabeza para los negocios y podía resolver casi cualquier problema, que era por lo que le había contratado, dudaba que pudiera ayudarme con mi dilema actual. Era humano. Entendía muchas cosas sobre el mundo sobrenatural porque yo le había enseñado, pero no podía comprender el vínculo entre un Alfa y su manada y el vínculo entre un cambiaformas y su pareja.

—Reclámala —dijo Justin con un resoplido impaciente—. Sencillo.

Damian se rio entre dientes.

—En realidad es bastante complicado —le dije a Justin.

Sacudió la cabeza.

—Por supuesto que sí. Déjame adivinar: ¿Algunas reglas arcaicas dictadas por ancianos estirados hace eones?

—Por ahí van los tiros —murmuró Damian.

—Por eso me ciño a mis asuntos humanos habituales.

—Estás mejor así, amigo mío —asintió Damian.

Los miré a ambos con las cejas levantadas. Mi Beta confiaba nuestro secreto al humano, lo cual era mucho decir, teniendo en cuenta que Damián tenía grandes problemas de confianza.

—Callaros los dos —Les dije.

Justin se levantó.

—Voy a bajar a mi despacho y os dejo con vuestras cosas de cambiaformas. Tengo una reunión en una hora. Os daré todos los detalles después.

Asentí con la cabeza.

—Estupendo. Gracias. —Reunirme con clientes era una tarea menos en mis manos, gracias a mi asistente.

Cogió su portátil y me hizo un simulacro de saludo mientras se dirigía a la puerta.

—Hasta luego —murmuré.

Justin llevaba unos cinco años trabajando para mi empresa. Su lealtad hacia mí como humano era una lección de humildad. Nos conocimos cuando lo rescaté de un nido de vampiros con el que había tropezado. La prometida de Justin fue asesinada por un vampiro. Como nadie le creía, decidió tontamente vengar la muerte de su amante por su cuenta. Por suerte, yo había estado tras el líder de ese mismo nido y salvé su trasero de ser su próxima comida. Desde entonces éramos muy buenos amigos.

—Justin tiene razón, sabes —dijo Damian—. Reclama a tu pareja. Obviamente te mueres por

hacerlo.

—Soy el Alfa, y no funciona así para mí. Si decido reclamar a Sydney, la manada exigirá que renuncie como líder. Tomarían mi acción como una traición.

—Realmente apesta ser tú —tarareó—. Yo también me voy. Le prometí a Sydney que la llevaría de compras.

—¿De compras?

Damian se detuvo en la puerta.

—No te pongas celoso, tío. Es algo completamente inocente. Además, me exigiste que fuera uno de sus guardaespaldas. Sólo hago mi trabajo.

Apreté los dientes.

—No estoy celoso. Hay cazadores tras ella.

—Mira, sé que quieres que permanezca escondida, pero lleva tres semanas volviéndose loca encerrada en tu apartamento. Pensé que no te importaría mucho si la acompañaba personalmente a una salida. La protegeré con mi vida, Cole. Ya lo sabes.

—Lo sé. Sólo me sorprende que ahora la lleves de compras. —Hasta hace poco, no se llevaban bien.

Se encogió de hombros.

—Syd está bien.

Casi hice polvo mis muelas. Todos se acercaban a Sydney menos yo.

—Se acerca su cumpleaños, y dijo algo de que necesitaba un conjunto para una noche de chicas o lo que sea. Yo también haré de guardaespaldas para esa salida, así que no te preocupes.

Me puse más recto.

—¿Su cumpleaños?

—Claro, este domingo.

—No me lo ha dicho. ¿Lo ves? Me odia. —Sydney me había estado tratando con fría indiferencia desde que hablamos durante la cena aquella noche semanas atrás. Tal vez nunca me perdonaría por la forma en que la traté al principio.

Damian negó con la cabeza.

—Nunca pensé que vería el día en que el Alfa se convirtiera en una reina del drama. No creo que te odie.

Miré fijamente a Damian.

—Sabes que, si está celebrando su cumpleaños, lo más probable es que Macy Dupart forme parte de ello, ¿verdad? Se han hecho muy amigas.

A Damian se le fue el color de la cara y sus ojos se abrieron de par en par.

—Joder, no había pensado en eso. Supuse que saldría con Violet. No puedo ir con ellas, Cole. Tendrás que ocupar mi lugar. Yo... —Exhaló un largo suspiro—. Macy me odia.

Enarqué una ceja.

—¿Quién es la reina del drama ahora? —Era increíble cómo el siempre sereno Damian se volvía loco con sólo mencionar el nombre de una mujer. El pobre bastardo probablemente se revolcaba en la culpa todos los días por lo que le hizo a Macy. Me sentía identificado. Supongo que yo también estaba en la categoría de pobre desgraciado.

Frotándose el puente de la nariz, Damian suspiró.

—¿Sabes qué? No pasa nada. No me pasará nada. Qué difícil puede ser cuidar a un par de mujeres durante unas horas.

—Bien...

Se ajustó la chaqueta de cuero, cuadró los hombros y salió.

Con la mirada fija en el lugar que había dejado libre, me pregunté qué podía regalarle a Sydney. ¿Qué le regalaba uno a su compañera, a la que había rechazado, humillado y ahora protegía por su cumpleaños?

—Le damos un nuevo giro a la complicada situación sentimental —refunfuñé.

Aún era temprano cuando Sydney llegó, poco después de las diez.

—Gracias, Damian —dijo ella.

—No hay problema. Nos vemos mañana. —Damian sonaba absolutamente miserable, por lo que supongo que no se molestó en entrar.

Sydney entró, sin dejar de mirar al pasillo. Cuando se dio la vuelta, jadeó y se agarró el pecho. Me senté en el salón, de cara a la puerta, esperándola como un bicho raro.

—Cole, ¿qué haces aquí? Pregunta estúpida, esta es tu casa. No pensaba que volverías tan pronto. Mencionaste ir al recinto de la manada para reunirte con los ancianos esta noche.

—La reunión fue reprogramada. —Porque les dije a los viejos amargados que estaría ocupado esta noche. Quería volver a casa temprano para ver a Sydney en su cumpleaños.

—Oh. —Se mordisqueó los labios inferiores—. ¿Estás enfadado? Sé que se supone que no debo salir, pero ya le había prometido a Macy que saldríamos, y luego Violet quiso venir. No quería decepcionarlas. Damian dijo...

—Está bien, Sydney. Confío en Damian con mi propia vida. Le confíe a él tu vida.

Me miró con recelo.

—¿Estás bien?

—Sí, excepto que estoy un poco molesto. Tuve que enterarme por Damian de lo de tu cumpleaños.

Jugueteó con su bolso.

—No lo mencioné porque, sinceramente, no pensaba que te importaría.

La evalué sutilmente con el ceñido vestido rojo que dejaba sus piernas a la vista. Sus ondas castañas le colgaban de los hombros como una cortina sedosa y sus labios estaban pintados de carmesí. Era una tentación con piernas.

—Me importa —dije.

Ella frunció el ceño.

—Estás de un humor extraño, como Damian. ¿Qué os pasa esta noche? Ahora que lo pienso, Macy también se comportó de forma extraña toda la noche. ¿Qué pasa con ella y Damian?

Me levanté.

—No es asunto mío contarlo. Tendrás que preguntarles a ellos. Y estoy de un humor extraño porque estoy nervioso.

Sus ojos iban de un lado a otro.

—¿Por qué?

—Por tus regalos. Espero que te gusten ya que no he tenido mucho tiempo para planearlos.

Me miró con los ojos muy abiertos.

—No tenías que regalarme nada.

Saqué la caja rectangular de terciopelo del bolsillo.

—Quería regalarte algo. —Al abrir la caja, saqué la pulsera con piedras de esmeralda—. Decidí no comprarte un collar, ya que nunca te quitas el tuyo.

Acarició el colgante de luna creciente que llevaba entre los pechos.

—Era de mi madre —susurró, mirando fijamente la pulsera—. Cole, no puedo aceptarlo. Parece increíblemente caro.

—Eso no importa. Es tuyo, si te gusta. Lo elegí porque las piedras me recordaban a tus ojos.

Su mirada voló hasta mi cara.

—Me... me encanta.

—Bien. —Le puse la pulsera en la muñeca y la cerré.

—Gracias —dijo, aunque seguía observándome con confusión.

—Ahora, para tu próximo regalo. Creo que este te va a gustar más.

Mirando la pulsera, dijo:

—No sé. Esta pulsera es preciosa.

—Esto vale mucho más que una joya. —Recogí la pila de papeles doblados de la mesita y se los entregué.

Me miró antes de desplegarlas.

—¿Cartas?

—Sí. Me senté en mi despacho un rato, pensando qué regalarte.

—¿Tanto lo has pensado?

Asentí con la cabeza.

—Me acordé de tu madre y de la mía.

Sus cejas se fruncieron.

—Aunque era un niño, recordaba vagamente a mi madre pidiéndole a mi padre que no fuera demasiado duro con tu madre. Dijo algo sobre la belleza del amor verdadero. De todos modos, estaba convencida de que el amor entre tus padres merecía ser perdonado.

—¿En serio?

—Mi madre era un alma gentil. —Mis labios se torcieron en una sonrisa—. Y una romántica empedernida. De todos modos, surgió otro recuerdo —muy claro— porque en aquella época yo era adolescente.

Sydney se acercó, aparentemente pendiente de cada una de mis palabras.

—Mi madre estaba leyendo algo y papá se enfadó por ello. Quería saber por qué ella no había "quemado las pruebas de la traición hace años". Mamá insistió en que eran demasiado hermosas para destruirlas. Resultó que había guardado las cartas que tu madre dejó cuando fue expulsada

de la manada. Cartas de tu padre. Estaban escondidas entre las cosas de mi madre. Nunca llegué a deshacerme de las cosas de mis padres. No quería hacerlo.

Sydney miró las cartas.

—Siento haber leído algunas de ellas. Tenía que asegurarme de que eran realmente de Sophia.

—¿Por qué me las das?

—Porque no importa lo que digan sobre la unión de tus padres —no importa lo que yo haya dicho—, fuiste concebida por amor, Sydney. He pensado que debías saberlo.

—¿Mi padre realmente escribió esto a mi madre?

—Sí.

Se secó unas lágrimas que esperé que fueran de felicidad y no de tristeza.

—Esto es... increíble. Estoy deseando leerlas. No sé qué decir.

Me encogí de hombros.

—Eran de tus padres, así que deberías tenerlas.

Sydney se lanzó hacia mí, rodeándome los hombros con los brazos. Me quedé helado porque no me esperaba el abrazo ni la reacción de mi cuerpo ante su cercanía. Cuando conseguí controlarme, le devolví el abrazo con cautela.

—Me encantan mis regalos. Nunca nadie me había regalado algo tan... considerado.

Sentí un gran alivio. No era uno experto en regalos y me preocupaba que los odiara.

—Gracias.

—De nada.

Se apartó, dejándome desamparado. Mientras me miraba, algo cambió entre nosotros. La tensión sexual que crepitaba no podía ignorarse. Los dientes de Sydney se hundieron en su labio inferior, atrayendo mi atención hacia su boca.

—Debería ir a mi habitación —dijo.

Dio dos pasos antes de que la agarrara de la muñeca y tirara de ella hacia atrás. Ya no podía resistirme a la atracción que había entre nosotros. Tanto si Sydney me despreciaba como si no, sospechaba que ella tampoco podía resistirse más. Con los ojos clavados en los míos, dejó caer sus cosas en el sofá más cercano y se puso de puntillas hasta que nuestros labios casi se tocaron. Bajé un poco la cabeza y atrapé su boca.

Capítulo 20

Sydney

Mi primer beso fue en tercero de primaria, con un chico que tenía tanta curiosidad como yo por besarse en los labios. Veíamos a los adultos hacerlo todo el tiempo y nos preguntábamos por qué tanto alboroto por eso. Así que decidimos averiguarlo. Después de aquel beso en los labios de mi compañero de clase, me decepcionó que no hubiera fuegos artificiales a nuestro alrededor como en algunas películas románticas cursis. Los dos habíamos establecido que besarse era asqueroso y estaba sobrevalorado, y nunca volví a besar a un chico después de aquello.

Este beso con Cole bien podría haber venido con fuegos artificiales porque el primer roce de sus labios con los míos casi me hizo combustionar. Así que de esto iba todo el alboroto. Cuando se hacía bien y con la persona adecuada, besar era... mágico. Juraría que sentí que la tierra se inclinaba sobre su eje en el momento en que Cole y yo hicimos contacto. Era un besador increíble. Su mano se deslizó alrededor de mi nuca y me mantuvo en su sitio para poder dominar mi boca con evidente experiencia. Me derretí contra él, siguiéndole la corriente.

El beso no fue salvaje y crudo, sino más bien dulce y suave, casi experimental, como si me estuviera conociendo, tomándose su tiempo para descubrir lo que me gustaba. Yo hice lo mismo e intenté sentirlo a él. Cerré los ojos y saboreé la ligera presión de su boca sobre la mía. Me separó los labios para una exploración lenta y sensual que me mojó la entrepierna.

Ese escalofrío constante que sentía en mi interior, causado por su rechazo, se desvaneció porque una llama cobró vida en mi interior y se propagó por mis venas. Quería más. El otro ser dentro de mí, mi loba, se agitó. Sentía como si arañara para salir, queriendo acercarse a su compañero. Era la primera vez que la sentía tan prominente. Algo se movió bajo mi piel, asustándome. Jadeé y aparté mi boca de la de Cole.

Estaba sin aliento, aturdida y asustada.

—Algo va mal —susurré, agarrándome el pecho—. Me siento... —No sabía cómo explicar lo que sentía—. Como si algo quisiera salir.

Cole no me había soltado. Sus dedos frotaron círculos reconfortantes en mi nuca, lo que ayudó a calmarme un poco. Parecía entender lo que me estaba pasando.

—Mantén la calma, Sydney. Tu loba se hace más fuerte cuando está tan cerca de su pareja. Cuanto más conectamos, más fuerte se hace.

Lo miré con asombro. Aún me quedaba mucho por aprender sobre mi mitad de hombre lobo.

—¿En serio? —Ahora tenía sentido. Antes de descubrir lo que era, no había sentido a mi loba en absoluto. Era como si hubiera permanecido completamente oculta para no asustarme. Sólo había salido para protegerme cuando ese cazador apareció. Sin embargo, cuando llegué a Nueva Orleans y conocí a Cole, hizo acto de presencia y cada día era más fuerte—. ¿Eso significa que podré cambiar, eventualmente?

Los ojos de Cole se clavaron en los míos.

—No lo creo. Los mestizos no suelen ser capaces.

—Oh. —Suspiré decepcionada. Mi loba se había sentido tan cerca de la superficie que parecía que iba a emerger. Hice a un lado mi disgusto para procesar el resto de lo que había dicho Cole —. No estamos... conectados. Quiero decir, no realmente...

—Te equivocas —me dijo, cogiéndome la barbilla entre los dedos—. La química entre nosotros es innegable. Inevitable.

Cierto. El único problema era que, a pesar de la cruda atracción sexual causada por nuestro vínculo predestinado, él no me quería realmente. Sabía que estaba decepcionado con la compañera que había conseguido. O yo o mi loba —supongo que ambas— nos moríamos por liberarnos sexualmente. Pero ¿por qué pensar en eso esta noche? Mi mente necesitaba descansar y mi cuerpo necesitaba alivio.

—Bueno, me apunto a que conectemos esta noche.

Los iris de Cole parpadearon de color ámbar, su lobo cerca de la superficie.

—Eso suena muy parecido a que estés interesada en una aventura de una sola vez. —Él no parecía complacido.

—¿Qué más hay? —le pregunté. Él mismo lo había dicho. No podía reclamarme. La manada

nunca aceptaría nuestra unión. Movi6 su nariz y pareció a punto de protestar, pero le dije—: No hables más, Cole. —y le agarré de las solapas. En su cara se reflejó el asombro antes de que aplastara mis labios contra los suyos. No quería seguir hablando y sacando a relucir la desesperanza de nuestra situación.

Cole soltó un gruñido bajo que resonó con resignación. Se acabó la charla. Me rodeó la cintura con un brazo y me acercó más. Esta vez, nuestro beso fue indomable y alimentado con una pasión que podría provocar una explosión en el salón. Jadeé en su boca cuando me levantó. Mis piernas le rodearon instintivamente mientras se dirigía a su dormitorio. No perdió ni un instante, recorriendo el camino sin dejar de devorar mi boca.

En su dormitorio, mis pies tocaron el suelo y, en el mismo instante, mi vestido se deslizó por mis hombros. Cole se movió tan rápido y tan sutilmente que ni siquiera me di cuenta de que me había bajado la cremallera del vestido. Cuando me despojé de la prenda, los nervios se apoderaron momentáneamente de mi excitación. Estaba delante de un hombre y sólo llevaba un par de bragas apenas transparentes y tacones y... era virgen.

Santo cielo.

Surgió el pánico. ¿Y si a Cole no le gustaban las mujeres inexpertas? ¿Cómo podía siquiera empezar a complacerle? Si hubiera sabido que acabaríamos aquí, le habría pedido indicaciones a Macy, por muy vergonzoso que hubiera sido.

—¿Qué pasa? —preguntó Cole, con la mirada fija en mi cara.

—Nunca he hecho esto antes. —Casi me derrito en un charco de vergüenza a sus pies—. Soy virgen.

—Lo sé.

Casi me atraganté mientras le miraba, horrorizada.

—¿Qué? ¿Cómo...?

Sus labios se curvaron en la sonrisa más petulante que jamás había visto.

—Hay cosas que un compañero simplemente sabe.

Parecía tan ridículamente feliz por mi condición de virgen que casi puse los ojos en blanco. Al

menos podía dejar de preocuparme por no complacerle. Él ya estaba bastante satisfecho.

—Dulce, intacta, Sydney, lista para que la corrompa —ronroneó, enganchando sus pulgares en mis bragas—. De maneras que te encantarán.

El corazón me latía tan fuerte que casi podía notar como me golpeaba las costillas y la expectación me recorría las venas. Y de repente, mi excitación volvió a ser total. Me quitó lentamente la ropa interior, con los ojos clavados entre mis piernas. Luego me agarró de las caderas y me empujó hacia atrás. Caí sobre la cama, y la forma en que reboté un poco sobre el colchón me hizo soltar una risita. Cole sonrió y se quitó la camisa. Parecía cómodo y, a pesar de mi nerviosismo anterior, yo también me sentí cómoda. Era nuestra interacción más fácil hasta el momento, porque parecía muy natural. Claro que lo era. Teníamos que estar juntos. Estábamos predestinados.

Lo miré desnudarse, admirando cada centímetro de su cuerpo. No era demasiado musculoso, pero sí delgado y tonificado. Perfecto. Como estaba completamente desnudo, me moví para quitarme los tacones.

—Esos se quedan —dijo.

Hice una pausa y le miré. Su mirada apreciativa me puso la piel de gallina.

—¿Tienes un fetiche con los tacones altos, Cole? —me burlé.

Una comisura de sus labios se crispó en el inicio de una sonrisa.

—Puede que sí. Eres una visión en nada más que esos tacones — me dijo.

Debí de sonrojarme desde la raíz del pelo hasta los dedos de los pies.

Se unió a mí en la cama y se deslizó entre mis piernas. Mi corazón latía con fuerza cuando nuestras pieles se tocaron y su erección presionó mi montículo. Pensé que era el momento de perder la virginidad, pero Cole sólo me dio un beso rápido y ardiente y se movió, recorriendo mi cuerpo con la boca.

—Pensé que íbamos a...

Levantó la mirada hacia mí y su boca se cernió sobre mi pecho derecho.

—¿Íbamos a qué?

El calor me envolvió la cara.

—Ya sabes, ir directo al grano.

La diversión brillaba en sus ojos.

—Estamos llegando a ello. Te estoy presentando otras cosas que vas a disfrutar.

Pensar en esas "otras" cosas me daba ganas de esconderme bajo las sábanas. Aunque me sentía segura con Cole, seguía siendo tímida en el terreno sexual. Sin embargo, cuando su lengua se arremolinó alrededor de mi pezón endurecido, todos los demás pensamientos se esfumaron, excepto lo increíble que se sentía. Se burló de mí y chupó hasta que jadeé y me retorcí, pensando que me iba a desmayar en cualquier momento.

Jadeé cuando bajó un poco más y su aliento se esparció entre mis muslos. Habría cerrado las piernas de no ser porque sus hombros me obligaban a separarlas.

—Relájate para mí, Sydney —me dijo.

Era más fácil decirlo que hacerlo. No estaba acostumbrada a que nadie me tocara en un lugar tan íntimo. Aun así, sentía curiosidad por la experiencia, así que respiré hondo y obligué a mis músculos a relajarse. El primer roce de su boca en mi centro casi me hizo saltar por los aires. Mis piernas se cerraron alrededor de sus hombros, pero a él no pareció importarle porque siguió provocándome suavemente al principio.

Su lengua girando alrededor de mi sensible capullo me hizo gemir de placer. Levanté las caderas, pidiendo más en silencio. Al ver que me había relajado por completo, se adentró en mí, moviendo la boca con voracidad, como si estuviera hambriento.

—Sabes increíble —murmuró—. Tal como lo pensaba.

Mi única respuesta fue otro gemido, porque en mi interior se acumulaba una presión deliciosa, a punto de estallar. Se dio un festín con mis labios inferiores, besándolos tan sensualmente como lo había hecho con mi boca, hasta que solté un grito y me rompí en lo que parecía un millón de pedazos. Su nombre rodó por mi lengua mientras me estremecía sin control. Mi primer orgasmo fue tan intenso que me quedé sin aliento.

Apenas recuperada, abrí los ojos y encontré a Cole mirándome. Sus labios brillaban con mis jugos. Probablemente era una de las cosas más calientes que había visto nunca.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Su preocupación me transmitió calidez, inundándome por dentro y por fuera. Asentí con la cabeza porque no creía que pudiera hablar. Deslizó una mano entre mis muslos para provocarme un poco más. Jadeé y me estremecí cuando introdujo un dedo entre mis pliegues. La invasión me resultó un poco extraña al principio, pero a medida que me acariciaba, me sentía mejor.

—Espero que estés lista para mí —susurró—, porque no puedo esperar más.

Fue dulce que se contuviera para mi comodidad.

—Estoy lista —le dije.

Sin dejar de mirarme, se colocó entre mis piernas. Su ancha punta empujando contra mi entrada era un poco desalentadora, pero mi necesidad de él superaba mi miedo. Lo había deseado desde el momento en que lo vi y, por fin, era mío... más o menos. No llegué a sentir la típica desesperación por su falta de voluntad para reclamarme como su compañera porque él siguió adelante, y todos los demás pensamientos se me escaparon.

Jadeé su nombre, asustada por el dolor inicial que me golpeó. Se detuvo de inmediato, dándome tiempo a adaptarme.

—Lo siento —susurró—. Agárrate a mí. —No pensaba que disfrutaría del resto de mi primera experiencia sexual, pero cuando volvió a moverse, el dolor desapareció, y fue sustituido por la deliciosa sensación de estar completamente llena.

—Estoy bien —dije, levantando las caderas—. Quiero más.

Me dio lo que quería, retirándose y empujando de nuevo hacia delante, pero sospeché que seguía conteniéndose. No tardé mucho en sentir otro orgasmo. Le rodeé la cintura con las piernas y me penetró más profundamente.

Cole gimió.

—Joder, Sydney, te sientes tan bien. Podría quedarme aquí para siempre.

Yo también deseaba que pudiéramos quedarnos así para siempre. Sólo nosotros dos, conectados de la forma más íntima posible. Sin hombres lobo que me odiaran, sin reglas de la manada que nos impidieran estar juntos. La tristeza no llegó a aflorar porque mi segundo orgasmo me golpeó más fuerte que el primero. Aferrándome a Cole, cabalgué sobre las olas de placer, asombrada por lo que sentía. Él me siguió hasta el borde, con su cuerpo estremeciéndose contra el mío.

Se desplomó a mi lado y nuestra respiración entrecortada llenó la habitación. Cuando me recuperé, me volví para mirar a Cole y me encontré con que me miraba fijamente. Tenía las cejas fruncidas y los ojos nublados por la incertidumbre. Comprendí esa mirada porque era lo mismo que yo sentía. Preocupación. ¿Qué pasaba ahora que habíamos cruzado esta línea, sabiendo que no podíamos estar juntos?

Capítulo 21

Sydney

Macy apareció en la puerta, escoltada por Dominic. Corrí hacia ella, y prácticamente me abalancé sobre ella.

—¡Uuuf! —gruñó y luego se rio, envolviéndome con sus brazos.

—Te he echado de menos —le dije, aún aferrándome a ella.

—Yo también te he echado de menos.

Era tan bueno ver otra cara que no fuera la de Damian, Alex y Dominic. Los chicos empezaban a caerme muy bien de verdad, pero estaba cansada de verlos sólo a ellos día tras día. Además, Dominic, que en ese momento estaba de guardaespaldas, era más un personaje melancólico que un alegre conversador.

—Me alegro mucho de verte —le dije, soltándola finalmente—. Las conversaciones telefónicas breves ya no me servían.

—Lo sé, claro. —Sonrió y dio un paso atrás—. Déjame echarle un buen vistazo. Tienes buen aspecto. Saludable. —Estudió la sala de estar del apartamento de Cole—. Cole tuvo el suficiente sentido común para mantenerte escondida en una de sus bonitas residencias. Enhorabuena. Le dije que le patearía el culo si no te cuidaba como era debido.

Mis cejas se alzaron. Era difícil imaginar a alguien hablándole así a Cole. Tenía un aire tan formidable.

—Cole y tú debéis de ser más amigos de lo que pensaba —dije, más para mí que para Macy.

—Espero que no estés celosa —me contestó—. Cole y yo somos amigos y nada más.

—No, no estoy celosa. Es sólo que me parece extraño... —Cómo ella tenía interacciones tan cercanas y fáciles con él y no sabía lo que era. ¿O no? Ni Cole ni Macy habían reconocido nunca

cuánto sabían el uno del otro. También tenía curiosidad por saber cómo se habían conocido y por qué Damian y ella se evitaban como la peste.

—Vamos —me instó.

—No importa —dije, mirando a Dominic, que había cerrado la puerta y se había retirado al comedor para darnos un poco de privacidad. Aunque con su agudo oído, la privacidad seguía siendo limitada.

Macy sonrió con satisfacción, tiró el bolso a la mesa central y se dejó caer en un sofá, totalmente a gusto en el espacio de Cole.

—Vamos, Sydney. Veo que tienes muchas preguntas. —Extendió los brazos—. Pregunta lo que quieras.

Mientras me sentaba a su lado, reflexioné. Tenía la fuerte sensación de que Macy estaba muy metida en el mundo sobrenatural, y ya era hora de que me lo confirmara.

—Vale. Sabes de los cambiaformas y de esas cosas, ¿no?

Ella sonrió.

—Sí, sé.

—¡Lo sabía! Era imposible que no lo supieras con todos esos clientes extraños que entran en la cafetería por la noche. ¿Qué es todo eso, de todos modos?

—Mi restaurante es un terreno neutral —me explicó—. Muchos humanos y sobrenaturales, independientemente de su especie, pueden ir allí y relajarse sin preocuparse por las peleas y la animosidad entre clanes, aquelarres, manadas y demás. Cole ayudó a establecer mi espacio como un lugar seguro. Él vigila la zona, y todo el mundo lo sabe. No muchos están dispuestos a cruzarse con uno de los Alfas más fuertes de la ciudad.

Miré a Macy.

—¿Uno de los más fuertes? Nunca me lo había dicho. —Tampoco es que compartiéramos muchas cosas. Pero me hubiera gustado saberlo.

—También es uno de los más humildes —añadió Macy.

—Quiero saberlo todo sobre tu relación con Cole, Damian, Violet y los demás. Y quiero saber por qué ni siquiera pestañeaste cuando te dije que tenía que coger una baja indefinida en el trabajo. Ni siquiera me has preguntado por qué me acuesto con el hombre al que me enviaste en busca de ayuda cuando llegué a esta ciudad.

Macy se rio.

—Me preguntaba cuándo te picaría la curiosidad.

—La curiosidad me ha estado matando, pero no es que hayamos tenido la oportunidad de hablar. Apenas te he visto en semanas.

Asintió.

—Ya lo sabía todo, incluso que Cole es tu compañero, y él... —Suspiró y me miró con simpatía. Me rechazó. Yo también suspiré.

—Supe lo que eras en el momento en que entraste en mi restaurante.

Mis ojos se desorbitaron.

—Nunca dijiste nada, ¿y cómo demonios lo sabías? Ni siquiera lo supe hasta que apareció un cazador para matarme.

Macy se mordisqueó el labio inferior.

—A veces, sé cosas de la gente sin que tengan que decírmelo.

—¿Como una vidente? —Mi pequeño bufido se convirtió en risitas, pero cuando Macy se limitó a mirarme fijamente, mi diversión se desvaneció—. Joder, ¿de verdad eres vidente? Claro que lo era. Había vampiros, cambiaformas y hadas. ¿Por qué no iban a existir los videntes?

—Una bruja con tendencias clarividentes, en realidad. Digo tendencias porque mis habilidades son un poco... erráticas. Sólo soy medio bruja, no tan fuerte como la mayoría.

La miré boquiabierto. Nunca lo habría imaginado.

—Nunca te dije nada porque no estaba segura de que supieras lo que eras cuando nos conocimos. Como dije, mis habilidades no son cien por cien fiables. Si no lo sabías, quería protegerte del

mundo sobrenatural.

—Por eso insististe tanto en que no trabajara de noche en la cafetería —concluí.

Macy suspiró.

—No te quería cerca de los nuestros.

Enarqué una ceja.

—No eres un cambiaformas ni... ninguna otra criatura.

—Pero me meterían en la categoría de "fenómenos de la naturaleza", y un cazador seguiría queriendo mi cabeza.

Me restregué una mano por la cara y solté una carcajada.

—Una bruja. Vaya, eso es...

—Un dolor de cabeza.

—Iba a decir impresionante —me burlé.

Puso los ojos en blanco.

—Tú y yo tenemos mucho en común, Syd. Mi gente también ve con malos ojos a los mestizos.

La tristeza en su voz era algo que nunca había oído de la siempre alegre Macy. La habitación quedó silenciosa que hasta Dominic nos miró con el ceño fruncido.

—Ojalá hubiera sabido todo esto antes —dije. Tal vez podríamos habernos consolado mutuamente.

Se encogió de hombros.

—Cole me lo contó todo la noche después de que los cazadores te atacaran.

—¿Fue a verte? —Lógicamente, sabía que Macy era una amiga de verdad, pero los celos seguían asomando la cabeza.

Con una sonrisa cómplice, me explicó:

—Sólo para avisarme de la presencia de cazadores en la ciudad. Quería que vigilara mis espaldas y avisara a mis clientes.

—Oh. No quiero sonar como el monstruo celoso, pero tengo la impresión de que tu relación con el Alfa de los Guardianes de la Luna va más allá de lo profesional. Sé que le ayudas a veces...

—Con ciertos asuntos de los cambiaformas —aclaró Macy.

—Pero parecéis muy unidos, y los demás también parecen saber mucho de ti. ¿Por qué?"

Macy respiró entrecortadamente.

La silla que ocupaba Dominic raspó la madera dura cuando se levantó de un salto.

—Sabes qué, parece que las cosas se van a poner demasiado personales. Voy a esperar fuera"

—No tienes que hacerlo —dije—. No estamos discutiendo ningún secreto profundo y oscuro aquí, Nic.

Se frotó la nuca y miró a Macy con el ceño fruncido.

—Aun así voy a irme.

Me quedé mirándolo mientras se apresuraba hacia la puerta y desaparecía.

—¿Qué demonios fue eso?

Los labios de Macy se torcieron en una sonrisa irónica.

—Probablemente no quiera enterarse de la clase de gilipollas que es su amigo.

—¿Quién, Cole? —Estaba tan confundida—. Pensaba que te caía bien.

—Cole no, Damian.

La miré fijamente.

—Estoy tan perdida.

Se cruzó de brazos como si se preparara para algo.

—Syd, la razón por la que Cole y yo parecemos tan unidos es porque él se esfuerza mucho por cuidarme. Se sobrecompensa. Creo que se siente fatal porque su Beta me rechazó.

Me quedé boquiabierta.

—Tú y Damian...

—Sí. —Resopló—. O no, más bien, porque él y yo no somos nada desde que me dijo que no me quería. Así que Cole se preocupa a menudo por culpa. Violet y algunos de los otros sienten lástima por mí, supongo. Por eso Dominic se puso raro hace un momento.

—Oh, yo... —¿Qué demonios podía decir frente a esa revelación? Ahora entendía por qué había mirado mal a Damian toda la noche de mi salida de cumpleaños—. Lo siento mucho. No quería mencionar nada doloroso.

Su bufido burlón resonó.

—Por favor, no estoy dolida por haber sido rechazada por ese tonto. Nunca dije que lo quería, tampoco. Lo mejor que Damian podía haber hecho por mí era rechazarme. Él y yo no tenemos nada en común. El miserable apenas sonrío, por el amor de Dios. Asusta a todos los que conoce.

Eso era cierto. El aura de Damian era tan intimidante como la del Alfa.

—Somos polos opuestos, y le odio. —refunfuñó Macy.

—La señora protesta demasiado —murmuré. La mirada sucia que me dirigió me hizo cerrar la boca. Levanté ambas palmas—. Vale, vale, odias a Damian, fin de la historia. Ahora, cambiando de tema.

—Bien. —Macy inhaló profundamente y se alisó los rizos—. Hablemos de algo más importante.

—Eh...vale...

—¿Cómo lo llevas? Ya sabes, el tener que esconderte aquí.

Me senté y solté un suspiro exagerado.

—A veces siento que me estoy volviendo loca, mirando las mismas cuatro paredes. Pero sé que

no es seguro pasearme por la ciudad con cazadores persiguiéndome. Siento no haber ido a trabajar. ¿Vas a contratar a alguien para reemplazarme? No estoy segura de cuánto tiempo más tendré que esconderme. —Cole y los demás aún no habían conseguido información sobre los planes o el paradero de los cazadores.

Macy resopló.

—Primero, no eres reemplazable. Tienes trabajo en mi restaurante cuando quieras volver. —Solté un suspiro de alivio—. Si quieres, claro —añadió.

Fruncí el ceño.

—Claro que sí. No sobreviviré sin un trabajo.

—Cole no te dejará en la indigencia.

Apreté los dientes con tanta fuerza que era un milagro que no se me rompieran.

—No tengo intención de que me mantenga. Cuando desaparezca la amenaza de los cazadores, volveré a estar sola porque Cole y yo no somos... nada.

Macy me miró.

—Esperaba que el que compartierais espacio le hiciera entrar en razón y cambiara de opinión sobre ti".

Cogí una de las almohadas y me la acerqué al pecho.

—No lo hará. No puede. No soy una pareja aceptable para el Alfa. La manada me odia.

—Lo siento, Sydney.

Me tragué el nudo que se me hizo en la garganta y me encogí de hombros con indiferencia.

—No te preocupes. No pasa nada. Estoy bien.

—No, no estás bien—refutó ella en voz baja.

Me tembló el labio inferior y tiré de él con los dientes.

—Hubo un momento la semana pasada en que pensé que había esperanzas.

—¿Qué quieres decir?

—La noche de mi cumpleaños, nosotros... —El calor me consumió la cara—. Perdí la virginidad con mi pareja, que me rechazó, el día de mi vigésimo cumpleaños. —Dejando escapar una carcajada carente de humor, me encogí de hombros—. Sabía que era una mala idea —peligrosa para mi salud emocional—, pero no pude resistirme a él. Fue increíble. Me atreví a sentir una pizca de esperanza de que los sentimientos de Cole por mí crecieran lo suficiente como para que considerara luchar por reclamarme.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Macy.

—La noche fue perfecta, mágica incluso, pero por la mañana, mi fantasía se hizo añicos con el frío amanecer de la realidad. Cole me ha estado evitando desde entonces, y se pone incómodo cuando tenemos encuentros breves. Creo que se arrepiente de haber cruzado la línea conmigo. —Apoyando la barbilla en la almohada, solté un suspiro, abatida—. Me duele.

—Oh, Sydney. —Me frotó el brazo de forma reconfortante—. Será más fácil, con el tiempo.

Le dirigí una mirada dudosa. Dudaba que alguna vez superara el rechazo de Cole, sobre todo después de saber cómo sería todo si viviéramos juntos.

—Sí, tal vez —murmuré, esperando que mentirme a mí misma aliviara un poco mi corazón roto.

Observé a Macy desde mi periferia, queriendo preguntarle más sobre ella y Damian. Sin embargo, me dolía hablar de Cole y no quería hacerle daño. No tenía sentido que ambos nos sintiéramos miserables.

Capítulo 22

Sydney

Tres meses después

Vi a Alex entrar por la puerta, mi corazón latiéndome a mil por hora. Esperé ansiosa a que la cerrara. Se detuvo y se volvió para clavarme una dura mirada.

—¿Qué? —pregunté, con las piernas cruzadas, mientras me sentaba en el sofá con un libro en la mano. Tenía que asegurarme de ser la viva imagen de la inocencia.

—Volveré en dos horas como máximo. —Señalando con un dedo, ordenó—: No salgas de este apartamento. No, ¿sabes qué? No te muevas de ese sofá.

Poniendo los ojos en blanco con aire dramático, suspiré.

—Dios mío, Alex, ¿a dónde iba a ir? Vete ya con tu Alfa. Te necesita más que yo.

Alex había recibido una llamada de Damian cinco minutos antes. Al parecer, hubo una riña —palabras de Alex— con unos miembros de la manada de Adam Blackwell. Las cosas se habían salido de control. Cole quería a los miembros de su manada de más confianza con él. Me había enterado de que el círculo íntimo de Cole estaba formado por Damian, Violet, Alex, Dominic y Stephan. Eran completamente leales a él y sólo a él, por lo que eran los únicos de la manada que sabían de mí. No había visto mucho a Stephan porque era el que siempre se quedaba en el recinto de la manada para supervisar las cosas.

Esta noche, con todos mis guardaespaldas y Cole ocupados, tendría un poco de tiempo a solas. Estar vigilada veinticuatro horas al día me tenía a punto de arrancarme los pelos. Y estar atrapada en un lugar me ponía de los nervios. No podía esperar la hora de que Alex se fuera. Pero se quedó en la puerta, con las cejas fruncidas, observándome.

—No sé, Syd. No me gusta la idea de que estés aquí sola. Voy a llamar a Cole. Si le digo que no me siento cómoda dejándote, me permitirá quedarme...

—Alex, no tengo cinco años. Estaré bien sola un par de horas. Estaré aquí cuando vuelvas.

Me miró un momento más antes de asentir. Finalmente, se marchó.

—¡Sí! —Salté del sofá y corrí hacia la ventana. Desde allí podría verle salir. Esperé hasta que vi su coche salir del aparcamiento y alejarse a toda velocidad calle abajo—. Libertad al fin.

En menos de dos minutos, me había puesto unos vaqueros y una camiseta, unas botas cómodas y una sudadera con capucha para ocultar mi cara. Si alguno de los chicos se enteraba de que me había ido a dar un paseo, no me dejarían en paz nunca más. Por eso volvería en treinta minutos antes de que Alex o cualquiera de ellos llegara. Nunca sabrían que me había ido. Sólo necesitaba aire fresco y ver algo que no fuera este apartamento o el despacho de Cole, que visité unas cuantas veces para poder salir de casa.

Aunque quedarme dentro era por mi seguridad, empezaba a sentirme como una prisionera. El hecho de que yo fuera el sucio secreto de Cole para su manada me hacía sentir peor. A excepción de sus pocos amigos de confianza, nadie de la manada sabía que estaba ayudando a mantenerme a salvo de los cazadores. Si supieran que dedicaba tiempo y energía a proteger a la mestiza que había rechazado, los ancianos se enfadarían.

Por lo que había oído, pensaban que debería esforzarse por encontrar una pareja adecuada para ser Luna y dar a luz al próximo Alfa. La continuación de un verdadero linaje Alfa era algo importante para la mayoría de las manadas. Supongo que no querían que una mestiza don nadie como yo mancillara la línea de sangre pura y poderosa de Cole.

A veces me preguntaba si Cole se había cansado de mantenerme a salvo. Que él y yo nos hubiéramos acostado varias veces en los últimos tres meses no significaba que estuviera interesado en mí. Probablemente yo sólo era una cómoda compañera sexual que vivía en su apartamento. Tal vez quería hacer lo que decían los ancianos: olvidarse de su compañera predestinada y encontrar una mujer más adecuada de la manada con la que casarse. Imaginé que quería empezar a trabajar en la gestación del próximo Alfa que ocuparía su lugar.

Pensar en él con otra mujer me hizo apretar los dientes y cerrar la puerta del apartamento con una fuerza innecesaria.

—Estúpidas reglas de la manada —refunfuñé mientras caminaba hacia el ascensor—. Estúpida manada. ¿Quién los necesita?

Suspiré. ¿A quién quería engañar? Seguía anhelando formar parte de la manada. Aunque consideraba a algunos de los Guardianes de la Luna mis amigos, sentía que sólo me aceptaban porque eran leales a Cole. Cuando entré en el ascensor, decidí apartar todos los pensamientos negativos y disfrutar de mi paseo. Seguro que un cambio de ambiente me ayudaría a despejar la mente.

En el vestíbulo, me metí el móvil en el bolsillo y me apresuré a atravesar la salida. La brisa nocturna me acarició la cara, inhalé profundamente y sonreí. Había un parque a una manzana del edificio de Cole que a menudo admiraba desde su apartamento en el último piso. Podía dirigirme allí y disfrutar del paisaje durante unos minutos.

—Dios, ¿cuánto tiempo hacía que no paseaba por una acera como una persona normal? Cuanto más me alejaba del edificio, más bajaba la guardia. No sabía por qué los tipos armaban tanto alboroto porque me quedara dentro. Los cazadores no sabían dónde me escondía. Mi ubicación era ultrasecreta. Mañana les rogaría a todos que al menos me dejaran pasear por el barrio, acompañada, por supuesto.

Levantando la cara, disfruté más de la brisa y de la imagen del cielo nocturno. El parque estaba a la vista, y me apresuré hacia él. Todavía había algunas personas fuera, lo cual era bueno. Los cazadores o los cambiaformas probablemente se lo pensarían dos veces antes de atacar con testigos. Cuando me disponía a cruzar la calle, alguien me agarró por detrás.

—¿Dónde crees que vas? —preguntó una voz masculina.

Jadeé. La pregunta me hizo pensar al principio que era un Alex cabreado que me había pillado en mi acto de rebeldía. Pero enseguida me di cuenta de que no era su voz y de que nunca me pondría la mano encima. La mayoría de los machos eran reacios a tocar a una hembra que sabían que estaba apareada con otro. El pánico me subió por el pecho para salir en forma de grito, pero una mano me tapó la boca.

Inmediatamente, me arrepentí de haber abandonado la seguridad del apartamento de Cole. Los cazadores debían de saber dónde estaba, pero no podían llegar hasta mí. Tontamente abandoné el apartamento y se lo puse fácil. Mientras me arrastraban lejos de la calle y hacia una zona más oscura, me agitaba y pataleaba. Alguien me agarró de los pies.

—Hazlo, Sebastian. Mátala ya —dijo el que me sujetaba los pies.

Eso me hizo redoblar el esfuerzo para gritar, pero el sonido fue amortiguado.

—No, idiota. Los ancianos fueron muy claros acerca de no tener ningún testigo humano. No podemos dejarla en la acera.

Mi corazón casi se saltó un latido. ¿Ancianos? ¿Testigos humanos? No era difícil hacer cuentas. Este ataque no era de cazadores, sino de hombres lobo o de alguna otra facción de cambiaformas. La confusión mezclada con mi miedo dejó mi mente revuelta. ¿Qué estaba pasando?

En cuanto el que me sujetaba los pies me soltó, entré en acción. Usando al que me sujetaba la parte superior del cuerpo como apoyo, me encabrité y pateé al otro en el pecho. Mi lobo salió a la superficie en cuanto detectó el peligro, y recibí una ráfaga de fuerza. No era como la de Cole o la de Damian o de los otros metamorfos completos, pero sin duda era más poderosa de lo que habría sido si hubiera usado sólo mi fuerza humana.

El hombre se tambaleó hacia atrás. Entonces clavé mi tacón en el pie del tal Sebastian. El hombre gruñó y me soltó un poco, así que aproveché para darle un codazo en las costillas. Me giré hacia él y saqué la daga que llevaba oculta en el cinturón. Puede que hubiera infringido estúpidamente la norma de Cole de no salir sola, pero había sido lo bastante lista como para traerme la daga de cazador que me había devuelto.

—¿Qué coño? Creía que habían dicho que era una humana indefensa —dijo el que había pateado.

Sentí una pizca de suficiencia al saber que podía defenderme. Cole se había comportado de forma extraña conmigo desde que nos acostamos, pero no se privó de enseñarme un par de cosas sobre defensa personal. Después de todo, era un especialista en seguridad. Aunque no habíamos llegado muy lejos después de sólo dos meses, era capaz de defenderme bastante bien. Y me había enseñado a manejar la daga para que pudiera usarla contra el mismo cazador al que se la había robado.

—No, no estoy tan indefensa, chicos —dije, acuchillando a uno de ellos.

Dio un salto hacia atrás, esquivando por los pelos la hoja.

—Tiene un cuchillo de cazador. Los ancianos tenían razón. Estás adoptando las costumbres de tu padre cazador.

Eso me pilló desprevenida.

—¿Quién eres?

—Nos han enviado para corregir el error de nuestro Alfa.

Mi corazón dio un vuelco.

—¿Por los ancianos...? ¿De qué manada? —En el fondo, sabía la respuesta, pero tenía que preguntar de todos modos.

—Los Guardianes de la Luna —dijo el que se llamaba Sebastian—. El Alfa Cole debería haberte matado. En lugar de eso, te tiene escondida en su apartamento. Parece que es un traidor a su manada, como lo fue tu madre. Los ancianos tenían razón. Ya no es apto para liderar.

El pavor se apoderó de mis entrañas. Parecía que se estaba gestando una insurrección contra Cole, y era culpa mía.

—¿Cómo sabíais dónde encontrarme? —pregunté. Mi creciente furia había borrado mi miedo.

El otro cambiaformas vino detrás de mí y me coloqué para vigilarlos a ambos. No reconocía a ninguno de los dos de mi primera y única visita al complejo de los Guardianes de la Luna.

—Hemos estado siguiendo al Alfa Cole y Damian como nos indicaron los ancianos —compartió uno de ellos—. Nos decepcionó descubrir que realmente no tramaban nada bueno. Te han estado ayudando en lugar de seguir el consejo de los ancianos de hacerte desaparecer. Cole le ha estado mintiendo a los ancianos y a la manada durante meses. Dijo que se había deshecho de ti. Una vez que te matemos, habrá terminado como nuestro Alfa. Cuando sea juzgado y condenado a muerte, espero poder matarlo yo mismo —gruñó el hombre.

Me dio la impresión de que mi loba se agazapaba, gruñendo de rabia. No se tomaba a bien una amenaza a su compañero.

—Antes te veré muerto —le dije, abalanzándome sobre él. Con unos pocos golpes, le hice sangre. La satisfacción me invadió. Esquivé el ataque del otro por detrás. Con un movimiento rápido y práctico, clavé el cuchillo en el costado de Sebastian.

Su rugido de dolor distrajo al otro. Aunque mi lobo se había vuelto un poco más fuerte, sabía que no podía derrotar a dos hombres lobos puros. Tenía que sobrevivir para advertirle a Cole de lo que estaba pasando con los ancianos a sus espaldas. Así que me di la vuelta y corrí como un demonio, apuntando al edificio de apartamentos. No llegué lejos. Algo afilado me atravesó la

pierna y caí con fuerza. Mi cabeza golpeó la acera, dejándome aturdida.

—Hijo de puta —gemí. Por supuesto, no podía huir de los hombres lobo. Ahora no tenía ninguna posibilidad, pero me negaba a ponérselo fácil. Sólo uno de ellos había cambiado de forma. El que tenía forma de lobo aún tenía mi pierna en la boca y me arrastró hacia la oscuridad. Cuanto más luchaba, más hundía sus colmillos. Gemí de dolor, pero le di una patada en el hocico con el pie que tenía libre. Gruñó y probablemente estaba a punto de partirme la pierna en dos, pero Sebastian dijo:

—No te atrevas. La puta es mía. Me ha apuñalado.

—No puedes decir que no te lo merecías —le espeté.

—Eres una pequeña mestiza luchadora, ¿verdad? Supongo que puedo ver por qué Cole te mantiene cerca. —Sostenía la daga con la que le había herido. Estaba manchada con su sangre, y supongo que estaba a punto de matarme con ella—. No te echará de menos por mucho tiempo, considerando que él también va a estar muerto muy pronto.

Mis ojos se abrieron de par en par cuando vino hacia mí y me agarró por el cuello, poniéndome de pie. Un revés me mandó volando contra una pared.

—Esto es por apuñalarme —siseó.

Sin aliento, me dejé caer al suelo llena de impotencia. Iba a morir esta noche, y lo único en lo que podía pensar era en lo decepcionada que estaba por no haber podido avisarle a Cole y a los demás. No quería que les pasara nada por mi culpa.

A través de mi visión borrosa, vi a Sebastian acercarse. Antes de desmayarme, ocurrió algo muy extraño. Se detuvo en seco y se le cayó la daga de la mano. Se miró el pecho y yo seguí su mirada. Me dolía tanto que ni siquiera pude jadear al ver el agujero en su pecho. Cayó con un ruido sordo. Adam Blackwell estaba de pie con algo en la mano... el corazón de Sebastián. Esa horripilante visión me hizo abrazar a la oscuridad.

Capítulo 23

Sydney

Fue la pesadilla más sangrienta que había tenido hasta la fecha. Estaba apoyada contra la pared de ladrillo de un edificio en un callejón oscuro, intentando respirar con el dolor que me sacudía todo el cuerpo. Adam se acercó a mí con una sonrisa de satisfacción y un corazón en la mano derecha. La sangre se escurría entre sus dedos, goteando hasta el suelo y dejando un rastro repugnante a medida que se acercaba. ¿Iba a arrancarme el corazón con la mano?

Mi corazón latía a un ritmo insano. Juré que saltaría a través de mi caja torácica. Adam se inclinó, su sonrisa se volvió siniestra mientras me ofrecía el órgano ensangrentado. Jadeando, abrí los ojos.

—¡Aah! —Me agarré la pierna izquierda mientras el dolor la atravesaba.

—Oye, quédate quieta. La herida sigue sangrando.

Parpadeando rápidamente y luchando contra las náuseas, me giré para encontrar al dueño de la voz.

Jadeé. Era Adam, el rompecorazones. Me arrastré hacia atrás, intentando alejarme de él, y me di cuenta de que estaba sobre una cama. Casi me caí por el borde, pero él me alcanzó a tiempo para agarrarme de los brazos, manteniéndome erguida.

—Aléjate de mí.

Frunció el ceño.

—¿En serio? Acabo de salvarte el culo y de suturarte la herida.

Inspeccioné la habitación. Sólo había una cama y una silla. El suelo de cemento no estaba muy limpio y hacía frío.

—¿Dónde estoy?

—En el almacén abandonado. Ya sabes dónde. Te di la dirección, ¿recuerdas? Pero nunca apareciste.

Respiré hondo para serenarme y ocultar mi miedo. Hacía casi tres meses que había decidido pedirle ayuda con mi problema de cazadores.

—Me... interceptaron.

—El perro guardián de Cole, Damian. Sí, lo sé. —Unos ojos como la obsidiana me tomaron como rehén. Lo que daba miedo de Adam eran sus ojos ilegibles y su calma. No tenía ni idea de lo que estaba pensando o de lo que pretendía hacer—. No te he visto en la cafetería.

—He estado...

—¿Acostándote con tu novio?

—No es mi novio.

—¿En serio? —Levantó una ceja—. Apostas a Cole Grayson. ¿Te acuestas con él por diversión?

Toda mi cara se calentó, y la indignación sustituyó a mi terror por lo que Adam había planeado para mí.

—¡Eso no es asunto tuyo! —Malditos sean estos cambiaformas y su olfato.

Adam sonrió con satisfacción, lo que no disminuyó su aire impresionante.

—¿Qué quieres? —pregunté—. ¿Me has salvado sólo para secuestrarme y poder interrogarme sobre mi vida amorosa?

Se pasó los dedos por el pelo negro azabache.

—No, Sydney, no podría importarme menos con quién coño te estas acostando.

Agarrándome con ambas manos al borde del colchón, tragué saliva.

—Entonces, ¿qué quieres de mí? —¿Me secuestró para utilizarme contra Cole? Se odiaban mutuamente, y tal vez me tomó como garantía o palanca para su batalla en curso.

—Quiero que me des a Benjamin Pierce.

Miré boquiabierta a Adam.

—¿Quién?

—Benjamin, el hombre que te observaba como un halcón en la cafetería.

—¿Me has secuestrado para interrogarme sobre alguien que no conozco?

Le tembló un músculo de la mandíbula y sus ojos se oscurecieron de irritación.

—Me estás mintiendo.

—Te lo juro, Adam, no lo conozco. Ya te lo he dicho antes.

Se movió tan deprisa que no me di cuenta hasta que se elevó sobre mí y me rodeó los brazos con las manos. Me dio una pequeña sacudida y jadeé más por la impresión que por el dolor. Fue sorprendentemente suave en su ira. Dudaba que Adam quisiera hacerme daño. De ser así, ya estaría muerta.

—Odio a los mentirosos—dijo.

Sosteniéndole la mirada, respondí:

—No miento. Nunca había visto a Benjamin antes de que intercambiáramos unas palabras en la cafetería.

Adam seguía aferrado a mí, con sus ojos clavados en los míos.

—Sin embargo, se suponía que me darías información sobre él la noche que aceptaste venir aquí.

Tragando saliva, confesé.

—Vale, iba a venir con su ubicación porque necesitaba tu ayuda con algo... con alguien. Pero eso era todo. Me encontré con Benjamin en mi edificio de apartamentos y me dijo que vivía allí. Eso es todo lo que tenía.

Lentamente, la expresión de Adam pasó de tormentosa a curiosa.

—Vive en tu edificio. —Asentí, aunque no había hecho ninguna pregunta—. Es curioso que digas que lo no conoces y, sin embargo, te acose en tu lugar de trabajo y da la casualidad de que

vive en tu edificio.

—Supongo que es un cazador y me estaba espiando.

Parpadeó sorprendido y se echó hacia atrás.

—¿Por qué te vigilaría un cazador? No eres una gran amenaza al ser una mestiza medio lobo-

—¡Ni lo digas! Estoy harta de oír a la gente llamarme mestiza con ese tono de asco.

La diversión bailó en la cara de Adam mientras levantaba ambas palmas. Me relajé un poco más. No me parecía un peligro en absoluto. Incluso mi loba estaba tranquila, como si se sintiera segura en presencia de este cambiaformas. De hecho, le resultaba algo familiar. Era extraño.

—Cálmate. No quiero ofenderte. Pensaba que los cazadores estarían más interesados en poner sus manos en metamorfos completos que son más una amenaza para ellos que alguien que es principalmente humano. Quiero decir, apenas detecté tu loba cuando te conocí.

Suspiré.

—Es una larga historia.

Enarcó una ceja y me miró la pierna vendada. Me había arremangado los vaqueros para poder curarme la herida. Las vendas blancas de la pantorrilla ya estaban empapadas de sangre.

—Tienes tiempo—me dijo—. No irás a ninguna parte hasta que eso empiece a curarse.

—No puedo quedarme tanto tiempo. Cole me estará buscando. Se va a cabrear mucho cuando llegue a casa y me haya ido.

—¿De quién tienes más miedo? ¿De Cole o de mí? Porque soy yo quien te tiene prisionera en mi guarida.

—Es curioso, no me siento como una prisionera, y esto no es una guarida —bromeé—. Si fueras tan malvado como Cole parece creer que eres, ya estaría muerta.

Adam gruñó de esa forma que deduje que era típica cuando estaba irritado o se divertía.

—Sí, lo estarías. Menos mal. No soy el monstruo aterrador que tu novio te ha dicho que soy.

—Sí, menos mal —refunfuñé—. ¿Por qué me has salvado?

—No ha sido mi intención. Estaba en el apartamento de Cole para conseguir la información que necesitaba sobre Benjamin. Orquesté todo un plan para alejarlos de ti para nada. Conseguí que mi manada causara problemas en la ciudad, sabiendo que el Sr. Héroe...

—¿Supongo que ese es Cole? —pregunté.

Adam se rio.

—Tu novio bien podría ir por ahí con una capa. Siempre está intentando salvar a humanos y metamorfos como si estuviera compitiendo por el puto Premio Nobel de la Paz.

—Eso es encomiable. Tal vez como colega Alfa, deberías tratar de ser más como él.

El bufido burlón de Adam casi me hizo reír. ¿Ser bueno era realmente tan detestable para él?

—No soy un héroe.

—Tampoco eres un villano.

Suspiró.

—Sydney, ¿no me has escuchado antes? No te he salvado la vida intencionadamente. Me presenté en casa de Cole para secuestrarte y sacarte información. Dio la casualidad de que te estaban atacando, y maté a esos cambiaformas porque te quería viva para interrogarte sobre Benjamin. Salvar tu vida fue puramente egoísta.

Puse los ojos en blanco.

—Ya. —Algo me decía que Adam era un buen tipo bajo su ruda apariencia.

—Sin embargo, perdí mi tiempo involucrándome en tu drama. No tienes absolutamente nada para mí.

—Te he dado la ubicación de Benjamin —argumenté.

—Que seguro que ya ha abandonado. Benjamin desapareció al mismo tiempo que tú dejaste de ir a trabajar.

—Mierda, entonces realmente es un cazador.

Adam me observó con los ojos entrecerrados, probablemente intentando averiguar si estaba mintiendo.

—¿Por qué estás tan empeñado en encontrarlo? —le pregunté—. Casi parece una obsesión.

Adam exhaló y se acercó a una ventana. Mirando hacia afuera, dijo:

—Benjamin mató a mi madre.

—Oh... —La simpatía me inundó. Adam y yo teníamos mucho en común, entonces.

—Suponiendo que sea un cazador, que parece que es el caso, espero que lo encuentres—. Adam me miró con el ceño fruncido—. Los cazadores también mataron a mi madre... creo.

—¿No es algo de lo que deberías estar segura?

Me encogí de hombros.

—Nunca conocí a mi madre. Me dijeron que la mataron cuando yo tenía unos dos años. Me adoptó su amiga y me mantuvo a salvo hasta que los cazadores me encontraron.

Aparentemente intrigado, se volvió hacia mí y se cruzó de brazos.

—¿Cómo te encontraron?

—Esa es la parte desconcertante. Diecisiete años volando bajo su radar, y simplemente aparecieron un día, mataron a mi tía, y han estado tras de mí desde entonces. El único culpable que se me ocurre que podría alertar a los cazadores es mi tío Sam, pero él quería a mi tía Lydia. No creo que quisiera que la mataran.

—Tal vez no intencionalmente —murmuró Adam.

Mi mirada voló hasta encontrarse con la suya. Adam podría estar adivinando algo. Tal vez fue Sam quien avisó a los cazadores. Me pasé los dedos por el pelo y suspiré con fuerza.

—Me siento como si hubiera estado viviendo en una pesadilla confusa durante meses. Estoy tan cansada.

—Bueno, será mejor que te animes, Sydney. Cansarte y bajar la guardia en este mundo hará que te maten. ¿Tu compañero no te ha enseñado nada?

—Me parece que te importa. Supongo que no eres tan horrible como pretendes ser.

Frunció el ceño.

—No importa. Siento lo de tu tía. Los humanos a veces quedan atrapados en el fuego cruzado.

Asentí y me apoyé en el cabecero. Me dolían la cabeza y la pierna.

—Gracias. La tía Lydia era la mejor amiga de mi madre. El último deseo de mamá fue que su amiga me llevara y me protegiera del mundo de los metamorfos, así que no supe que era medio loba hasta hace poco. —Me sentía cómoda hablando de mi madre con Adam porque él se sentía identificado—. Por las cartas de mamá, sabía que se avecinaban problemas porque se había enamorado del hombre equivocado. Un humano. Un cazador.

Adam se acercó, con las cejas fruncidas.

—Huh. Suena muy parecido a la historia de mi madre.

—Qué coincidencia, ¿eh?

Asintió, pero seguía con el ceño fruncido y me observaba con una nueva curiosidad.

—Mi madre estuvo un tiempo con mi padre. No era una pareja, es decir, ella no era la verdadera pareja de papá. Su unión fue más bien para procrear. Cuando yo tenía unos siete años, mamá se fue. Estuve mucho tiempo enfadado con ella. Me abandonó. Pero cuando crecí, entendí por qué se fue. Odiaba ser una de las concubinas de mi padre, compartirlo con otras hembras para crear el mayor número posible de crías que ayudaran a crecer a la manada.

Mis cejas se alzaron.

Adam se encogió de hombros.

—Muchos de los metamorfos más antiguos aún siguen prácticas arcaicas. De todos modos, mamá quería más. Quería amor. —Sus labios se movieron ligeramente en las comisuras—. Me lo contó todo en una carta. En la otra carta que me dejó, me decía lo mucho que me quería. Lo difícil que era para ella dejarme. Pero odiaba su vida en la manada de mi padre y tuvo que irse.

Papá no le permitió llevarme. Dijo que reharía su vida y volvería por mí. Sin embargo, se unió a los Guardianes de la Luna, y su vida fue cuesta abajo. La condenaron al ostracismo, y sin la protección de una manada, fue asesinada. ¿Entiendes ahora por qué los odio? ¿Por qué odio al Alfa?

La madre de Adam y la mía tenían demasiadas similitudes para ser coincidencias.

—Cole no tuvo nada que ver con lo que le pasó a tu madre hace tantos años.

—No, pero su padre sí. Odio a Cole por extensión, y después de encontrar a Benjamin y matarlo, pienso quedarme por Nueva Orleans y hacer de la vida de tu compañero un infierno.

Puse los ojos en blanco.

—Madura. —Me miró con otro de sus ceños fruncidos—. Vale, Adam, esto parece una locura, pero la historia de tu madre suena exactamente como la historia de mi madre.

Resopló.

—Mi madre también abandonó su primera manada y se unió a los Guardianes de la Luna —dije—. Se enamoró de un cazador y fue rechazada por la manada por su traición. Los cazadores la mataron. Se llamaba Sophia Elliot.

La mirada de Adam saltó a mi cara.

—¿Sophia Elliot? Eso es... —Sus cejas se fruncieron—. Ese es el nombre de mi madre.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Adam y yo nos quedamos boquiabiertos durante no sé cuánto tiempo.

Capítulo 24

Sydney

Mi mente se aceleró.

Adam era mi medio hermano.

—¿Cuántos años tienes, Adam? —pregunté, rompiendo el silencio.

—Veintiocho.

—Tengo veinte años. La cronología cuadra, y nuestras historias sobre nuestras madres son las mismas. Somos hermanos.

La boca de Adam se abría y cerraba, pero no salían palabras. Era como si le costara procesarlo. Yo también, pero mi emoción por descubrir un pariente de sangre aumentó.

Finalmente, dijo:

—Si eso es cierto, entonces tu padre mató a mi madre, lo que significa que Benjamin Pierce es tu padre.

Me quedé boquiabierta.

—No... —Sacudí la cabeza—. Mi padre está muerto.

—¿Por qué estás tan segura? Has dicho que tenías dos años cuando te acogió una humana. ¿Alguien encontró su cuerpo? Seguro que encontraron el de mi madre, así que seguro que está muerta.

—Nuestra madre —corregí—. Mi tía me dijo que mi padre murió junto con Sophia.

Adam resopló y puso los ojos en blanco.

—¿Eso te dijeron? Sophia fue la única muerta confirmada. Su cuerpo fue el único encontrado.

Probablemente pensaba que yo era una tonta ingenua. Mierda. ¿Podría tener razón? Mi corazón palpitó. ¿Podría Benjamin ser realmente mi padre? Parecía inverosímil. El hombre y yo estuvimos cara a cara hace semanas y nunca dijo nada. Repasé nuestra interacción en mi mente.

Hubo un momento en que su comportamiento me pareció extraño. Se me quedó mirando como si me reconociera. Pero lo había pasado por alto como si yo simplemente le recordara a otra persona que conocía.

—Te equivocas; mi padre no mató a Sophia.

Un músculo se contrajo en su mandíbula.

—¿Cómo lo sabes?

—Él la amaba. He leído las cartas que le escribía. Nunca le habría hecho daño. Es imposible que Benjamin sea mi padre.

Adam se echó a reír.

—¿Te oyes? ¿Estás apostando por las cartas? Es un cazador. Probablemente se hizo amigo de ella sólo para acercarse lo suficiente como para acabar con ella. Los cazadores son unos hijos de puta despiadados conspiradores.

Me quedé sin palabras porque mi cerebro aún intentaba procesar la posibilidad de que mi padre estuviera vivo y lo hubiera conocido.

—Vale, no nos vamos a preocupar por eso ahora. Lo bueno es que somos hermanos. Siempre he querido...

—Eso no es seguro, y no necesito más hermanos. Ya tengo muchos. Mi padre se tomó el procrear como un deporte.

Se me cayeron los hombros. Ser rechazada desde todas las direcciones era ya un fastidio. Mi pareja no podía reclamarme, y me había encontrado con un hermano que tampoco quería hacerlo.

—Bien. Supongo que me he precipitado. No tenemos pruebas concretas, sólo historias coincidentes sobre nuestras madres. —Reprimí mi emoción de tener un hermano—. Debería irme. Tengo que volver a casa de Cole.

Adam me miró un momento y luego suspiró.

—Mira, no quería herir tus sentimientos.

—No lo has hecho.

—Mientes muy mal.

Desvié la mirada.

—Como quieras. ¿Vas a dejarme ir o qué? Tengo algunas cosas que resolver.

Levantó una ceja.

—¿Qué cosas?

—No es asunto tuyo.

Entrecerró sus ojos.

—No vas a ir a ninguna parte. Sé que puedes ayudarme a encontrar a Benjamin.

Levanté los brazos.

—¿Cómo? Afirmas que podría ser mi padre, pero por última vez, que no lo conozco.

—Obviamente está interesado en ti, así que voy a usarte para atraerlo.

—¿Quieres usarme como carnada? —me burlé.

—Así es... hermanita.

Su tono burlón me dio ganas de tirarle algo.

—No me llames así. Me acabas de decir que no te interesa tener otro hermano más.

Puso los ojos en blanco.

—No seas dramática. Te quedarás aquí hasta que traiga a Benjamin.

—Ahora sí que soy tu prisionera —refunfuñé—. He oído que algunos miembros de tu manada

son unos chiflados. No me siento segura quedándome aquí. —Me sentía más segura con Adam porque no había hecho nada para lastimarme. No sabía si el resto de su grupo era tan decente como él.

—Cole ha estado hablando mal de mi manada, ¿eh?

Me encogí de hombros.

—Tu reputación no es estelar por aquí.

Suspiró.

—Cole tiene razón. Mi manada es un puñado de gilipollas sin respeto por las normas o la decencia común. La mayoría de ellos son monstruos.

Le miré fijamente, preguntándome por qué sonaba tan disgustado.

—Eres su alfa...

Al cabo de un rato, respondió:

—Eso no significa que sea como ellos.

Estreché la mirada hacia Adam. Estaba aún más convencida de que su actitud ruda no era más que una fachada. Justo cuando iba a interrogarle sobre cómo se había convertido en el Alfade una manada que no le gustaba, me advirtió:

—No empieces a hacer preguntas.

—Si vas a tenerme prisionera, al menos deberías satisfacer mi curiosidad.

—Uno, no eres una prisionera. Serás libre de irte en cuanto me ayudes a sacar a Benjamin de su escondite. Dos, ocúpate de tus asuntos, Sydney. Cuanto menos sepas, mejor.

—Pero...

—Todo lo que necesitas saber es que nadie de mi manada te va a tocar.

—¿Por qué estás tan seguro? —le pregunté.

Su sonrisa no le llegaba a los ojos. Era más malvada que amistosa.

—Porque tengo un don para infundir miedo. Además, eres mi familia.

Enarqué una ceja mientras me frotaba la pierna dolorida. La mordedura del lobo empezaba a escocerme.

—Así que ahora de repente, ¿me consideras de la familia?

Adam suspiró y se frotó los ojos. Por primera vez me di cuenta de lo cansado que parecía. Parecía que la búsqueda del hombre que, según él, había matado a nuestra madre le había pasado factura. "La cosa es, Sydney, que la primera vez que te vi, mi lobo me exigió que no te pusiera un dedo encima. Por eso no te cogí y te metí en el maletero de mi coche aquel día que hablamos detrás de la cafetería.

Me aferré a la revelación de lo que había planeado entonces.

—¿Ibas a secuestrarme?

Se encogió de hombros.

—Quería respuestas, y pensaba que tú las tenías.

Le fulminé con la mirada y sacudí la cabeza.

—¿Todos los Alfa son gilipollas? Lo juro, Cole y tú sois iguales. Los dos sois arrogantes y pensáis que podéis hacer lo que queráis.

La sonrisita de Adam me irritó hasta el punto de querer darle una patada en la espinilla. Si no estuviera herida, lo haría y saldría corriendo.

—Hay que reconocer que el poder a veces se me sube a la cabeza.

Cuando se me pasó el enfado, me reí entre dientes.

—Al menos eres sincero. Entonces, ¿tu lobo te dijo que me dejaras en paz? ¿Crees que me olfateó y reconoció que compartíamos sangre?

—Tal vez. —Adam frunció las cejas—. No le presté mucha atención ese día. Estaba tan nerviosa por Benjamin.

—A veces mi loba también me habla... más o menos. No es tan fuerte porque no soy de sangre pura, pero me alerta del peligro y a veces me consuela. Es como compartir mi mente con una personalidad más fuerte y segura. Es muy raro.

—Te acostumbrarás.

—Si tuviera a alguien que me enseñara todo, ya estaría acostumbrada a mi loba.

—Tu compañero está haciendo un mal trabajo ayudándote a adaptarte —dijo Adam.

—Él no es mi... —Suspiré. Explicar mi complicada relación con Cole desenterraría demasiada miseria—. Suele estar ocupado con asuntos de la manada, y tiene una empresa que dirigir.

—Eso no es excusa.

—¿Por qué te importa? —Solté.

Adam levantó ambas palmas.

—No importa. Debería traerte algo de comer y beber.

Me apoyé en el cabecero de la cama y me miré la pierna vendada.

—¿Qué tal unos analgésicos? Si no tienes, tomaré lo mejor que podrías ofrecerme: un chupito de tu licor más fuerte. —Sentía que la pierna me ardía y que la cabeza me iba a estallar.

Adam frunció el ceño.

—¿Estás segura de que los analgésicos o el alcohol es lo mejor para ti en este momento?

—¿Y por qué no? Necesito un poco de alivio para soportar todo esto. No soy como tú. No puedo curarme en un abrir y cerrar de ojos.

—Bueno...

—¿Sabes qué? Olvídate de la comida, la bebida y los analgésicos —dije—. ¿Qué tal si hacemos un trato?

Sus cejas se arquearon.

—Te escucho.

—No tienes que tenerme como rehén para sacar a Benjamin. Te ayudaré con gusto si haces algo por mí a cambio.

Adam cruzó los brazos sobre el pecho.

—Podría ser tu padre. Entiendes que tengo la intención de matarlo, ¿verdad?

Fruncí el ceño. Ayudar a atraer a un hombre hacia su muerte no me sentaba bien, pero si realmente había matado a nuestra madre... que se joda. Además, dudaba que Benjamin fuera mi padre. Adam se había equivocado en esa parte.

—Lo entiendo perfectamente —dije.

—En ese caso, ¿qué puedo hacer por ti?

—Ayúdame a salir de Nueva Orleans.

La habitación se quedó en silencio mientras nos mirábamos fijamente.

—Después de que te ayude a encontrar a quien buscas, claro —añadí—. Aunque dudo que sea de ayuda.

—¿Por qué quieres irte?

Era muy probable que Adam fuera mi hermanastro. Puede que fuéramos desconocidos, y puede que a él no le entusiasmara la idea de otro hermano, pero ¿qué demonios? Confiaría en él.

Tendría que hacerlo, ya que no hablaba tanto con Macy ni con Violet. Habían seguido con sus vidas mientras yo llevaba meses sentada en el apartamento de Cole.

—Irme será lo mejor que pueda hacer por Cole —revelé—. Los tipos que me atacaron cerca de su apartamento eran de su propia manada. Su manada se está volviendo contra él por mi culpa, y dudo que Cole tenga alguna idea al respecto. Va a sufrir por ayudarme. —Me pasé los dedos por el pelo y luché contra la bola de emoción que intentaba salir a la superficie—. No sólo él, sino todos los que me han ayudado. Tengo que salvar a mis amigos de... mí.

Adam frunció el ceño.

—¿Estás segura?

—Positivo. Mis atacantes se pusieron gallitos y soltaron mucha información. Supongo que pensaron que podían compartirla, ya que iban a matarme. Los ancianos y otros miembros de los Guardianes de la Luna están conspirando contra su Alfa, y todo es culpa mía. Tengo que irme.

—Entiendo de dónde vienes, Sydney, pero ¿estás segura de que quieres irte de la ciudad en tu estado?

Miré boquiabierta a Adam.

—¿Mi estado? Es una pierna herida, Adam. Ya se me pasará.

Me miró desconcertado.

—No me refiero a la pierna. Me refiero a la misma razón por la que me resistí a darte algo para el dolor cuando te traje aquí.

Aun así, me quedé mirándole sin comprender.

—Mira, no me gusta Cole Grayson, pero hasta yo tengo que admitir que lo que quieres hacer está mal.

—¿De qué estás hablando? —pregunté.

—¿Quieres irte de la ciudad con su bebé? —Adam negó con la cabeza—. Eso sí que es una jugada de mierda, Sydney.

Me quedé boquiabierta. Me costó procesar la afirmación de Adam.

—¿Perdona? ¿Qué bebé?

Los ojos de Adam se abrieron de par en par.

—Oh, mierda. ¿No lo sabías? —Se frotó la mandíbula y me observó con culpabilidad—. No pretendía adelantarme a ti. Suponía que sabías que estabas embarazada.

—¿E-embarazada? ¿Cómo puede...? —Me llevé la mano al estómago mientras repasaba las últimas semanas. Mi ciclo siempre había sido irregular, así que no le di importancia cuando no me vino la regla. Los pocos días que me sentía mal, pensaba que era por la ansiedad causada por

la incertidumbre sobre mi futuro. Me preguntaba constantemente cuándo volvería a tener una vida normal.

Cole y yo no usábamos protección cuando estábamos juntos. Las pocas veces fueron siempre tan espontáneas y cargadas de pasión que ni siquiera pensamos en la responsabilidad de ser padres.

—Oh, Dios. ¿Qué voy a hacer?

La pregunta no era realmente para Adam, pero respondió.

—Quieres decir, ¿qué vais a hacer Cole y tú? No tengo experiencia con parejas o bebés, pero estoy bastante seguro de que esto es algo que se trata en pareja.

La idea de tener un hijo sin una pareja estable me aterrorizaba. Cole ni siquiera me reclamaría como su pareja. No había manera de que él aceptara de buena manera tener un niño conmigo. Sin embargo, nunca había sido cobarde. Al menos tenía que contarle lo del bebé. Vería cómo reaccionaba antes de seguir adelante con mi plan de abandonar Nueva Orleans.

—Tienes razón —le dije a Adam—. Por eso tienes que llevarme de vuelta. Tengo que decírselo a Cole. —No sólo sobre el bebé, sino sobre todo lo que había descubierto sobre su manada.

—¿Cómo demonios Cole no ha detectado tu embarazo? Cuando te traje aquí, en cuanto empecé a limpiarte la herida olí que había algo diferente en ti.

Puse los ojos en blanco.

—Me molesta cuando hacéis eso. Una chica no tiene ninguna intimidad —refunfuñé.

Adam sonrió satisfecho.

—Mi punto es que el sentido del olfato de tu Alfa es tan bueno como el mío. Debería haberlo sabido.

—No ha estado mucho conmigo las últimas dos semanas. Suele llegar tarde a casa cuando ya estoy dormida. —En la habitación de invitados en lugar de su dormitorio—. Ha estado muy ocupado. Distráido. —Por eso me sentía tan culpable de traer más problemas a su puerta—. Tienes que ayudarme, Adam. Llévame a casa de Cole para que pueda contarle lo que pasa. Aun así te ayudaré con Benjamin, lo prometo.

Adam me sostuvo la mirada un momento, como si intentara calibrar si hablaba en serio. Finalmente, suspiró.

—Todo lo que quería era encontrar a un hombre y vengarme. De repente, me encuentro en medio del drama de tu relación y la de Cole.

—¿Pero vas a ayudarme? —pregunté esperanzada.

Me miró molesto.

—Claro, como quieras.

Me mordí el labio para ocultar mi sonrisa. Adam se esforzaba tanto por ser el malo cuando en realidad era amable.

Capítulo 25

Cole

—Tengo que encontrarla. —Me paseé por el salón, pasándome los dedos por el pelo con creciente agitación.

—Cole, cálmate. —Damian me miró con recelo.

—¡No me digas que me calme! —rugí. Mi lobo estaba peligrosamente cerca de la superficie. Quería liberarse e ir a matar hasta que encontrara a Sydney. Nunca había sentido nada igual. Un nuevo nivel de emoción que mezclaba la furia y el terror en uno solo. Nunca me habían arrebatado algo tanpreciado como una compañera predestinada.

El caso es que no era consciente de lo importante que se había vuelto Sydney para mí hasta que se fue. La culpa me punzaba en el pecho por haberla ignorado prácticamente las dos últimas semanas. Había tomado una salida cobarde, distanciándome de ella porque sentía que me estaba apegando demasiado a ella.

—Tienes que enfrentarte a esto como a cualquier otra cosa —dijo Damian—. Con la cabeza fría. Si la pierdes ahora, no llegaremos a ninguna parte con la búsqueda.

Respirando hondo, miré a mi Beta y asentí.

—Tienes razón.

Dominic, Stephan y Alex estaban en la habitación. Noté que mantenían las distancias. Nunca me habían visto tan cerca de perder la cabeza. Imaginé que era incómodo para ellos. Era injusto por mi parte arremeter contra ellos cuando lo único que habían hecho era mostrarme lealtad. Ninguno de ellos dudó en ayudarme a mantener a Sydney a salvo, aunque los ancianos y el resto de la manada desaprobaran mis acciones.

—Lo siento, chicos —dije. No me disculpaba a menudo, pero se lo merecían—. Es que estoy realmente preocupado. —Era difícil olvidar la imagen de la sangre que había visto en el callejón entre los edificios de apartamentos a una manzana de mi casa. Había vuelto a casa para ver cómo

estaba Sydney en lugar de enviar de vuelta a Alex, y había desaparecido.

Mientras rastreaba su olor hacia el parque, estaba furioso. Tenía pensado sermonear a Sydney cuando la encontrara. Por supuesto, con la ardiente pasión que había entre nosotros, mi sermón probablemente se tornaría en algo sexual rápidamente. Cuando olí su sangre y vi la evidencia de una pelea, mi furia se disipó, dejando en su lugar puro terror. No recordaba haber entrado nunca en pánico por nada antes de ver la sangre de Sydney en el pavimento.

La mayor parte no era suya, pero seguro estaba herida. En el suelo estaban su móvil roto y el puñal que le había devuelto. Había sangre en el cuchillo, y sabía que le había sacado una tajada al menos a uno de sus atacantes. Sentí un poco de orgullo por ello. Sydney era feroz. Eso era un poco reconfortante. Dondequiera que estuviera, sabía que lucharía.

—Por supuesto, estás preocupado. Todos lo estamos.

Miré a Alex, que se había adelantado. No me miró.

—Esto es culpa mía. La dejé...

—No, la culpa es mía —interrumpí—. Te ordené que te unieras al resto de nosotros. Debería haberte dejado quedarte con ella.

Alex suspiró y siguió estudiando sus botas.

—Aun así, me siento responsable. Voy a volver a revisar el parque. Quizá nos hayamos dejado algo.

Sabiendo que Alex sólo necesitaba mantenerse ocupado debido a su culpa innecesaria, asentí.

—Claro, adelante.

Cuando se fue, Stephan dio un paso adelante. Había sido el más tranquilo de todos nosotros. Normalmente estaba en el recinto de la manada y no se había acercado tanto a Sydney como el resto de nosotros. Así que no sentía el nivel de preocupación que sentíamos nosotros.

—Sé que no estás en el momento adecuado para discutir asuntos de la manada —dijo—. Pero no hemos descubierto que la sangre de ese callejón pertenecía a hombres lobo y no a cazadores.

Me restregué la cara. Era información crucial, pero no podía importarme menos con Sydney

desaparecida. Una vez que la encontrara, me preocuparía de todo lo demás.

—No es un buen momento —dijo Damian entre dientes apretados.

Stephan parpadeó, me miró y retrocedió.

—Por supuesto.

Dominic miró molesto a Stephan.

—Alfa, Esteban y yo deberíamos limpiar ese callejón antes de que algún humano vea la cantidad considerable de sangre y lo denuncie o haga algo al respecto.

—Está bien. —Masajeando el puente de mi nariz, dije—: Hazlo. Gracias. —Normalmente, yo habría sido el primero en recomendar eso, pero mi mente estaba fuera de sí.

Cuando Damian y yo nos quedamos solos, dejé traslucir mi vulnerabilidad.

—Hemos buscado durante horas. Hemos buscado por todas partes. ¿Y si...?

—Si estuviera muerta, lo sabrías.

Lógicamente, lo sabría. El vínculo de nuestra compañera se rompería, y sentiría el impulso abrumador de unirme a ella en la muerte. Pero...

—Había tanta sangre.

—No era toda suya —me recordó Damian.

Tenía que ponerme las pilas. Alguien se había llevado a mi compañera y ella contaba conmigo para encontrarla. Respirando hondo, dije:

—Voy a encontrar a Sydney. Destrozaré esta ciudad hasta que lo haga. Luego, me encargaré de los bastardos que se atrevieron a herirla y arrebátarmela.

—Y has vuelto —dijo Damian—. Gracias a Dios.

—Necesito la ayuda de Macy. Tienes que ir a buscarla.

Damian balbuceó:

—¿Q-qué? ¿Yo? ¿Por qué tú...? Cole, vamos.

—Por el amor de Dios, Damian, necesito que dejes a un lado tu incomodidad y hagas esto por mí. No me alejaré mucho del apartamento por si Sydney regresa. Es una luchadora. Existe la posibilidad de que aparezca y necesito estar aquí.

Damian se tragó su protesta. Con los hombros rígidos, asintió.

—Sí, iré a buscar a Macy.

—Damian.

Se detuvo ante la puerta y se dio la vuelta.

—Sé que te estoy pidiendo mucho. Siento haberte puesto así en el camino de Macy. Ahora entiendo más que otros lo duro que es enfrentarse a una pareja que rechazaste. —A Damian le tembló un músculo de la mandíbula—. Pero si alguien puede ayudar a localizar a Sydney, es Macy.

—No hace falta que te disculpes, Alfa. Haré lo que me pidas —dijo con su típico aire de lealtad inquebrantable.

Damian abrió la puerta de un tirón y ambos nos quedamos paralizados. Había tanta emoción entre nosotros, nublando nuestros sentidos que ni siquiera habíamos detectado a la persona que buscábamos. Mi aliento salió de mis pulmones con un suspiro de alivio, y mi lobo casi aulló de excitación.

—Sydney —respiré.

Su mirada saltó hacia mí, y parecía aterrorizada. Fruncí el ceño, pero entonces me di cuenta de que no estaba sola, al mismo tiempo que el gruñido amenazador de Damian llegaba a mis oídos. Sydney dio un paso y tropezó. Adam Blackwell apareció para rodearle la cintura con un brazo.

—Tranquila —dijo—. Cuidado con la pierna.

Me di cuenta de que Sydney estaba herida. La pernera izquierda de sus vaqueros estaba remangada, dejando al descubierto unos vendajes manchados de sangre. Estaba preocupado por ella, pero al mismo tiempo quería matar al hombre que la tenía en sus manos, e iba a hacerlo.

—Damian, retírate. Es mío —gruñí, avanzando hacia Sydney y Adam con intenciones mortales.

Los ojos de Sydney se abrieron de par en par cuando avancé. Se separó de Adam y avanzó cojeando, colocándose entre nosotros. Levantó ambas palmas.

—Chicos, parad.

La cogí en cuanto estuve en la puerta, tirando de ella hacia dentro y alejándola de Adam. Se tambaleó, pero la sostuve en pie.

—¿Dónde demonios has estado? ¿Qué tan grave es tu herida? ¿Te ha hecho daño Adam? —Mis preguntas iban una detrás de otra mientras buscaba más heridas.

—Sí, la herí y la secuestre sólo para ser lo suficientemente estúpido como para devolvértela yo mismo —dijo Adam, sus palabras goteaban sarcasmo—. No tengo ganas de morir, Grayson.

—Creo que sí —dijo Damian en voz baja. Mortal. Sus ojos brillantes estaban fijos en Adam, que lo miraba con el ceño fruncido, aparentemente preparado para un ataque.

Intenté colocarme delante de Sydney para protegerla si las cosas se ponían feas. Sin embargo, ella volvió a colocarse delante. "Vamos, chicos, ¿Esto es en serio? Como ha dicho Adam, ¿de verdad creéis que sería tan estúpido? No me ha hecho daño. Me salvó la vida y me curó la herida. Me cuidó bien y me mantuvo a salvo cuando ni siquiera estaba consciente. Tuvo la amabilidad de escoltarme hasta aquí. Yo sola no lo habría conseguido.

Parecía agotada y pálida. Le pasé un brazo por los hombros y le dije:

—Siéntate. —Aunque los celos asomaron su fea cabeza, le di las gracias a Adam a regañadientes.

Se encogió de hombros.

—¿Te importaría decirle a tu perro guardián que retroceda?

Damian seguía mirándole con desprecio.

—Por favor —suplicó Sydney—. Adam es un amigo.

Damian no se retiró hasta que le ordené:

—Damian. Retrocede.

Casi pongo los ojos en blanco ante la decepción de mi Beta. Estaba deseando acabar con el Alfa de las Garras Sangrientas. Sin embargo, Sydney había dicho que el hombre la salvó. Tenía que demostrarle mi gratitud dejándole al menos salir de aquí con vida.

Seguro de que Damian no se abalanzaría sobre Adam, atraje a Sydney hacia mis brazos. No me importó que Damian y uno de mis rivales me observaran. Apreté mis labios contra los suyos, me los bebí y disfruté del alivio de tenerla conmigo. Ella se relajó contra mí y me devolvió el beso con fervor. Finalmente me separé para que pudiéramos tomar aire.

Entonces apareció mi enfado.

—Casi me vuelvo loco cuando no pude encontrarte. ¿Por qué has salido del piso, Sydney?

—Lo siento, yo... ¿de verdad? —Me miró con los ojos muy abiertos.

Frunciendo el ceño, pregunté:

—¿Qué?

—Has dicho que casi pierdes la cabeza. No pensaba que...

—¿Pensabas que no me importaría? —gruñí—. ¿Sigues pensando que soy tan gilipollas después de todo este tiempo? —Apreté los dientes—. ¡Claro que me importas! Te juro que nunca había querido besar y estrangular a alguien al mismo tiempo.

—Por dios, ¿podéis dejar el drama romántico para más tarde? No tengo toda la noche.

Me volví para mirar a Adam y él enarcó una ceja. Me inspiraba un respeto a regañadientes. Estaba en mi casa con un Alfa más fuerte que la mayoría, un Beta despiadado y sediento de sangre, y más chicos de nuestra manada cerca. Sin embargo, no mostró ni una pizca de miedo. Adam tenía nervios de acero para pasearse por aquí con Sydney. O era muy valiente o extremadamente estúpido, y yo no lo consideraba que fuera ningún tonto.

—Cole. —Sydney recapturó mi atención.

—Tenemos que hacer que te miren la herida y luego me vas a contar lo que ha pasado —le dije.

—Olvídate de mi herida por ahora.

—Sydney...

—Escúchame. Tengo algo importante que decirte. Dos cosas, en realidad.

Se apartó, poniendo distancia entre nosotros. No me gustó.

—Una de ellas es algo importante. Es un enorme problema. —Su risita nerviosa me hizo sospechar—. Al menos lo será en unos meses.

Adam resopló y Sydney le lanzó una mirada de advertencia.

Eso me cabreó. Eran tan buenos amigos, ¿ahora compartían secretos? Tal vez tendría que matar a Adam después de todo.

—¿Qué pasa, Sydney?

Tragó saliva y reapareció la expresión de terror que tenía cuando llegó. El malestar se apoderó de mi estómago y me pregunté qué podría ser tan grave en sus noticias.

Capítulo 26

Cole

Estaba de pie junto a la ventana, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando cómo Macy trabajaba en la pierna de Sydney. Por supuesto, había ignorado su petición de que habláramos primero. Su seguridad era primordial. Podríamos hablar cuando no le doliera. No estaba seguro de en qué momento exacto, a lo largo de los tres meses, la compañera que había rechazado se había vuelto tan importante para mí.

Entró en mi vida a toda velocidad y se abrió camino hasta mi corazón con su atrevido encanto y su humor sarcástico. Sydney era la última persona que creía que quería como compañera: una mestiza casi humana que no tenía ni idea de lo que era ser Luna.

Incliné la cabeza y la estudié. Sydney tenía la mandíbula apretada mientras Macy le ponía un ungüento curativo en la herida de la mordedura. No emitió ni un solo sonido. La mujer era fuerte física y mentalmente. El valor que había demostrado desde que la conocí era encomiable. Pensándolo bien, tal vez tenía la fortaleza para estar al lado de un alfa. A mi lado.

Una suave risa de disgusto desvió mi atención de Sydney y Macy. Adam, a quien insistí en que se quedara hasta que pudiera interrogarlo, estaba cerca. Lo quería cerca para poder vigilarlo. Ayudaba a mi compañera, pero un movimiento en falso y acabaría con él.

Sacudió la cabeza mientras me observaba.

—¿Qué? —pregunté.

—Así que, esto es lo que encontrar pareja le hace a un hombre.

Levanté una ceja a modo de pregunta.

Adam sonrió satisfecho.

—Te hace ablandarte. El gran villano Cole Grayson, con la sangre de uno de los linajes de hombres lobo más poderosos, contemplando a una pequeña medio humana con corazones en los

ojos. —Se rio como si hubiera contado el chiste del siglo.

Sydney nos miró con curiosidad. Parecía que no había oído lo que dijo Adam. Tampoco Macy. Pero estaba segura de que Dominic, que estaba al otro lado de la habitación, lo había oído.

Apretando los dientes, luché contra el impulso de plantar mi puño en la cara de Adam. El bastardo engreído. Sin embargo, tenía un punto. Tal vez me había ablandado. Contemplé la idea de reclamar a mi compañera, sin importar la opinión de mi manada. Estaba dispuesto a tomarla y desaparecer de aquí, mantenerla a salvo de los cazadores y de mi manada. Nunca antes había tenido esos pensamientos locos.

—Mientras atienden a Sydney, ¿por qué no charlamos tú y yo, Adam?

Frunció el ceño y miró alrededor de la habitación. Damian, que normalmente estaba a mi lado, no estaba en la habitación. Me había apiadado de mi Beta y lo había enviado de vuelta al recinto con Stephan. En cuanto llegó Macy, perdió el juicio. Alex estaba en mi oficina, ayudando a mi asistente, Justin. Así que Dominic era el único aquí. Insistió en quedarse si el Alfa de una manada rival iba a estar en mi apartamento.

—Una charla, ¿eh? Con eso, ¿quieres decir que tú y tu secuaz de ahí, —Inclinó la barbilla hacia Dominic—, me acompañáis fuera y me sacáis?

Una comisura de mis labios se torció mientras una sonrisa amenazaba con aflorar.

—Mientras no me des motivos para ello, no tengo intención de *matarte*... esta noche.

Su mirada inquebrantable se encontró con la mía.

—Qué reconfortante.

Me invadió una oleada de preocupación. Rápidamente me di cuenta de que no eran mis emociones, sino las de Sydney. Nos observaba a Adam y a mí con cautela, y su lobo se acercó al mío suplicante. No quería que le hiciera daño a Adam.

Suspiré.

—Sólo quiero hablar. De verdad. En privado. Si ataco, seguro que puedes defenderte.

Adam gruñó.

—Por supuesto que puedo. De lo único que podría arrepentirme luego es matarte en caso de que me ataques. —Miró a Sydney—. Y eso no le va a gustar a ella.

Me invadieron los celos y mi humor se ensombreció.

—Estás muy preocupado por los sentimientos de mi compañera. —¿Qué demonios estaba pasando entre Sydney y Adam? Ella no quería que le hiciera daño, y él no quería hacer nada para herirla. ¿Habían conectado mientras había estado con él después de que la salvara?

Una pizca de pánico se apoderó de mí. Si lo elegía a él en vez de a mí, no podía culpar a nadie más que a mí mismo. La rechacé, la traté como una mierda durante semanas y últimamente la había estado evitando. Tal vez quería seguir adelante. Aunque ella era legítimamente mi pareja, otro podría reclamarla. Era una vieja regla que la mayoría ignoraba porque ocurría raramente. Pero, si un compañero era rechazado, otro tenía todo el derecho de saltar sobre él y reclamarlo. Sólo había oído hablar de eso en el pasado, pero hay que admitir que la pequeña posibilidad me preocupaba.

Conteniendo mi agitación, mantuve mi rostro frío.

—Vamos, Adam. Tengo curiosidad por tu interés en Sydney.

Levantó las cejas, pero me siguió cuando me dirigí hacia la puerta.

—Cole —llamó Sydney, mirando a Adam con preocupación—. ¿A dónde vais?

—Tranquila, Sydney, sólo vamos a hablar —le dije. Abrió la boca para decir algo, pero rápidamente añadió—. Te lo prometo. Deja que Macy cuide de ti. Dominic, quédate aquí con las damas.

—¿A dónde demonios vas con Adam, y solo? —preguntó Dominic.

Ahugué un gemido. Era tan malo como Damian. Era divertido que los chicos estuvieran tan empeñados en ser leales y proteger al Alfa que se olvidaran de lo peligroso que yo era. Aun así, agradecía que mi manada se preocupara por mí.

—A la habitación de al lado. Estaré bien... papá —bromeé.

Dominic abrió mucho los ojos y me miró como si me hubiera salido otra cabeza.

Sonó una risita. Volví a mirar a Sydney para verla intentando contener la risa. La expresión de asombro de Dominic era cómica. No estaba acostumbrado a mis bromas. Supongo que lo de Sydney se me estaba pegando. Estaba seguro de que no iba a perderla por Adam Blackwell.

Adam estaba sentado en la mesa de mi despacho. Miraba el vaso de whisky que le había dado.

—No está envenenado —aseguré.

Su mirada se dirigió a la mía.

—Tal vez no haya nada que me mate, pero ¿cómo sé que no hay algo que me debilite? ¿Unas gotas de acónito, quizás?

Miré hacia el cielo.

—Sabes, nunca pensé que el Alfa de las Garras Sangrientas fuera tan melodramático.

—Nunca se es demasiado cuidadoso —respondió—. Estoy en la casa de mi enemigo, después de todo.

Le fulminé con la mirada, le pasé mi vaso y cogí el suyo.

—Ya está. ¿Contento? —Sonrió satisfecho, inclinó el vaso en señal de saludo y bebió—. Estás en la casa de tu enemigo —dije—. No es el típico comportamiento de hombre lobo. Estás aquí por Sydney. ¿Por qué?

Adam se rio entre dientes.

—Ah, ahora sé por qué querías que me quedara. Quieres estudiar lo que percibes como competencia por la mano de la dama.

Era un milagro que no se me rompiera el vaso en la mano. Luché por mantener a mi lobo bajo control.

—¿Eres mi competencia? —pregunté en voz baja. Mis ojos estaban fijos en él. Si creía que podía quitarme a mi compañera de encima, le arrancaría el corazón por la boca.

Adam dio un sorbo lento a su vaso, con los ojos llenos de alegría. El cabrón se burlaba de mí.

Tuve la tentación de olvidar la promesa que le había hecho a Sydney. Finalmente, dejó el vaso.

—No tengo ningún interés romántico en Sydney.

—Entonces, ¿cuál es tu interés?

Suspiró y miró hacia la puerta que daba al salón, donde estaba Sydney.

—Eso es algo que deberías discutir con ella.

—No, quiero saberlo de ti, Adam. ¿Por qué un Alfa salvaría a la compañera del Alfa líder de una manada rival? Simplemente eso no se hace.

—Tienes razón, bueno, quizás haya que cambiar las cosas. La mayoría de las reglas arcaicas son un montón de tonterías si me preguntas.

Me senté en la silla ante su inesperada respuesta.

—¿Por qué? ¿Porque van en contra de tu necesidad y la de tu manada de provocar el caos allá de dónde vais? Las reglas existen por una razón.

—Las normas hicieron que mataran a mi madre —espetó con vehemencia.

Parpadeé, una vez más sorprendido por su respuesta. Obviamente, me estaba perdiendo algo... o mejor dicho mucho.

—¿Qué tiene que ver todo esto con Sydney? ¿Por qué ayudarla? Me odias.

—Eso es algo en lo que podemos estar de acuerdo —dijo.

Enarqué una ceja. Su apasionado odio hacia mí era algo que nunca pude entender. No recordaba haberle hecho nada. Hacía tiempo que corrían rumores de que tramaba acabar conmigo, incluso antes de conocerlo. El hombre tenía una venganza personal contra mí, y yo no tenía ni idea de por qué.

—¿Por qué ayuda a Sydney? —reiteré.

Adam pareció dejar ir su ira con una exhalación.

—Bueno, Grayson, es una larga historia. Pero para abreviar, simplemente no quiero que le pase

nada malo. ¿De acuerdo? ¿Puedes aceptarlo?

Bajé el vaso de golpe.

—No.

—Dios mío —murmuró—. No estoy interesado en tu compañera de esa manera. Es mi familia.

La sala se quedó en silencio. Me quedé boquiabierto. Mierda. Realmente no podía matarlo ahora. Ya tenía una larga lista de cosas que compensar para caerle en gracia a Sydney. Matar a su familia sólo alargaría la lista. Frotándome la barbilla, ordené:

—Explícate.

—He dicho que es una larga historia.

—Tenemos tiempo.

Adam frunció el ceño.

—Sabes, si no fuera por tu compañera, ya te habría matado.

Sonreí con satisfacción.

—Lo mismo digo.

Adam dio un golpecito en el escritorio y agitó su vaso con la otra mano mientras lo miraba fijamente.

—Qué demonios, estar aquí contigo es mejor que estar en ese almacén de mierda con mi manada, fingiendo que me importan una mierda sus necesidades.

Mis cejas se elevaron. Adam seguía sorprendiéndome.

—¿Qué Alfa no se preocupa por su manada?

—Uno que aceptó el papel sólo para obtener los recursos para llevar a cabo su tarea de venganza. Después de eso, me voy. Pueden continuar con sus tonterías sin mí.

—¿Qué coño? —murmuré. Intrigado, me incliné hacia delante—. ¿De qué estás hablando?

Frunció el ceño.

—Sabes, Grayson, pensándolo bien, en realidad nunca te he odiado. Desde luego, no me opongo a tu opinión de que debemos permanecer ocultos a la mayoría del mundo humano. Cuanto menos sepan de nosotros, mejor para todos. Sólo odiaba lo que tu padre le hizo a mi madre.

Me quedé callado. En parte porque estaba aturdido y sin palabras y en parte porque me devanaba los sesos buscando una pista de lo que mi padre podría haber hecho. Era un buen Alfa, un buen hombre. Siempre fue sensato y justo.

—¿Qué crees que hizo mi padre?

Los ojos oscuros de Adam se entrecerraron hasta convertirse en rendijas.

—No protegió a mi madre. El bastardo justo la desterró de su manada y la dejó vulnerable a los cazadores. Un cazador en particular. Las acciones de tu padre llevaron a la muerte de Sophia Elliot, pero fue su amante cazador quien acabó con su vida.

Mi mandíbula se aflojó.

—¿Has dicho Sophia Elliot?

—Sí. Y no descansaré hasta encontrar al hombre que la mató. Estaba resentido por lo que tu padre y toda tu manada hicieron. —Adam bebió un trago y se encogió de hombros—. Pero quizá no fue justo por mi parte descargar mi ira contigo. No eres completamente horrible. Quiero decir, no puedes serlo. Si una chica dulce como Sydney se preocupa por ti, debes tener algo de bien en ti.

—Vaya, gracias —murmuré, ligeramente divertido. Mi cerebro trabajaba para procesar todo lo que Adam me dijo—. Sophia Elliot era la madre de Sydney. Así que tú eres su...

Asintió con la cabeza.

—Eso explica por qué estás aquí —dije. El monstruo celoso que llevaba dentro se retiró a su rincón.

Se sentó y exhaló ruidosamente.

—Intenté no preocuparme por sus problemas, pero aquí estoy.

Miré a Adam con creciente curiosidad. Así que no era el hombre que yo creía. Adam Blackwell podría muy bien ser un tipo de pie.

—Así que, en cuanto encuentres al hombre que mató a tu madre, ¿vas a dejar tu manada? —le pregunté.

—Así es. Una vez que los haya utilizado para conseguir lo que quiero, renunciaré como Alfa para dejar a esos malhechores a su suerte.

Acariciándome la barbilla, sugerí:

—O podrías dar un paso al frente, tomarte en serio tu posición de Alfa y cambiar las cosas. Llevar a las Garras Sangrientas en la dirección correcta.

Los labios de Adam se curvaron con disgusto.

—No todos deseamos llevar una capa de superhéroe como tú, Grayson.

Resoplé divertido. Nunca me había visto como un héroe.

Capítulo 27

Sydney

Todos se habían ido, dejándonos solos a Cole y a mí en su apartamento. Horas después de haber sido atacada, herida, secuestrada —más o menos— y de descubrir que llevaba en mi vientre al hijo de un alfa estaba agotada. Sin embargo, el sueño me evitaba. Paseándome frente a la ventana, ensayé en silencio mi discurso sobre cómo decirle a Cole que estaba embarazada.

Quería decírselo en cuanto se fueran los demás, pero insistió en que descansara. Me preparó una cena tardía y luego me ordenó que descansara. Cuando le dije que tenía algo importante que contarle, me dijo que parecía tan cansada como para desplomarme y que se sentiría mejor si dormía un poco. Así que hablaríamos mejor por la mañana. Era un gran detalle que yo le importaba. Me aferré a ese conocimiento, aun sabiendo que posiblemente todo cambiaría en unas horas.

Cole iba a enloquecer cuando le revelara que su manada conspiraba contra él por mi culpa y que estaba embarazada. Probablemente volvería a odiarme. Se me encogió el corazón de solo pensarlo. Me pasé una mano por la cara, suspiré pesadamente y dejé de pasearme para mirar por la ventana.

—Bueno, fue bonito mientras duró, supongo —murmuré. Cole nunca dijo que me quería o que le gustaba, pero sus acciones de los últimos meses lo decían todo. Se había encariñado conmigo, y eso estaba a punto de arruinarse. Al menos ahora sabía que tenía a Adam para apoyarme.

No nos habíamos acercado mucho el uno al otro en el poco tiempo que descubrimos que éramos parientes, pero había prometido ayudarme si Cole me echaba de su vida.

—No debería haberme encariñado tanto con él.

—¿Encariñarte con quién?

La voz de Cole procedente de la puerta me hizo pegar un grito ahogado. Me di la vuelta e hice un gesto de dolor al presionar demasiado mi pierna sin querer.

Frunció el ceño.

—Oye, se supone que debes descansar esa pierna.

Me miré la pierna vendada y me encogí de hombros.

—No pasa nada. Estoy bien. Lo que sea que Macy puso en la herida ha hecho su magia. Apenas siento dolor. Apuesto a que era un brebaje de bruja superguay.

Sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa y no pude evitar mirarle. En casa era otra persona. Estaba más relajado. El aire formidable que le rodeaba era menos intenso.

—Lo hace mucho por mí... me ayuda con sus brebajes de bruja. Le debo una.

Asentí con la cabeza. Al conocer mejor su relación con Macy, sabía que se ayudaban a menudo y que sólo eran amigos. Ya no sentía esa oleada de celos cuando pensaba en ellos juntos.

—Yo también le debo una. Creo que lo que puso en mi herida está acelerando el proceso de curación, algo así como aumentar mi capacidad de curarme tan rápido como lo haría un metamorfo completo.

Cole me estudió mientras se adentraba en la habitación.

—Es una curandera natural. Te he oído hablar sola. ¿Con quién no deberías haberte encariñado?

El calor me envolvió la cara y se extendió a mi cuello.

—Em... —Mis ojos recorrieron la habitación. ¿Cómo de vergonzoso sería si admitiera que me había quedado enamorada de él como un cachorro perdido y necesitado? —. Nadie.

Entró en la habitación y avanzó lentamente hasta que se elevó sobre mí. Estaba tan cerca que sentí el calor de su cuerpo y tuve la tentación de inclinarme hacia él.

—No eres muy buena mintiendo, Sydney.

—No es nada digno de mención, de verdad. —Di un paso atrás. No era que no quisiera estar cerca de él. Sólo me preocupaba que detectara lo que fuera que Adam había olido y descubriera que estaba embarazada antes de que pudiera decírselo yo misma.

Si alguno de los demás había notado algo diferente en mí, no había dicho nada. Damian tenía una

mirada curiosa mientras me estudiaba hace unos momentos, pero había desaparecido en cuanto llegó Macy, así que no tenía ni idea de si sospechaba algo o no.

Cole había estado demasiado distraído. Había estado vigilando a Adam, y además parecía estresado por mi desaparición. Ahora que estaba tranquilo y estaba más centrado en mí, temía que se diera cuenta.

Para asegurarme, di otro paso atrás.

Frunció el ceño y preguntó:

—¿Estás bien?

—Sí —gemí. Los latidos de mi corazón se aceleraron y sentí que me caía una gota de sudor por la frente. ¿Debía decírselo antes de que... oliera mi embarazo?

La mirada de Cole se entrecerró en mi rostro mientras me estudiaba con confusión.

—¿Qué? —pregunté.

—Tu corazón late fuerte —observó—. Y suena, —hizo una pausa como considerándolo—, diferente.

Oh, Dios.

Sabía que esto ocurriría en cuanto nos acercáramos. Su mirada curiosa me recorrió de pies a cabeza, como si buscara algo diferente en mí. Cuando se detuvo en mi barriga, me asusté y solté:

—¡Estoy embarazada! Por favor, no me odies.

El silencio que siguió a mi arrebato fue ensordecedor.

Se me cerró la boca y me puse a pensar. No había sido mi mejor momento.

Cole se quedó boquiabierto.

Al cabo de un rato, la inquietud se apoderó de mí. Era lo que me temía. Estaba enfadado y probablemente me echaría. Agaché la cabeza y luché por mantener la compostura. De ninguna manera mi orgullo me permitiría llorar y rogarle que hiciera que me quedara. Levanté la vista para sostener su mirada.

Inclinando la barbilla hacia arriba, dije:

—No lo supe hasta anoche, te lo juro. Tampoco creas que me quedé embarazada a propósito para atraparte, porque eso es ridículo...

—Sydney, para.

Ignorándole, continué defendiéndome.

—Mira, no te exijo ninguna responsabilidad. Puedo cuidar de mí misma. —Mi voz tembló sólo un poco al hacer esa afirmación porque en el fondo, me aterrorizaba hacer esto sola—. Sé que estás cabreado, y probablemente quieres que me vaya.

—Sydney...

—Me iré, pero hay algo más que tengo que decirte primero...

Cole capturó mis labios con los suyos, tragándose mi jadeo de sorpresa. Al principio estaba demasiado aturdida para responder, pero en unos segundos la cálida presión de su boca sobre la mía me derritió. Suspiré satisfecha y apoyé las palmas de las manos en su pecho para disfrutar del momento. Quizás lo mejor sería callarme y saborear el beso. Por lo que sabía hasta ese momento, podría ser el último que me diera.

—Cállate y escúchame —murmuró mientras se apartaba.

Le miré, un poco aturdida por el beso. No parecía enfadado. Un beso era lo último que esperaba de él después de mi noticia.

—Pensaba que estarías...

—¿Molesto? —terminó.

Asentí con la cabeza, sin palabras. Aquel beso prácticamente me había hecho arder y mi cerebro se había vuelto papilla.

Exhaló y me acarició la mejilla.

—En realidad, estoy aliviado.

Alcé las cejas al mismo tiempo.

—¿En serio?

—Sí. Llevo días devanándome los sesos, intentando pensar en una forma de conseguir que te quedes conmigo después de que desapareciera la amenaza de los cazadores. Me imaginé que te irías tan pronto como estuvieras a salvo, y no quiero eso. Ahora, al menos tienes una razón para quedarte conmigo.

Mis labios se entreabrieron, pero no salió ninguna palabra. Mi mirada se apartó de la suya porque había estado planeando marcharme. Las palabras de Adam resonaron en mi mente. *¿Quieres irte de la ciudad con el bebé de ese hombre? Eso sí que es una gilipollez, Sydney.*

Ahora que parecía que a Cole no le importaba mi embarazo, la culpa por haber planeado marcharme me punzaba en el pecho. Sin embargo, me asaltó la duda. ¿Y si mañana cambiaba de opinión sobre el bebé y quería que me quedara? Quizá era su nivel de estrés lo que le hacía hablar como un loco. Ha estado muy nervioso esta noche.

Me miró a la cara y frunció el ceño.

—Sigues sin confiar en mí. Lo odio.

Fruncí el ceño.

—Por supuesto, confío en ti. —No me habría quedado en su casa si no fuera así—. Me has mantenido a salvo de los cazadores.

—Quiero decir que no me confías tu corazón.

Estudié el suelo entre nosotros.

—¿Puedes culparme?

Su pesado suspiro flotó por la habitación.

—No. Al principio te traté fatal. —Tomó mis manos entre las suyas—. Por favor, dame la oportunidad de compensarte.

Exhalé, y el suave sonido estaba lleno de duda. Ese típico resquicio de esperanza que mi lado optimista solía sentir casi se levantó, pero mi lado lógico lo reprimió. Normalmente me decepcionaba cuando me atrevía a tener esperanzas.

—Pero casi siempre me has evitado, excepto cuando estamos... —Mis mejillas se calentaron—. Teniendo sexo. —Ese era el único momento en que nos llevábamos perfectamente.

Cole parpadeó y yo me ruboricé aún más.

—Lo sé —suspiró—. Porque soy idiota.

Mi mirada volvió a la suya.

Se pasó los dedos por el pelo.

—He estado intentando luchar contra mis sentimientos por ti, Sydney. Pensé que era lo mejor para la manada y para mí. Cuando sentí que te necesitaba demasiado, me alejé. Ya no puedo hacerlo. Casi te pierdo esta noche, y eso me ha obligado a dejar de ser un tonto.

Tragué saliva.

—¿Qué quieres decir?

Seguía aferrado a mí.

—Te estoy *pidiendo* la oportunidad de arreglarlo todo entre nosotros. Trabajaré para quitar esa desconfianza de tus ojos, no importa cuánto tiempo lleve.

—Pero no puedes reclamarme...

—Cometí un error cuando te rechacé. Tardé en darme cuenta.

Mi corazón se aceleró y la esperanza que intentaba mantener a raya afloró ante la posibilidad de tener la vida que había soñado con él. Mi compañero. Le sostuve la mirada, pero no dije nada.

—Por favor, dame una oportunidad para hacerlo todo bien —suplicó—. Te prometo...

—Cole, antes de que hagas ninguna promesa, hay algo que tengo que decirte.

—¿Se trata de ti o de nuestro bebé?

Me dio un vuelco el corazón. Parecía que ya aceptaba a nuestro hijo, y yo ni siquiera había ido al médico para confirmar nada. Aunque, ¿realmente lo necesitaba? Los sentidos de los hombres lobo eran más precisos que cualquier ecografía.

—Bueno, no —respondí—. Pero...

—Entonces dímelo más tarde. Lo único que me importa ahora eres tú. Nosotros.

—¿Hay un nosotros? —susurré.

Sonrió.

—Me gustaría que lo hubiera. Si me das una oportunidad, claro.

Haciendo a un lado mis dudas de meses de ser rechazada, asentí.

—Puedo darte esa oportunidad.

El alivio parpadeó en su rostro mientras exhalaba un suspiro.

—Gracias.

Antes de que tuviera otro pensamiento o pudiera decir otra palabra, me estrechó entre sus brazos y me besó. Tenía que admitir que estar en sus brazos era algo increíble. Me encantaba y esperaba que durara. Él disipó mis dudas con un beso... por el momento. Esa pasión consumidora que siempre se presentaba cuando estábamos así juntos se apoderó de mí.

Sin romper el contacto, nos acercamos a la cama con dosel. Mi top ya se había desvanecido, y yo estaba trabajando en sacar a Cole del suyo cuando se detuvo.

—Espera.

Me quedé inmóvil. Si no quería ir más lejos, probablemente moriría de intensa excitación.

—No deberíamos —dijo—. Tu pierna. No quiero empeorar tu lesión.

Dejé escapar una bocanada de aire. Con la carga sexual en la que me encontraba, me había olvidado por completo de mi herida. Las endorfinas inundaron mi organismo en el instante en que me besó, así que no sentí ni una pizca de dolor.

—Estoy bien, lo prometo —susurré.

Tras un momento de duda, se abalanzó para capturar de nuevo mis labios.

Capítulo 28

Sydney

Era pura felicidad. Estar en los brazos de Cole, sabiendo que estaba dispuesto a probar una relación de verdad conmigo, era como el mejor afrodisíaco. No podía tener suficiente de él. Aunque una pequeña parte de mí aún dudaba de nuestro futuro, así que quería todo lo que pudiera obtener de él en ese momento por si lo perdía.

Su piel desnuda se deslizaba sobre la mía mientras me besaba el cuello y el hombro. Cerré los ojos mientras saboreaba el calor que su boca producía en mi piel. En un momento, estaba de espaldas a él, cerniéndose sobre mí, y al siguiente, me había tumbado boca abajo. El movimiento fue rápido, pero a la vez suave.

Mi grito de sorpresa se convirtió en una risita. Todavía me sorprendía lo fuerte que era.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, mirando a Cole por encima de mi hombro. La intención carnal que brillaba en sus ojos me hizo estremecer de placer.

Sonrió satisfecho.

—Algo que te gustará.

No había duda de que lo haría. Nadie manejaría mi cuerpo como lo hacía Cole. No quería que nadie más lo hiciera. Me levantó para que me pusiera de rodillas, y mi corazón latió con anticipación.

—¿Estás bien? —murmuró.

—Deja de preocuparte por mi pierna, Cole. Estoy bien. —El dolor era algo secundario, con el delicioso calor de su cuerpo envolviéndome. Mi espalda estaba pegada a su duro abdomen e intenté acercarme aún más.

Me sentí aliviada cuando dejó de dudar y me tocó. Su mano se extendió sobre mi estómago de un modo sorprendentemente posesivo. Aquello disipó parte de mi arraigada ansiedad. Llevar a su

hijo ya no me parecía tan desalentador. Estaría a mi lado. Sabía que lo haría. Incluso si las cosas se torcían y cambiaba de opinión sobre su deseo de tener una relación, asumiría esa inmensa responsabilidad.

Había aprendido mucho sobre el Alfa de los Guardianes de la Luna. No era el imbécil distante que me había imaginado al principio. Era un tipo firme que intentaba hacer lo correcto.

Su mano se movió desde mi estómago y bajó hasta rozarme la entrepierna. Inspiré bruscamente cuando sus dedos se movieron entre mis muslos, provocándome.

—Por favor, Cole —gemí.

—Por favor, ¿qué?

El calor llenó mis mejillas. A veces era tan bromista. Así era siempre entre nosotros en la cama. Me sacaba de mi tímido caparazón y me convertía en una criatura deseosa de sexo.

—Date prisa y tócame.

—¿Dónde?

—Cole —gruñí.

Su suave risita llenó la habitación. Incluso el sonido de su risa era estimulante.

—Deja de torturarme. —Tenía una relación de amor-odio con sus burlas. Me encantaba porque me ponía tan nerviosa que solía explotar en cuanto me penetraba. Por otro lado, la frustración de no conseguir lo que quería inmediatamente era enloquecedora.

—Te gusta que te torture así —ronroneó, pasando un dedo por mi sensible capullo y entre mi raja.

Gemí. Ciertamente me encantaba. Siguió acariciándome el clítoris hasta que mi respiración se agitó. Mi cabeza cayó contra su pecho.

—Qué bueno —balbuceé, ya borracha de placer.

—Quiero hacerte completamente mía, Sydney. Por favor, dime que eso es lo que tú también quieres.

La confusión se mezcló con mi creciente éxtasis.

—¿Qué quieres decir? —Creía que ya era suya... por el vínculo de pareja.

—No te marcaré sin tu permiso.

La conmoción resonó en mí mientras la tensión crecía en mi interior.

—Yo... —Ni siquiera había pensado en eso, no pensaba que llegaríamos a este punto después de que me rechazara. Su marca en mí sellaría nuestros destinos para siempre. No habría duda de que nos pertenecíamos mutuamente si llevaba su marca.

También nos pondría en más peligro. El dolor del rechazo no era nada comparado con perder una pareja después de pasar por el ritual de marcado. Él era más fuerte. Probablemente lo superaría sin mí. Sabía que me marchitaría completamente sin él si llegábamos tan lejos.

Cole se tensó contra mí.

—Está bien —dijo—. Sin presiones. Entiendo que aún no confíes del todo en mí.

Tragando saliva, me torcí el cuello para mirarle. Me arriesgaría porque, bueno... él no sabía que me había enamorado de él a pesar de haberme rechazado.

—Hazlo. Quiero llevar tu marca.

Exhaló.

—¿Estás segura? No hay vuelta atrás después de esto.

—Estoy segura.

Me abrazó más fuerte.

—No volveré a fallarte, Sydney —me prometió.

Le creí. Fue entonces cuando prácticamente entregué todo mi corazón al Alfa. Mi nueva vulnerabilidad era aterradora y a la vez... emocionante.

Cole me llevó al borde del orgasmo con sus hábiles dedos, pero se detuvo antes de que estallara. Justo cuando resonó mi suspiro de decepción, me penetró de golpe. Su nombre salió de mis

labios junto con mi gemido de placer.

Su posesión fue diferente esta vez porque yo era realmente suya y él era mío. Justo cuando me acercaba a la cima y me disponía a caer, sus caninos se hundieron en la carne entre mi cuello y mis hombros. Jadeé ante el dolor agudo, pero luego se atenuó hasta convertirse en un dulce dolor y el placer recorrió mi torrente sanguíneo. Juré que sentí que la tierra se movía.

—Mía —gruñó, y eso fue lo que me puso al borde del abismo.

Mi orgasmo golpeó tan fuerte que sentí que me rompía en mil pedazos.

Cole también se estremeció contra mí, estallando en un gemido.

—Joder, Sydney, eso ha sido...

Intenso, estremecedor, alucinante.

—Perfecto —susurró, acariciándome el cuello. Seguimos unidos hasta llegar al colchón sin romper nuestra íntima conexión.

Sólo nuestra pesada respiración llenaba la habitación. Pensé que era un momento casi perfecto. Ya estaba hecho. El proceso de apareamiento se había completado. Sin embargo, nunca sería reconocida como Luna de Cole por su manada sin completar la ceremonia de apareamiento — algo así como una boda— delante de toda la manada. Seguía siendo una extraña y Cole sufriría por ello.

Inspiró y me abrazó con más fuerza.

—No hagas eso. No quiero que te preocupes por nada esta noche.

Cerré los ojos. Por supuesto, él sintió mi pavor al instante. Ahora que estábamos completamente apareados, nuestro vínculo era más fuerte que nunca.

—Todo irá bien, Sydney —susurró, apretando sus labios contra mi mejilla.

—De acuerdo. —Suspiré y me desenredé de él para poder girarme y mirarle—. Cole, todavía hay algo muy importante que tengo que decirte.

Suspiró pesadamente.

—No descansarás hasta que me lo digas, ¿verdad? —Sacudí la cabeza con tristeza—. Bien —dijo.

—Los tipos que me atacaron anoche eran de tu manada.

El músculo de su mandíbula se tensó y su lobo afloró brevemente. Sus ojos parpadearon en rojo, pero sus pupilas volvieron rápidamente a la normalidad. Otra cosa que había aprendido de Cole era que solía tener un control increíble sobre su lobo por muy enfadado que estuviera.

—Esa parte ha sido inesperada —dijo.

Me incorporé y me aparté el pelo.

—¿Qué? ¿Estás diciendo...?

—No sería un buen Alfa si no sospechara al menos que un porcentaje de mi manada conspira contra mí, Sydney. Los ancianos han sido un dolor de cabeza últimamente. He estado leyendo entre líneas y siguiendo las señales. Además, tengo oídos por todas partes. No pasa mucho en el complejo que Stephan no me informe. —Frunció el ceño—. Sin embargo, nunca pensé que llegarían al extremo de intentar hacerte daño.

Me pasé los dedos agitados por el pelo.

—Yo no les importo —grité—. Te quieren muerto a ti también.

Su mirada recorrió mi rostro con ternura. Desde que admitió sentir algo por mí, supongo que no se molestaría en ocultar su afecto.

—Bueno, no me preocupo por mí. Me preocupo por ti. Esos tipos tuvieron suerte de que Adam los matara primero. Mi manera habría sido... más horripilante.

Resoplé.

—¿Qué puede ser más sangriento que arrancarle el corazón a alguien?

Se acercó para delinearle el labio inferior con el pulgar.

—Dulce, dulce Sydney. Tengo mis propios métodos de castigo.

Mis ojos se abrieron de par en par ante el atisbo de oscuridad que parpadeó en su mirada. Me

recordó a la sangrienta escena en mi apartamento cuando nos atacaron los cazadores. El siempre sereno Cole Grayson realmente tenía sus momentos de salvajismo. No me sentí amenazada en absoluto. Me sentí segura y volví a tumbarme para acurrucarme contra él.

—¿Qué vamos a hacer?

—Tú nada. Yo me encargo de todo.

—Pero...

—Sin peros. Nuestro hijo y tú estaréis a salvo. Punto.

Puse los ojos en blanco ante la aparición del prepotente Cole.

—Eres tan mandón.

—Acostúmbrate, cariño. —Volví a poner los ojos en blanco ante su sonrisita—. Ahora, no hablemos más sobre la manada. —Su expresión se suavizó—. Sólo quiero que esta noche sea solo para nosotros.

Me quede admirando su rostro. Sí, porque después de esta noche, se desataría el infierno. Las consecuencias de que desafiara a los ancianos y traicionara a su manada serían desastrosas.

Como si me hubiera leído el pensamiento, me plantó un beso en los labios y me susurró:

—No pienses en eso. Hablemos de otra cosa.

—Vale. —Mis ojos rodaron mientras pensaba en otro tema—. Lo siento —dije, pasando un dedo por su mandíbula magníficamente cincelada.

Levantó una ceja.

—¿Por qué?

Una pequeña sonrisa levantó mis labios.

—Por pensar que eras un gilipollas. En realidad, no eres tan malo, y me siento fatal por haber tenido esa idea equivocada.

Después de un rato, se rio.

—Sabes, es mejor que te haya reclamado, Sydney Sullivan.

—¿En serio? —Sonreí—. ¿Y eso por qué?

—Porque eres terrible para el ego de un hombre. Y como hombre que a veces muestra arrogancia...

—¿A veces? Siempre muestras arrogancia.

La risa y la felicidad brillaron en sus ojos.

—Me corrijo. Necesito a una mujer sarcástica como tú como compañera para que me baje los humos de vez en cuando. Me mantendrás con los pies en la tierra.

Me reí entre dientes, disfrutando de la sensación de la nueva energía relajada que había entre nosotros.

—¿Crees que soy sarcástica?

—Adorable e hilarantemente sarcástica.

—Bueno, me alivia que te gusten esas cualidades en una mujer porque ahora estás atrapado conmigo —bromeé.

Cole se rio. Me miró con algo que nunca había visto antes. ¿Podría ser amor?

—Hay destinos peores —murmuró, acercándose a mí.

Por primera vez en mucho tiempo, me sentí completa. El momento con Cole fue increíble, y lo saborearía... hasta que las cosas se fueran al carajo con su manada. Y los cazadores. No podía olvidarme de los cazadores.

Capítulo 29

Sydney

Intenté calmar los latidos de mi corazón porque sabía que todos a mi alrededor podían oírlos. Era difícil mostrarme valiente ante unos hombres lobo que podían oír y oler el miedo.

—Sydney, no tienes que hacer esto —dijo Cole.

Observé los alrededores del recinto de los Guardianes de la Luna. Cole, Damian, Alex y yo habíamos llegado poco antes. Stephan y Dominic ya estaban dentro.

—Tengo que hacerlo—respondí, sosteniendo la mirada de Cole—. Me niego a quedarme en casa mientras te enfrentas a toda una manada.

—No quiero que hagas esto —suspiró—. Deberías estar lejos de aquí. Debería hacer que Damian te llevara a casa...

—De ninguna manera me iré de tu lado —interrumpió Damian. Llevaba una expresión impasible, pero había un toque duro en su tono.

—Es sólo una reunión con los ancianos —dijo Cole.

Damian resopló.

—Sí, los mismos ancianos que enviaron hombres a espiarnos y luego a matarte a ti y a tu compañera.

—Damian tiene razón —intervino Alex—. Tengo la sensación de que ya no formamos parte de la manada. —Frunció el ceño.

Cole se frotó el puente de la nariz. Odiaba verle así. Las dos últimas semanas habían sido una bendición. Después de que me reclamara y me hiciera irrevocablemente suya, pasábamos casi todo el tiempo juntos. El adicto al trabajo incluso dejó sus tareas habituales en Seguridad Privada Guardianes de la Luna en manos de su ayudante para poder pasar más tiempo conmigo.

Estábamos en nuestro pequeño mundo, estrechando lazos y planeando nuestro futuro juntos. Cole decidió renunciar como Alfa. Sabía que la manada nos lo pondría difícil si conservaba su puesto, y quería protegerme. Odiaba la idea de que renunciara a su puesto porque sabía que le encantaba. Había nacido para ser el Alfa de su manada. No era justo que lo expulsaran porque algunos miembros odiaban la idea de que estuviera conmigo, una medio humana con linaje de cazadora.

—Lo siento, chicos —susurré, mirando al suelo y abrazando mi culpa—. Todo esto es culpa mía. Si yo...

—No lo hagas —me detuvo Cole. Me agarró la barbilla con los dedos y me obligó a mirarle—. No me arrepiento de haberte encontrado, y estoy cien por cien seguro de que quiero retirarme. Nadie ni nada volverá a interponerse entre nosotros. ¿De acuerdo?

Me apreté el labio inferior entre los dientes para que no lo viera temblar. No quería que viera lo alterada que estaba por la posibilidad de que toda su vida cambiara porque había elegido estar conmigo.

—De acuerdo —suspiré.

—Estoy con vosotros —declaró Damian—. Ahora eres mi Luna.

—Lo mismo digo —dijo Alex—. Sé que Stephan, Dominic y Violet también lo harán. Cole siempre será nuestro Alfa, pase lo que pase. Eres su compañera. Eso te convierte en nuestra familia ahora, también.

Sonreí suavemente a Alex, aliviada de que ya no estuviera enfadado conmigo por el numerito que monté la noche que me atacaron. Su apoyo me hizo sentir un poco mejor. Soltándome del agarre de Cole, inhalé y ajusté mi postura ampliando los hombros.

—De acuerdo, hagámoslo.

Mi confianza era todo humo y espejos. Por dentro, me aterrorizaba que le pasara algo a mi compañero y a mis amigos... No, mejor dicho, a mi familia.

Antes de avanzar por la entrada, Cole miró a Damian con expresión solemne.

—Si algo va mal, déjame y saca a Sydney de aquí.

Damian apretó la mandíbula.

—Cole, no me voy a ir...

—Lo digo en serio, Damian.

Suspiró y murmuró de mala gana:

—Sí, Alfa.

La inquietud me invadió mientras nuestro pequeño grupo caminaba por el recinto de la manada. Parecía que todo el mundo había salido. Mujeres, niños y hombres llenaban la plaza. Muchos nos miraban fascinados... más bien me miraban a mí.

Una mujer jadeó.

—¡La ha marcado!

Esto provocó un coro de murmullos de sorpresa.

Estuve a punto de tocar la mancha que tenía sobre el hombro derecho. Cole me había advertido de que la marca me identificaría inmediatamente como apareada con cualquier hombre lobo que encontrara.

—Ha aceptado a una mestiza —se mofó otro—. Despreciable.

—Pero es hija de un cazador —reflexionó otra persona.

—Nunca será mi Luna —espetó una mujer.

Aunque no esperaba una cálida bienvenida, se me encogió el corazón.

Cole me apretó ligeramente la mano en un gesto reconfortante. Bloqueé el odio que se proyectaba sobre mí y mantuve la barbilla alta, negándome a marchitarme delante de un grupo de lobos parciales. Ahora tenía a Cole y eso era lo único que importaba.

En la escalinata del edificio principal, cinco hombres mayores formaban una fila. Los ancianos, supuse. Había oído hablar mucho de ellos, pero nunca los había visto.

A pesar de que el Alfa tenía el liderazgo mayoritario sobre la manada, detrás de él había hombres lobo más viejos que le servían de consejo. Por su edad y supuesta sabiduría, el Alfa y su manada confiaban en ellos.

Este grupo, sin embargo, era una panda de imbéciles, en mi opinión. Cole y yo hablamos largo y tendido sobre los ancianos. Al parecer, habían sido cautelosos sobre él asumiendo el control tan joven. Nunca quisieron que fuera el Alfa, así que se abalanzaron sobre cualquier razón para deshacerse de él. Desafortunadamente, les di la razón perfecta.

Los ancianos tuvieron que aceptarle como Alfa porque contaba con el amor y la lealtad del pueblo. Ahora que había caído en desgracia a sus ojos, era vulnerable. Luché contra la habitual oleada de culpa y me aferré a la mano de Cole.

Le miré. Su expresión era imposible de leer —era un maestro ocultando sus emociones—, pero ahora que estábamos completamente acoplados, sabía lo que sentía. Le parecía bien renunciar por nuestro hijo nonato y por mí, pero había tristeza en él. Sospechaba que era porque podría perder a la familia con la que había crecido. La manada era la familia que había conocido desde que nació. Quería a esa gente. Le apreté la mano en señal de apoyo silencioso.

Cuando nos detuvimos frente a los ancianos, sus miradas bajaron automáticamente a mi mano, que estaba entrelazada con la de Cole. Dos de los hombres permanecían impasibles, mientras que tres miraban con desdén, pero Cole no me soltó ni una sola vez. Exhalé un suspiro de alivio. La pizca de miedo que sentía por volver a ser rechazada perduraría durante un tiempo.

—Caleb, Anton, Jasper, Simon, Victor. —saludó Cole.

—Cole —saludó uno de ellos.

Noté que no se dirigió a él como Alfa Cole.

—¿Qué es esto? —preguntó Cole, echando un vistazo a la multitud—. He solicitado una reunión privada con los ancianos. Esto ya se parece mucho a un juicio.

Un anciano se adelantó y bajó los escalones.

—¿Por qué retrasarlo, Cole? Toda la manada sabe de tu traición.

—No hubo traición. —Violet salió de la multitud y caminó hacia nosotros—. ¿Cómo es que reclamar a la pareja predestinada de uno es una traición?

La miré con aprecio mientras se unía a Damian y Alex, que estaban detrás de Cole y de mí.

—Violet, entiendes que si apoyas al antiguo Alfa...

—Un segundo, Caleb —dijo Cole. Me miró y asintió. Era el momento. Iba a renunciar antes de que los ancianos lo deshonraran. Le devolví el gesto y le solté la mano. Subió los escalones hasta situarse frente al anciano llamado Caleb. Le llevaba varios centímetros de ventaja—. No tendrás la satisfacción de echarme de mi puesto. Voy a dimitir como Alfa. Por lo tanto, no es necesario que haya un juicio. Con gusto seguiré mi camino.

Circularon jadeos y murmullos. Surgieron conversaciones en voz baja.

—¡Silencio! —Caleb gritó. Miró a Cole mientras todos se callaban—. Y no tienes la satisfacción de escapar del juicio. Has traicionado a esta manada.

—No he hecho nada malo. Tenía todo el derecho a reclamar a mi compañera.

—Es una cazadora.

—No lo es. —Dominic apareció entre la multitud—. Sydney es de los nuestros. Su madre fue una vez parte de esta manada. Ella tiene un lugar aquí.

—La hija de un cazador nunca tendrá cabida aquí —argumentó Caleb.

—Ella no es su padre. —Era Stephan. Él también salió.

Ahora, Cole y yo estábamos rodeados de Damian, Alex, Violet, Stephan y Dominic, los pocos fieles de Cole.

Caleb enrojeció. Hizo una mueca:

—Sois todos unos traidores por estar con Cole y su mestiza...

—No creas que no te arrancaré la garganta porque eres un anciano —gruñó Cole.

—Conoces el castigo por dañar a un anciano —dijo uno de los otros.

—Nadie le falta el respeto a mi compañera y se sale con la suya. —Cole miró a Caleb con una mirada gélida, y el hombre retrocedió.

Contuve la respiración, esperando que las cosas no se salieran de control. Cole ya estaba calentándose.

Justo cuando Cole estaba a punto de volver a hablar, Alex se volvió hacia la multitud y dijo:

—El Alfa Cole no es el traidor aquí. Sois todos vosotros. —Por una vez, parecía serio. No había ni rastro de su característica sonrisa burlona—. No ha sido más que leal a todos vosotros desde que tomó el relevo de su padre. Nunca nos ha llevado por mal camino. Ha mantenido económicamente a muchos de vosotros cuando no tenía que hacerlo. Cole es el único Alfa que ha logrado tantos años de paz entre otras manadas y nosotros.

Alex se volvió hacia los ancianos y su expresión se torció de disgusto.

—Se supone que vosotros aportáis sabiduría a la manada. Ha sido Cole quien ha actuado con sabiduría todos estos años. Dejar la manada en vuestras manos y los Guardianes de la Luna se irán al infierno.

Violet soltó una risita, pero se contuvo rápidamente. Frunció los labios y miró al suelo, pero sus hombros temblaron de risa contenida. Yo casi sonreí también, mientras miraba a Alex con gratitud. Nunca olvidaría la forma en que los chicos defendieron a Cole. Por mí. Se me encogió el corazón porque, después de todo, formaba parte de una manada. Una pequeña manada formada por cuatro chicos y una chica que seguirían a mi compañero hasta el infierno si él se lo pidiera. Y me aceptaron como su Luna.

—¡Alex tiene razón! —gritó un hombre de la multitud—. Cole ha liderado esta manada sin problemas durante años. Es un buen Alfa. El mejor que hemos tenido.

Cole dirigió la mirada hacia la voz. Parecía aturdido.

—¡Estoy de acuerdo!

Pronto nos rodearon palabras de acuerdo.

—Si el Alfa Cole renuncia, ya no quiero ser parte de esta manada. —dijo una chica, que parecía ser sólo una adolescente. Una mujer mayor trató de agarrar su hombro en señal de advertencia, pero ella dio un paso adelante de todos modos—. Alex tiene razón. Si permitimos que los ancianos echen a nuestro Alfa, nosotros seremos los traidores. El Alfa Cole ha sido bueno con nosotros.

—Incluso rechazó a su pareja por nosotros —dijo alguien más—. ¿Cuánto más leal puede ser un Alfa? Que reclame a su compañera medio humana. Está en su derecho. Si él confía en ella, yo también —añadió el hombre.

Entonces estalló el caos. Pero no era todo el mundo atacándonos como yo había esperado. En cambio, gran parte de la multitud gritaba que Cole se quedara.

Cole los miró con los ojos muy abiertos. Estaba segura de que él tampoco esperaba su reacción. Tragó saliva mientras una serie de emociones parpadeaban en su rostro: sorpresa, alivio y felicidad. Ni siquiera intentó ocultarlas. Su gente seguía queriéndole. Eso decía mucho de su capacidad como líder.

La esperanza llenaba mi corazón. Tal vez las cosas saldrían bien para Cole. Sería feliz si no tuviera que renunciar a todo lo que había conocido toda su vida por mí.

Capítulo 30

Sydney

—Esto es increíble —susurró Violet. Miró a la multitud con los ojos muy abiertos, igual que yo. Era increíble ver a tantos saltando en defensa de Cole. Por lo que parecía, la mayoría de la manada seguía de su lado. Los ancianos no parecían contentos... Bueno, tres de ellos. Caleb parecía a punto de explotar. Miraba a la multitud con el ceño fruncido y los puños apretados a los lados.

Los otros dos, Anton y Victor, también tenían expresiones amargas. Seguro no esperaban que su complot para deshonar al Alfa delante de toda la manada diera este giro. Los ancianos llamados Simon y Jasper parecían complacidos por la reacción de la multitud. Aunque podía estar equivocada.

—¡Basta! —gritó Caleb.

Victor bajó los escalones hasta situarse al lado de Caleb.

—No importa lo que penséis. Cole debe ser juzgado por sus acciones. Nos ha mentado a todos, nos ha puesto en peligro para juntarse con una cazadora.

Casi puse los ojos en blanco, frustrada. Cada vez que uno de ellos se refería a mí como cazadora, me ponía de los nervios. Llevaba huyendo de cazadores que me querían muerta desde el primer día, por el amor de Dios.

—¿Lo habéis olvidado todos? —preguntó Victor—. Albergó a nuestra enemiga, la protegió. ¡Se apareó con ella!

—Podría haber matado a dos de los nuestros —añadió Anton—. Sebastian y Micah nunca regresaron. No hemos sabido nada de ellos desde...

—Desde que los enviaste a matarnos a mi compañera y a mí —rugió Cole, sus ojos brillando en ámbar—. Y desearía haberlos matado yo mismo.

Hubo un grito ahogado colectivo de la manada y de los dos ancianos que no nos habían estado mirando a Cole y a mí con odio. Caleb, Anton y Victor se callaron. Prácticamente rezumaban culpa.

Simon suspiró profundamente y se frotó el puente de la nariz. Miró a Jasper, que observaba a Caleb, Anton y Victor con los ojos entrecerrados.

—¿Habéis enviado a dos de los nuestros a asesinar a su Alfa? —preguntó con incredulidad.

—Y su compañera —gruñó Alex—. Traicionaron a nuestro Alfa. Deberían ser ellos los juzgados.

—Deberían ser castigados con la muerte —añadió Damian, mirando con el ceño fruncido a los tres ancianos.

Cuando la multitud no protestó ante esa sugerencia, ya que habían hecho que Cole se retirara, Caleb espetó:

—¡Esto es ridículo! Yo... nosotros... Cole trajo al enemigo a nuestro campamento, y todos os ponéis de su parte. Todos deberíais...

—Ya basta, Caleb —suspiró Jasper—. No creas que no nos hemos dado cuenta del rencor que le guardas al Alfa desde el día en que tomó el mando.

—A ti tampoco te gustaba mi padre —dijo Cole—. Te tengo calado desde hace años, Caleb. Te ha molestado perder la oportunidad de ser Alfa. Eras el Beta de mi abuelo, e incluso entonces, ansiabas ser Alfa. Pero nació mi padre, otro verdadero Alfa, y tuviste que servirle, sentado atrás como uno de sus consejeros. Luego tuviste que servir a su hijo.

Mi ceja se alzó ante la revelación. Caleb era un mal perdedor.

—Cuando nací, tus posibilidades de liderar esta manada se redujeron al cero por ciento —continuó Cole—. Has estado buscando formas de echarme desde que me hice cargo: tú y tus perros falderos, Anton y Victor. Has hecho algunas cosas turbias que he ocultado a la manada para mantener la paz y mostrar piedad a viejo amargado como tú. Pero cruzaste la línea cuando fuiste a por mi compañera.

El silencio reverberó en el recinto. Los miembros de la manada miraban a Caleb como si lo vieran por primera vez. Jasper y Simon no parecían sorprendidos por la revelación de Cole.

Después de todo, estaban entre bastidores, presenciándolo todo. Deberían haber hecho más para proteger a su Alfa de sus compañeros mayores.

Caleb inhaló bruscamente, sus ojos grises pálidos parpadeaban con malicia.

—Tu compañera es la hija de un cazador. Lo único que lamento es no haberla matado yo mismo cuando descubrí que estaba viva.

Me quedé inmóvil mientras procesaba las palabras del anciano intrigante. Tenía preguntas, pero Cole las verbalizó antes de que yo pudiera.

—¿Qué demonios significa eso? ¿Estás insinuando que sabías lo de Sydney antes que yo?

La conversación que había tenido con Adam semanas atrás sonaba en mi mente. El marido de mi tía debía de ser el que había avisado a los cazadores sobre mí, pero ¿y si no sólo había contactado con cazadores? ¿Era posible que el Tío Sam también hubiera avisado a la antigua manada de mi madre?

Caleb se calló.

—Eso no viene al caso. Tú eres el que va a juicio, no yo.

—Caleb, responde a la pregunta —exigió uno de los dos ancianos decentes—. ¿Sabías acerca de la medio... —Cole lo fulminó con la mirada y cambió de tono— de Sydney antes de que llegara a nuestro recinto?

Con las fosas nasales encendidas y la cara roja, Caleb admitió:

—Su pariente envió un mensaje de que el engendro de Sophia seguía vivo. El mensaje iba dirigido al Alfa, por supuesto, pero lo intercepté. No dije ni una palabra a ninguno de vosotros porque sabía que ninguno tendría el descaro de deshacerse de la chica.

Me quedé boquiabierto.

—El hombre me reveló exactamente dónde estaba. Me sugirió que la encontrara primero, o perdería la oportunidad de matar a la mestiza porque otros también irían tras ella.

El corazón me latió con fuerza y se me hundió en el estómago. Así que el tío Sam avisó a cazadores y hombres lobo sobre mi ubicación. Apuesto a que no esperaba que mataran a la tía

Lydia. ¿Cómo pudo traicionar así a mi tía? Aunque no había mucho amor entre mi tío político y yo, era decepcionante saber que me odiaba tanto como para quererme muerta.

Cole inhaló bruscamente. Era tan rápido que no me di cuenta de que se había movido hasta que tuvo a Caleb agarrado por el cuello. Sus ojos no eran del típico ámbar, sino de un rojo salvaje. La demostración de poder Alfa hizo que Caleb chisporroteara y se acobardara mientras jadeaba en busca de aire. Anton y Victor, los amigos íntimos de Caleb, entraron en acción, tratando de liberarlo de las garras de Cole.

Simon gritó:

—Alfa Cole, suéltalo. Nos aseguraremos de que sea juzgado por sus crímenes contra ti y tu compañera.

No había forma de convencer a mi compañero. Sus colmillos y garras se alargaron. Sentí la furia asesina que crecía en él. Con los ojos muy abiertos, miré a Damian.

—Tenemos que impedir que mate a Caleb —dije. Aunque el anciano estaba equivocado, había consecuencias por hacerle daño.

—El cabrón merece morir, pero tienes razón —refunfuñó Damian y se abalanzó hacia Cole. El resto de la manada observaba horrorizada... o fascinada. Apuesto a que este era el drama de manada más loco que alguno de ellos había visto en mucho tiempo.

Justo cuando Damian alcanzó a Cole e intentó apartarlo de Caleb, se oyeron gritos entre la multitud. Al principio, pensé que todos temían que su Alfa matara a Caleb, pero luego la gente empezó a dispersarse. Fue la visión de alguien tendido en el suelo sangrando lo que me alertó de que algo iba muy mal.

Todo sucedió como un sueño en cámara lenta. En un momento me quedé mirando a mi alrededor, confusa; al siguiente, me tiraron al suelo y un cuerpo cubrió el mío. Tardé un momento en darme cuenta de que era Cole. Estallaron explosiones y mi corazón palpitó. Eran disparos.

—¿Qué está pasando? —jadeé.

—Cazadores. Tengo que sacarte de aquí.

Me quedé paralizada y tuvo que levantarme de un tirón. ¿Fue culpa mía? Tal vez los cazadores

nos siguieron hasta aquí por mi culpa. Llevaban tiempo detrás de mí. Otra vez había causado problemas, esta vez a toda la manada. Me odiarían el doble por esto.

Estaba sumida en una neblina de terror, pero era consciente de que todos a nuestro alrededor se apresuraban a buscar refugio mientras las balas y otras armas plateadas volaban hacia nosotros. No vi a los pocos de confianza de Cole y supe que ya se habían lanzado a la batalla con los cazadores. Elevé una plegaria silenciosa para que ninguno de ellos resultara herido o algo peor.

Damian vino corriendo hacia nosotros, con Violet pisándole los talones.

—Cole, Violet sacará a Sydney de aquí. Tenemos que salir y averiguar qué está pasando exactamente.

Cuando Cole asintió, arranqué mi mano de la suya.

—No voy a dejarte ni a ti ni a nuestros amigos.

—Ahora no es el momento de discutir sobre ello —dijo—. Ve con Violet, ahora.

—Sydney, vamos —dijo Violet, tendiendo una mano—. Tenemos que poneros a salvo a ti y al bebé.

No necesitaba preguntarle a Violet cómo se había enterado de mi embarazo. Era imposible ocultar algo así a los hombres lobo. Probablemente toda la manada se enteró en cuanto entré en el recinto.

Era tentador ir con Violet para proteger a mi hijo, pero la invasión de los cazadores probablemente fue culpa mía. Muchos miembros de la manada ya estaban heridos por lo que podía ver. Tenía que hacer algo.

—No, esto es mi culpa. Yo soy a quien quieren.

—Eso no lo sabes —dijo Cole tajantemente—. Ve con Violet y sal de aquí. Ahora mismo. Es una orden de tu Alfa.

Si no estuviéramos en peligro, le habría dicho dónde meterse su arrogancia. Pero sabía que sólo me quería a salvo.

—De acuerdo —dije.

Sus hombros se relajaron. Violet me cogió de la mano y me alejó del centro del recinto. Cuando miré hacia atrás, vi a Cole y Damian corriendo hacia la entrada, directos al peligro. No había forma de que pudiera correr y esconderme mientras todos los demás luchaban contra los cazadores.

—Todo irá bien, Sydney —dijo Violet, aunque supongo que lo dijo porque quería convencerse a sí misma.

No me llevó mucho más lejos cuando me zafé de su agarre y me di la vuelta para correr en dirección contraria.

—¡Sydney! ¿Qué haces? Vuelve aquí.

Violet estaba a mi lado antes de que diera un paso más. Suspiré de frustración. Por supuesto, no podía correr más rápido que ella.

—Ve tú —dije—. No podría vivir conmigo misma si no intentara detener esto. Los cazadores me quieren a mí. Lo sé.

—Sydney...

—No voy a dejar a Cole ni a los otros —dije con firmeza—. Soy la compañera del Alfa. Nadie me acepta aquí, pero estaré al lado de Cole pase lo que pase. Eso es lo que hacen los compañeros, ¿verdad? —Me negaba a huir como una cobarde.

El suspiro de resignación me dijo que Violet se había rendido antes de murmurar:

—Cole me va a matar, pero tampoco quiero huir. —Miró hacia el lugar donde crecía el caos—. Mi hermano está ahí fuera, y mis amigos también. —Asentí, y nos dirigimos de nuevo hacia el peligro—. ¿Qué planeas hacer exactamente? —preguntó Violet.

Sin aliento por nuestro trote, contemplé.

—Yo... —¿De qué servía yo en una batalla entre hombres lobo y cazadores?—. Tendré que encontrar una forma de ayudar. —Entregarme a los cazadores a cambio de que retrocedieran era una opción. Sin embargo, no podía compartir eso con Violet porque no me dejaría ir más lejos.

Arrugó las cejas como si estuviera a punto de hacer preguntas, pero un grito llamó nuestra atención. En un lado del recinto, dos niñas pequeñas estaban de pie, mirando a un hombre con

horror. La cabeza de Violet osciló entre las niñas y yo como si no pudiera decidir qué hacer.

—Ve. Ayúdalas —le dije.

—No puedo irme de tu lado. Cole cuenta conmigo para...

—Son niñas —dije—. Estaré bien.

Con un resoplido, se volvió para ayudar a las chicas.

Por mi cuenta, conseguí milagrosamente que no me dispararan, apuñalaran o atropellaran los miembros de la manada que se habían desplazado. Cuanto más me acercaba a la entrada, más segura estaba de que me entregaría a los cazadores para acabar con la locura.

Capítulo 31

Sydney

La escena que me recibió cuando llegué a la entrada del recinto me hizo palpar el corazón. Miembros de la manada —algunos cambiados y otros en forma humana— luchaban contra los cazadores. Cuerpos de ambos bandos yacían sin vida en el suelo empapado de sangre.

Horrorizada, busqué a mis amigos entre los cadáveres inmóviles. Quería que todos sobrevivieran, pero si alguno de los chicos a los que había llegado a querer perdía la vida, no podría vivir conmigo misma. Cuando no vi ninguna cara conocida en el suelo, me moví más rápido hacia el grupo de cazadores que tenía delante. Era fácil identificarlos, ya que todos iban vestidos de negro y algunos llevaban pasamontañas.

Prácticamente se me cayó el estómago a los pies cuando vi un rostro que había sido fuente de muchas de mis pesadillas. El cazador que mató a tía Lydia y me persiguió hasta Nueva Orleans. Estaba de pie en medio del frenesí sangriento, observando la zona como si buscara a alguien. Quizá me buscaba a mí.

Con el corazón palpitante y la frente sudorosa, di un paso vacilante en su dirección. Aun así, tenía los hombros erguidos y la barbilla inclinada en señal de desafío. Ni él ni ninguno de los cazadores sabrían lo aterrorizada que estaba. No vi a Cole por ninguna parte hasta que estuve más cerca del cazador de mis pesadillas y le oí gritar mi nombre.

—¡Sydney! ¡Atrás! —rugió.

Eso alertó al cazador de mi presencia. Se giró y me miró fijamente. Nuestras miradas se cruzaron. Sus ojos se abrieron ligeramente y luego brillaron de satisfacción. Su sonrisa siniestra bastó para hacerme querer dar media vuelta y salir corriendo, pero me mantuve firme.

—¿Estoy soñando, o mi mestiza favorita acaba de caer en mis manos? —La espantosa cicatriz que se extendía desde su ceja izquierda hasta su mejilla derecha se movía mientras su sonrisa crecía. Su sola apariencia era aterradora.

Desde mi periferia, vi a Cole corriendo hacia nosotros. Le dirigí una mirada de disculpa y me volví hacia el cazador.

—Entonces, ¿me quieres a mí? Aquí estoy. Puedes llamar a tus hombres ahora.

Me miró fijamente, con expresión impasible. Luego sacudió la cabeza.

—Tengo que admitirlo; sigues impresionándome. ¿Te entregas para proteger a un puñado de animales? Probablemente ni siquiera te acepten. Sé cómo funcionan las manadas.

Me tragué mi amargura. Tenía razón. La manada me odiaba.

—Aléjate de ella —gruñó Cole. Su voz era más grave y sus ojos brillaban en rojo. Su lobo estaba cerca de salir a la superficie y podía despedazar fácilmente al cazador. Sin embargo, el hombre tenía ventaja. Levantó la mano, mostrando la ballesta que llevaba.

—Hola, Alfa. He estado deseando tu cabeza colgada en un palo desde que masacraste a mis amigos.

El sol daba en la punta de la flecha, preparada y lista para ser disparada en la ballesta. Era plateada. Sólo un leve movimiento de su dedo y esa flecha se clavaría en el corazón de Cole antes de que llegara hasta el cazador.

Las náuseas me invadieron al darme cuenta de que ese hombre podía matar a mi compañero con solo mover un dedo.

—Cole, por favor, quédate atrás —dije—. Me quiere a mí. Si voy con él, tu gente estará a salvo.

—Incluso si te tiene, no llamará a sus hombres.

El cazador entrecerró los ojos y miró a su alrededor. Aunque tenían armas capaces de matar hombres lobo, el número de cadáveres de cazadores era mucho mayor que el de cambiaformas. Vi el brillo de la comprensión en sus fríos ojos. Puede que ahora tuviera ventaja, pero al final se les acabarían las balas y las flechas. Cuanto más durara la batalla, los metamorfos se impondrían y los matarían a todos.

—De acuerdo, hagamos un trato.

Un gruñido resonó detrás de los cazadores.

—No hay trato. ¿Qué tal si te mato ahora?

El cazador miró a Damian. Sonrió satisfecho.

—Podrías hacerlo, pero tengo una flecha de plata apuntando al corazón de tu Alfa.

A Damian le tembló un músculo de la mandíbula.

—O —chistó el cazador—, podría clavar la flecha en el pecho de la chica para que su compañero la vea morir.

Se oyó la aguda inhalación de Cole cuando el arma se movió en mi dirección.

—¿Qué pasaba cuando los metamorfos perdían a su compañero? —Hizo una pausa—. Se volvían locos, ¿no? Tal vez te torture a ti y a toda la manada matando a tu pareja, para que puedan ver cómo te vuelves loco lentamente.

Me quedé mirando la flecha que me apuntaba con puro terror. Cole y Damian estaban absolutamente quietos. Esto era malo. No importaba qué movimiento hicieran, uno de nosotros probablemente acabaría muerto.

—Me has venido a buscar a mí. —Respiré hondo—. Sabes que no puedes ganar esta guerra. Lo veo en tu cara. Estás preocupado.

El cazador frunció el ceño, confirmando mi suposición.

—Se suponía que debía matarte hace meses. Conoces mis intenciones, ¿y aun así te estás entregando?

Me invadió un sentimiento de satisfacción.

—Si eso es lo que hace falta para detener todo esto.

—Qué noble —se burló—. Pero esto ya no se trata sólo de ti. Te localicé hace meses, pero vi la oportunidad de que nos condujeras a más metamorfos. Y tú nos llevaste a toda la manada.

Me entraron náuseas. Era justo lo que pensaba. No había sido más que problemas para Cole desde que llegué aquí.

Comprendiendo mi culpabilidad, Cole me aseguró:

—No es culpa tuya. Debería haber sabido que nos seguían hasta aquí. Bajé la guardia.

Mis hombros se hundieron. Su intento de echarse la culpa no me sirvió de consuelo. Yo causé esto. Los cazadores no se echarían atrás, aunque me ofreciera.

—Hay otra cosa —dijo el cazador.

Mi mirada saltó de nuevo al horrible hombre.

—¿Qué tal si retiro a mi gente un rato?

—¿Un ratito? —preguntó Damian—. Que sea para siempre, o te cazaré y te mataré yo mismo... si sales vivo de aquí, claro.

—¿Qué más quieres? —pregunté rápidamente.

El cazador sonrió satisfecho.

—Si vienes con nosotros, sé que tu padre te seguirá. Puedes ayudarme a atraerlo.

A pesar de la locura que ocurría a mi alrededor, me quedé en blanco. Mi pulso latía tan fuerte que podía oírlo en mis oídos. Mientras contemplaba al cazador, mi mente se agitaba. Cuando Adam insinuó que mi padre seguía vivo, lo ignoré porque era imposible que fuera cierto. Ahora, este extraño que me quería muerta decía lo mismo.

Cuando volví a ver el mundo exterior, me sorprendió vernos rodeados de metamorfos y cazadores. Ambos bandos se miraban con recelo. Los amigos del cazador jefe debieron de ver que estaba acorralado y dejaron de luchar para acudir en su ayuda. Los metamorfos hicieron lo mismo para proteger a su alfa.

Lo bueno era que la pelea se había detenido. Lo malo: un movimiento en falso de cualquiera y el frenesí volvería a empezar... esta vez con Cole, Damian y yo justo en medio.

Me recompuse y tragué saliva.

—Vale, iré contigo. No me importa si me matas después de eso. Sólo sal del recinto de la manada ahora mismo.

La mirada del cazador se entrecerró en mí como si me contemplara.

—Te vas con él por encima de mi cadáver —declaró Cole.

—Sabes, eso se puede arreglar fácilmente. —Los labios del cazador formaron un gruñido mientras apuntaba con la flecha al pecho de Cole.

Inhalé bruscamente.

—Por favor, todos, parad. Me iré en paz. —Miré a Cole—. Una vida por toda una manada. Sabes que es la mejor opción.

Sus ojos se llenaron de ira, y creo que también vi miedo en ellos. Sacudió la cabeza desafiante.

—No.

—Diablos, no.

La voz no era de Damian ni de ninguno de los otros que se habían hecho amigos míos. Cuando me di cuenta de que era de uno de los hombres que había expresado abiertamente su descontento con Cole reclamándome, me quedé más que sorprendida.

—No os la llevaréis. Lucharemos hasta la muerte si es necesario —dijo otro.

Me quedé boquiabierta, pero rápidamente cerré la boca. Incluso Cole parecía un poco sorprendido.

El cazador hizo una mueca y su equipo se preparó para atacar de nuevo. La violenta tensión crepitaba en el aire con más intensidad que antes.

—Si insistís —replicó el cazador. Aquella amenazadora flecha de punta plateada giró de nuevo hacia mí.

Mis ojos se abrieron de par en par cuando el hombre disparó. Sin embargo, Cole se movió con la velocidad del rayo, desplazando su cuerpo frente al mío.

—¡No! —grité, esperando que se dejara caer. Cuando no lo hizo, ambos nos volvimos hacia el cazador confundidos.

Había muchas expresiones de perplejidad en la multitud. El cazador aulló y se agarró la mano ensangrentada. Su ballesta estaba en el suelo. Se sacó una flecha de la mano y la examinó con un

gruñido. Era una réplica de la que nos había apuntado.

—Es él —bramó—. ¡Está aquí!

Los demás cazadores murmuraron su aparente temor y yo fruncí el ceño. Los metamorfos parecían tan sorprendidos como yo. ¿Quién podía tenerles tanto miedo? ¿O qué? Con los cazadores distraídos, Cole miró a su alrededor y asintió. No dijo nada, pero su manada pareció entender la orden. Se abalanzaron sobre los cazadores con ferocidad despiadada.

Cole me levantó y me apartó del centro de la pelea. Oí el rugido del cazador y supe que estaba enfadado porque me había vuelto a escapar. Todo esto estaba mal. Se suponía que yo debía entregarme y que el resto de la manada debía estar a salvo. En vez de eso, estaban inmersos en el segundo asalto de una sangrienta batalla.

Cuando mis pies tocaron el suelo, aparté de un manotazo la mano de Cole.

—¿Estás loco? —grité—. ¿Por qué arriesgarías la vida de toda tu familia para protegerme? — Los cazadores eran hábiles y sanguinarios. Matarían a muchos cambiaformas aunque perdieran, y yo me revolcaría en la culpa el resto de mis días—. Casi acabo con esto. ¿Por qué...?

Me agarró de los brazos y me dio una ligera sacudida. Tal vez temía que hubiera caído en la histeria.

—Lo tengo cubierto.

—¿Qué tienes cubierto?

—Nuestra victoria.

Arquee las cejas, pero antes de que pudiera hacer otra pregunta, un grupo de hombres y mujeres apareció del bosque. Corrieron hacia la pelea entre los cazadores y los Guardianes de la Luna. Cuando vi a Adam al frente, exhalé un suspiro de alivio.

Era un metamorfo fuerte, y si la reputación de la manada Garra Sangrienta no era mala, los cazadores estaban fritos.

—¿Ves? No tenías que volver a sacrificarte para salvarnos. Siempre tengo un plan de respaldo. Le pedí a Adam que se quedara fuera del recinto en caso de que los ancianos me jodieran y tuviéramos que luchar para salir. Pero no esperaba que en vez de eso lucharíamos contra

cazadores.

Le dirigí una mirada avergonzada.

—Uy.

Frunció el ceño y supe que me esperaba un sermón más tarde.

—¿Era el misterioso arquero parte de tu plan?

Hizo una pausa.

—No. —Mirando a su alrededor, dijo—: Realmente espero que quien esté ahí fuera no sea una amenaza para nosotros. Esos cazadores parecían aterrorizados. Eso sólo podría significar...

—Quienquiera que esté ahí fuera es un mal hijo de puta —terminé.

Tras un gruñido divertido, volvió a mirar con recelo a su alrededor.

—¿Está bien Violet? ¿Por qué has vuelto sola? —Sus palabras estaban cargadas de preocupación.

Violet era como una hermana para él, así que le tranquilicé rápidamente.

—Está bien. Seguiría conmigo si no la hubiera convencido para que ayudara a un par de niños.

—¿Qué tan mal está ahí? —preguntó.

Tristemente, respondí:

—Vi bastantes cadáveres.

Le tembló un músculo de la mandíbula e inspiró profundamente.

—Bien. Necesito que salgas de aquí. Por el bien de mi cordura, haz lo que te digo esta vez.

No queriendo estresarlo más, asentí.

—De acuerdo. —Miré por encima de su hombro hacia la encarnizada batalla en la que chocaban garras, dientes y armas—. ¿Cómo sugieres que evite eso? ¿Adónde puedo ir?

—Tendrás ayuda. No puedo creer que esté diciendo esto, pero ahora confío en ese gilipollas.

Estaba a punto de preguntar quién era el gilipollas de confianza cuando Adam se acercó corriendo. Parecía demasiado tranquilo mientras se volvía a poner la camiseta después de cambiarse de ropa.

—Hola, hermanita —dijo. Extendió una mano y preguntó—: ¿Vamos?

Miré su mano cubierta de sangre y enarqué una ceja.

—¿Has estado arrancando más corazones?

Su sonrisa me hizo poner los ojos en blanco.

—Ya me conoces muy bien.

Con un suspiro, acepté su mano ensangrentada. Nos fuimos y miré a Cole. Nos observaba con el ceño fruncido, y supe que quería ponerme a salvo él mismo. Pero el Alfa tenía que permanecer junto a su manada. Le envié una oleada de seguridad a través de la conexión mental que habíamos forjado.

Adam me guió a través de la masa de cuerpos, eliminando cazadores a medida que avanzábamos. No parecía sudar. Cuando nos acercamos a la puerta, todo parecía más tranquilo en el interior. Al parecer, los cambiaformas masculinos se habían situado en primera línea para asegurar el recinto e impedir que se infiltraran más cazadores. Deduje que los cazadores que habían logrado pasar la puerta fueron asesinados por los metamorfos del interior. Las mujeres eran tan feroces y hábiles para proteger su territorio como los hombres.

—¿Cómo va tu primera batalla hasta ahora? Esto pasa de vez en cuando en nuestro mundo.

Burlándome, dije:

—Lo odio, sobre todo porque es culpa mía.

—No te castigues. Ahora eres parte de la manada. Lucharán por ti pase lo que pase.

No me molesté en corregirle. Yo no era realmente un miembro de la manada.

—Tu compañero me ha dicho que te llevara con Violet. —Adam miró alrededor del recinto—.

¿Quién es?

Todavía me cogía de la mano, así que supongo que estaba súper decidido a hacer exactamente lo que Cole dijera.

Divisé una masa de pelo rubio ondulado.

—Ahí está.

Violet estaba ocupada llevando a un metamorfo herido a un rincón donde otra mujer atendía a otros.

Llevé a Adam hacia ella. Como si me sintiera, se dio la vuelta.

—Sydney, gracias a Dios que estás bien. —Se apresuró a acercarse, pero se detuvo al ver a Adam.

Adam había soltado mi mano y miraba boquiabierto a Violet. Mientras los dos se miraban fijamente, fruncí el ceño. Era evidente que me estaba perdiendo algo. ¿Se habían olvidado de que estábamos en medio de una guerra?

Recuperando aparentemente la cordura, Adam dijo:

—Eh... tienes que sacar a Sydney de aquí.

Las mejillas de Violet se tiñeron de carmesí mientras se aclaraba la garganta.

—Bien... —Sacudiendo ligeramente la cabeza, volvió a centrar su atención en mí—. Vamos, las cosas se han calmado aquí, pero todavía tenemos que mantenerte oculta.

Adam seguía mirando a Violet cuando se sacudió y gruñó un improperio. Bajé la mirada hacia la sangre que se extendía por su pecho.

—¡No! —grité mientras Violet jadeaba.

Alcancé a Adam, pero se tambaleó hacia atrás.

—Corre.

Sacudí la cabeza, con las lágrimas acumulándose.

—No.

—Sácala de aquí —le dijo a Violet bruscamente.

Con los ojos muy abiertos, le miró fijamente, pero asintió y me cogió de la mano. La oí sollozar como si estuviera agonizando mientras me llevaba. Entonces me di cuenta. ¿Serían Violet y Adam compañeros? No pensé mucho en ello porque cuando miré hacia atrás, Adam se había caído al suelo. Mis pasos vacilaron e intenté zafarme del agarre de Violet para correr hacia él. ¿Había encontrado una familia, un hermano, sólo para perderlo?

Ese pensamiento hizo que las lágrimas me nublaran la vista y corrieran por mi cara. Violet se detuvo bruscamente, obligándome a detenerme también.

—Mierda —siseó—. Sydney, vuelve.

Me quedé mirando a los tres cazadores que teníamos delante.

—No puedes llevarte a tres de ellos —dije.

Sus ojos parpadearon en ámbar.

—Mírame —gruñó—. Han matado a mi... —se detuvo e inhaló.

—Adam —dije miserablemente. Quería preguntarle a Violet si había sentido el vínculo de pareja con mi hermano, pero no era el momento.

—Cuando no haya moros en la costa, corre. ¿De acuerdo?

—De ninguna manera te dejaré.

—Piensa en tu bebé —suplicó—. Y en Cole. Él te necesita.

Luchando contra las lágrimas, dije:

—De acuerdo.

Violet se abalanzó sobre los cazadores, desplazándose en el aire. Su enorme animal derribó a los tres a la vez. Mientras luchaban con el lobo, corrí hacia el edificio principal. Quizá pudiera esconderme en el despacho de Cole y esperar a Violet. El grito de dolor de su lobo me hizo mirar atrás. La sangre brotaba de su costado.

—¡Violet! —Inmediatamente me di la vuelta.

Antes de que pudiera moverme, alguien me agarró del brazo.

—Ven, Sydney. —Miré a uno de los ancianos —uno de los buenos— con confusión—. Llevas el hijo del Alfa, posiblemente el próximo Alfa. Debes ser protegida. —Me agarré el estómago. Santo cielo. Ni siquiera había pensado en eso. Si tenía un hijo, él estaría en la línea para ser Alfa si Cole seguía siendo el líder después de este desastre.

Me tiró escaleras arriba hacia la puerta. Parecía que todo el mundo estaba empeñado en protegerme hoy. No es que no estuviera agradecida, pero lo odiaba porque habían muerto cambiaformas.

"Adam", pensé con desesperación. Quería pasar tiempo con él. Conocer a mi hermano. Mirando hacia atrás, donde estaban Violet y él, solté un grito cuando un cazador sacó un arma y apuntó a Violet. Milagrosamente, Adam se había levantado para alcanzarlos con una ráfaga de velocidad y romperle el cuello al cazador.

Agarrándose el pecho, se dejó caer de rodillas junto a una Violet herida y aparentemente inconsciente, y luego volvió a desplomarse.

—Tengo que volver —le dije al anciano.

—No, es demasiado peligroso...

Se precipitó hacia delante, arrastrándome con él. Los dos caímos al suelo y me di cuenta de que le habían golpeado con algo porque le brotó sangre del pecho.

—No, no, no —grité, mirando fijamente los ojos vacíos del anciano. Creo que se llamaba Jasper.

—Oh, sí —llegó la voz escalofriantemente familiar—. Por fin, tenemos algo de tiempo a solas.

Me puse de pie de un salto para enfrentarme al cazador que había hecho de mi vida un infierno.

Capítulo 32

Sydney

Me negué a mostrar una pizca de miedo y miré al hombre con desprecio.

—Sí, por fin —respondí—. Ahora podemos acabar con esto de una vez por todas. Yo te mato o tú me matas. Estoy harta de ver tu cara.

Se rio entre dientes.

—Dios, me gustas. ¿Te lo he dicho ya? Tus pelotas son más grandes que las de cualquiera de mis compañeros.

—No sois soldados. Sois unos cobardes, yendo a por cambiaformas sin ningún motivo.

Se movió rápido, y me agarró por el cuello antes de que pudiera bloquearlo. Por supuesto, sabía que no era rival para él, pero aun así tenía que poner mala cara. Luché hasta que estuve en condiciones de clavarle el tacón en el pie. Gruñó y me soltó. Le empujé y sus brazos se agitaron antes de que se cayera por las escaleras. Por desgracia, me había agarrado de la camisa y me había llevado con él.

Al final de los escalones, dolorida y sin aliento, intenté alejarme del hombre arrastrándome. Pero él me agarró el pie y me acercó. De espaldas a su pecho, me rodeó el cuello con un brazo y apretó. Cuanto más forcejeaba, más me apretaba.

Un dolor ardiente me atravesó el costado derecho. Algo caliente floreció en la zona. Alarmada, me di cuenta de que me habían apuñalado. Inmediatamente dejé de moverme, esperando que eso disminuyera la pérdida de sangre.

—Así es pequeña mestiza, quédate quieta.

Me apartó de él y se puso de rodillas. El cazador se cernía sobre mí, sonriente. Odiaba que su rostro fuera lo último que viera antes de mi muerte.

—Me has sorprendido, Sydney Elliot. Para ser mestiza, has resultado ser mi objetivo más difícil.
—Me pasó un dedo por la mejilla—. Eres impresionante, y aunque tenga que matarte, lo digo sinceramente.

Me estremecí bajo su contacto, queriendo al menos mecharlo, pero estaba muy débil. Estaba claro que había perdido mucha sangre.

—He oído que tu madre no opuso tanta resistencia como tú. Tu tía tampoco.

Llena de rabia y con mi lobo a flor de piel, gruñí y me acerqué a él. Sin embargo, me empujó y levantó la mano. El sol del atardecer se reflejaba en la brillante hoja. Cuando se abalanzó sobre mi pecho, instintivamente llamé a mi compañero. Supe que en el momento en que sintió mi terror, estaba en camino. Pero llegaría demasiado tarde.

La mano del cazador se detuvo en el aire antes de volcar y caer con un gruñido. Incapaz de moverme, observé cómo se acercaba una figura sombría. Sólo vi unas botas negras cuando oí a un hombre decir:

—Por fin te tengo, Philip.

Así que ese era el nombre de mi archienemigo. Philip. Un nombre tan normal para un asesino psicótico. El desconocido se arrodilló a mi lado y su rostro se enfocó lentamente.

—Mi dulce niña, ¿qué te ha hecho?

—Benjamin —susurré. Era el hombre de la cafetería. Iba vestido igual que los cazadores, y había matado a Philip. ¿Me había llamado su niña?

Su expresión era de dolor.

—No puedo perderte a ti también —dijo, apretando su mano contra mi costado. Mirando a su alrededor, dijo—: Tengo que conseguirte ayuda. Tu amiga de la cafetería. Es bruja. Puede ayudarte.

—¿Cómo sabes que Macy es... —Me faltó demasiada energía para terminar.

Él sonrió.

—Soy experto en identificar sobrenaturales. Solía ser cazador, después de todo.

—Aléjate de ella —Se oyó un gruñido agudo.

Mis ojos se abrieron de par en par y mi corazón dio un salto de alegría cuando Adam se tambaleó hacia nosotros. Estaba pálido y débil, pero al menos estaba vivo. Quería echarme a llorar de felicidad.

—Es mi hija —le ladró Benjamin a Adam, manteniendo la presión sobre mi herida.

Adam parecía tan estupefacto como yo.

—Tú. —El labio de Adam se levantó en un gruñido—. Tú la mataste.

Pareciendo entender lo que Adam quería decir, negó con la cabeza.

—Nunca le haría daño a tu madre. —Se volvió hacia Adam—. Sé que me has perseguido, pero tampoco te haría daño a ti. Nunca le haría daño al hijo de Sophia.

Apenas conocía al hombre, pero había algo en sus ojos que me decía que no mentía. Y que realmente era mi padre. No quería que Adam le hiciera daño.

—Adam, por favor —susurré.

Su mirada saltó hacia mí y la rabia asesina que había en ella desapareció. Cojeando, se dejó caer a mi lado.

—Maldita sea, Sydney. No te atrevas a morir. Aún no hemos tenido nuestra primera pelea de hermanos.

Me reí, pero salió como un gruñido. Si sobrevivía, disfrutaría pasando tiempo con Adam.

—¡Sydney! —El sonido de la voz de Cole me llenó de alivio. Al menos podría verle por última vez.

Echó un vistazo a Benjamin y se puso a la defensiva.

—Quítale las manos de encima.

—No pasa nada. Es mi padre. Nos ha ayudado. —También había salvado la vida de Cole. Ahora sabía que su flecha había evitado que Philip matara a Cole antes.

—Tenemos que llevarla dentro. Macy está en camino —dijo Cole. Me echó un vistazo, vio mi sangre brotando de los dedos de Benjamin y tragó saliva. Había terror en sus ojos que no se molestó en ocultar—. Por favor, quédate conmigo.

Asentí, pero justo después todo se oscureció.

El sonido de una hermosa voz masculina me arrulló hasta la superficie. Me sentía como si hubiera estado flotando en la oscuridad durante un tiempo, incapaz de encontrar el camino de vuelta a la tierra de la luz. Pero aquella voz era tan melodiosa, tan relajante. Me aferré a ella hasta que mis ojos se abrieron. Me estremecí ante la luz que inundaba mis sensibles retinas de medio lobo. Inmediatamente, la luz pasó de brillante a tenue.

Fue Cole quien se acercó para accionar el interruptor de la lámpara. Se sentó en una silla y me cogió una mano. Cuando nuestras miradas se cruzaron, lo primero que solté fue:

—Joder, ¿sabes cantar? —Aquella voz de estrella del rock no era algo que hubiera esperado del duro alfa.

Parpadeó y luego se echó a reír.

Sonreí, porque me gustaba poder decir siempre alguna tontería para cambiar su sempiterno comportamiento, incluso en una situación seria.

—Es mi talento oculto, y se queda entre nosotros. ¿Entendido?

Sonreí con más fuerza.

—Entendido. ¿Qué estabas cantando?

—Una nana que me cantaba mi madre de pequeño. Siempre me calmaba.

Mirándole fijamente, me di cuenta de lo cansado que parecía. Tenía el pelo revuelto, los ojos inyectados en sangre y la mandíbula más rasposa que de costumbre. Su ropa también parecía desarreglada.

—Tienes un aspecto horrible —bromeé.

—Ya lo creo. Me tienes en vilo desde hace días.

Gemí e intenté incorporarme, pero el dolor me golpeó en el costado.

—No lo hagas —dijo Cole—. No puedes exagerar. Te apuñalaron con una hoja de plata, y no te curas tan rápido como un cambiaformas puro. Recuperarse va a tomar un tiempo.

Gemí, volviendo sobre los horrores de la batalla entre cambiaformas y cazadores.

—¿El bebé?

—Ella está bien.

Inspiré repentinamente.

—¿Una chica? ¿No estás decepcionado?

Inclinándose hacia delante para besarme la frente, me dijo:

—Nunca. Estoy deseando conocerla. Dos chicas para mantenerme alerta.

Mi sonrisa se desvaneció.

—¿Es muy grave? —pregunté—. ¿Violet? ¿Adam? ¿Todos los demás?

Cole me miró a la cara.

—No necesitamos hablar de nada de eso todavía.

—Necesito saberlo.

Suspiró.

—Violet está bien. Se curó rápidamente. Adam también. Damian, Alex, Stephan y Dominic están bien. Todos han estado preocupados por ti.

Exhalé un suspiro de alivio.

—¿Y los otros miembros de la manada?

—Hemos perdido a unos cuantos —dijo con tristeza—. Y de los cinco ancianos, sólo queda

Simon.

—Vi morir a Jasper. Intentaba protegerme.

Cole me apretó la mano en señal de consuelo.

—Caleb y Anton están muertos, seguro. Pero nadie ha visto o sabido de Victor desde la batalla.

Enarqué las cejas.

—¿Cuánto tiempo fue eso?

—Una semana.

—¿He estado inconsciente una semana entera?

—Sí, y estaba jodidamente estresado, Sydney. Así que no vuelvas a estar a punto de morir.

—Intentaré no hacerlo —dije con una sonrisa—. ¿Dónde está mi padre... Benjamin?

—En una de las celdas de la prisión.

Horrorizada, intenté incorporarme de nuevo.

—Qué, mantuviste a mi padre en una celda. No es un prisionero. Salvó mi vida y la tuya"

—Sydney, relájate.

—¿Qué está pasando aquí? —Macy irrumpió por la puerta—. Cole, te advertí que no la alteraras con noticias de los sucesos de la semana pasada.

—Ha insistido en escucharlos.

—Macy, me alegro mucho de verte —sonreí.

Sonrió.

—Y me alegra verte despierta. No te muevas mucho la herida. ¿De acuerdo?

Asentí con la cabeza.

—Tendré cuidado. —Mirando a Cole, dije—: Quiero verlo.

—Quizá dentro de un día o así.

—No. Ahora. Lo encontraré por mi cuenta. Sabes que lo haré.

Mirando al cielo, suspiró.

—Sí, lo sé. Bien, iré a por él.

Cuando Cole desapareció, capté la sonrisa burlona de Macy.

—¿Qué?

—¿Qué se siente al tener al gran Alfa malo envuelto alrededor de tu dedo meñique?

—No veo de qué hablas.

—Ajá.

Fruncí los labios para ocultar mi sonrisa. Saber que mi compañero no sólo me aceptaba, sino que me adoraba, era increíble. Me encantaba que él también sintiera debilidad por mí.

Era difícil concentrarse en una conversación con dos pares de ojos clavados en Benjamin y en mí. Cole y Damian estaban en lados opuestos de la oficina de Cole, mirando a Benjamin. Sospechaba que, si respiraba amenazadoramente en mi dirección, sería hombre muerto.

Sin embargo, no parecía demasiado asustado. En cambio, miró a ambos metamorfos con diversión.

—Al menos no están sedientos de mi sangre como Adam —reflexionó.

Suspirando, dije:

—Hablaré con él. —Con eso me refería a suplicarle a mi hermano que se apiadara de mi padre. Sabía que, con un poco de humillación, conseguiría que Adam se calmara un poco.

Benjamin se encogió de hombros.

—Entiendo por qué me quiere muerto. Cree que maté a su madre.

—¿Pero no lo hiciste? —Me quedé mirando al hombre, deseando poder ver a través de él.

Se pasó los dedos por el pelo.

—No. Yo quería a Sophia. La dejé por un tiempo para decirle a la organización que quería renunciar. Me enamoré de un metamorfo, y vi que la mayoría de ellos no eran una amenaza como las organizaciones de cazadores me habían hecho creer. Tomaron represalias. Cuando volví con Sophia, ya habían... —Tragó saliva, y su expresión se retorció de dolor.

Un nudo de emociones me obstruyó la garganta y no pude hablar.

—Planeamos una vida juntos. Cuando naciste, supe que no podía seguir con una organización que cazaba cambiaformas. La mujer que amaba era una metamorfa, y mi hija sería mestiza. Queríamos conseguir a Adam y desaparecer para vivir nuestras vidas lejos como una familia.

—¿Realmente planeabas volver por mí, entonces?

Casi me asusté cuando vi a Adam en la puerta, pero no parecía agitado. Al parecer, Cole y él iban camino de convertirse en grandes amigos si podía aparecer por el recinto en cualquier momento.

Benjamin le sostuvo la mirada.

—Ella nunca planeó irse sin ti. Sophia quería que Sydney y tú crecierais juntos. Pero tu padre no quería dejarte ir.

—Entonces, ¿me habrías aceptado? —preguntó Adam.

—Sí. Eres una parte de la mujer que yo adoraba. ¿Por qué no iba a hacerlo?

Los hombros de Adam se relajaron.

—¿Quién la mató? Quiero un nombre.

Benjamin se encogió de hombros.

—Llevo intentando averiguarlo desde la noche que la encontré muerta.

Pasándose una mano por la cara, Adam exhaló un largo suspiro. Había pasado años persiguiendo al hombre equivocado. Acababan de arrancarle la justicia de las manos. Cuando se dio la vuelta para marcharse, le llamé.

Se dio la vuelta.

—Por favor, no desaparezcas. Quiero... no hemos pasado tiempo juntos.

Su expresión se suavizó.

—No voy muy lejos. Sólo necesito un poco de aire.

Asentí, aliviada.

Después de eso, Benjamin me lo contó todo. Cuando encontró a Sophia, supuso que yo también había muerto. Estuvo escondido durante diecisiete años, siguiendo a los cazadores y tratando de averiguar quién destruyó a su familia. Así es como se enteró del golpe contra mí. Había estado siguiendo a Philip, y así fue como acabó en Nueva Orleans, donde me encontró en la cafetería Macy's. No me estaba acechando, sino vigilando. Benjamin había tenido miedo de decirme quién era, temiendo que no le creyera.

Volví a acomodarme en mi silla después de toda la historia y suspiré.

—Por fin tengo todas las piezas del puzzle.

La mirada de Benjamin recorrió mi cara.

—Te pareces a ella.

—¿Por eso me miraste así en la cafetería?

Se rio.

—Sí. L siento si te he asustado. La echo mucho de menos.

—Lo sé. Lo siento.

—¿Por qué?

De nuevo, me entraron ganas de llorar. Las hormonas del embarazo estaban desbocadas.

—Porque hayamos perdido diecisiete años. —Benjamin me cogió la mano por encima de la mesa y yo me aferré a él—. ¿Te quedarás?

Miró a Cole y a Damian.

—Bueno, si esos dos deciden liberarme, me encontrarás en el edificio de apartamentos en el que vivías antes. De ninguna manera voy a dejar esta ciudad ahora que mi hija está aquí. Y quiero conocer a mi nieta.

Mi corazón casi estalló de alivio. Girándome hacia con mis guardaespaldas, pregunté:

—¿Y bien?

—Deberíamos retenerlo un poco más por si acaso —dijo Damian.

Jadeando, miré a Cole.

—No podemos mantener prisionero a mi padre.

—No, no podemos —dijo.

Damian se burló.

—¿Por qué diablos no?

—Nos ayudó —respondió Cole—. Nos salvó la vida a mí y a Sydney. —Sus ojos bailaban con un humor que no era propio de él—. Además, ahora es mi suegro. No puedo mantener prisionero a papi.

Solté una risita.

Los ojos de Damian se abrieron de par en par.

—Sydney realmente se te ha pegado —murmuró—. Ahora hasta tienes sentido del humor.

Cole sonrió satisfecho y me guiñó un ojo.

Cuatro meses después...

El mayor, Simón, estaba en lo alto de los escalones, con Cole un escalón por debajo.

—Cole, ¿eliges mantener tu posición como Alfa de los Guardianes de la Luna?

—Sí, quiero.

Hubo un suspiro colectivo de alivio entre la multitud. La manada seguía en vilo ante la posibilidad de que Cole renunciara a su puesto. Todos se dieron cuenta de la necesidad de un líder sabio como Cole en los tiempos difíciles que se avecinaban. La amenaza de los cazadores y las manadas rivales seguía acechando.

Se habían disculpado por la forma en que nos habían tratado a él y a mí. Después de una larga discusión conmigo, Cole se quedó como Alfa ya que la manada me había aceptado. Todo lo que necesité para ganarme su confianza y respeto fue ofrecerme valientemente a sacrificar mi vida por ellos.

Desde entonces, había pasado más tiempo en el complejo conociendo a todo el mundo. Algunos metamorfos, sobre todo las hembras que habían puesto sus ojos en Cole, seguían mirándome mal, pero eso era lo de menos. Tenía a la escudefuego, Violet, para vigilarme las espaldas.

Ahora que Cole había vuelto a aceptar su título de Alfa, era hora de que me dijera "sí, quiero". Con una enorme sonrisa, caminé entre las columnas de sillas en el centro del recinto. Llevaba un largo vestido blanco vaporoso y una corona de flores. Aunque parecía que me había tragado un balón de playa con ocho meses de embarazo, seguía sintiéndome guapa.

Lo que me hizo más feliz fue que todos habían dejado de lado sus diferencias para apoyarnos a Cole y a mí. Benjaminme acompañó al altar, después de rogarle a Cole que lo permitiera. Adam estaba presente, y también Macy.

En cuanto llegué a Cole y Benjaminme entregó, una sonrisa de niño tonto se dibujó en su cara.

—Estás increíble —me dijo.

—Para una calabaza gorda a punto de reventar?

—Eres mi calabaza gorda. Eso es todo lo que me importa.

Mis risitas flotaban por el recinto.

La ceremonia empezó, pero yo había saltado mentalmente a la parte en la que Cole y yo vivíamos felices para siempre. Todo había encajado. Formaba parte de una manada, nada menos que Luna, y tenía una familia.

Me sentí bien al estar finalmente en casa.